



PUBLICACIONES INSTITUCIONALES

Volcanes de papel

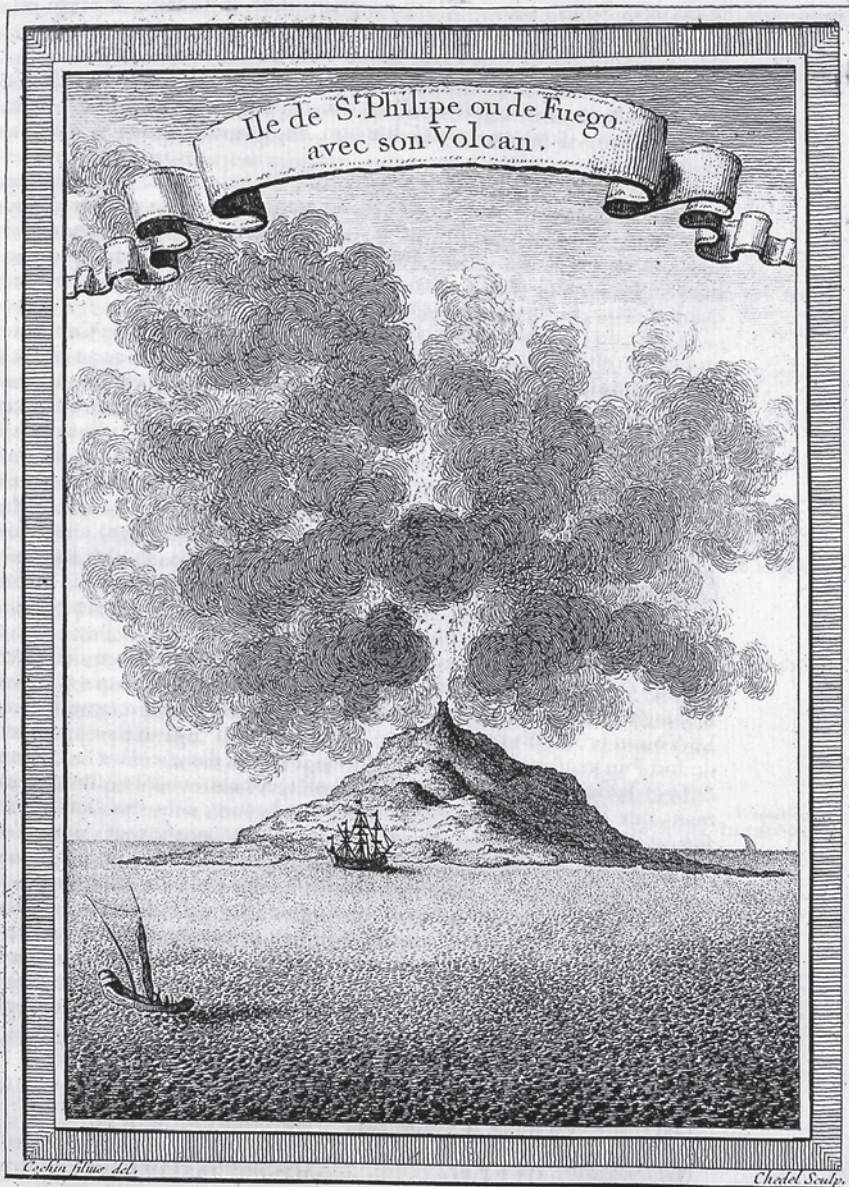
Exposición bibliográfica

**EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN
CARMEN ROMERO RUIZ
PAZ FERNÁNDEZ PALOMEQUE
(coords.)**



SERIE TEXTOS / 11

Volcanes de papel



N.° XXI.

Ile de St. Philippe ou de Fuego avec son Volcan.
En *HISTOIRE générale des voyages...* Tome second, 1746.

Volcanes de papel

Exposición bibliográfica

COORDINACIÓN

Eduardo Martínez de Pisón

Carmen Romero Ruiz

Paz Fernández Palomeque

SERVICIO DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA, 2011

Colección:
PUBLICACIONES INSTITUCIONALES

Serie:
TEXTOS/11

Edita:
Servicio de Publicaciones
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
Campus Central
38200 La Laguna. Santa Cruz de Tenerife
Teléfono: +34 922 319 198

Diseño Editorial:
Jaime H. Vera.
Javier Torres. Cristóbal Ruiz.

1ª Edición 2011

*Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin permiso del editor*

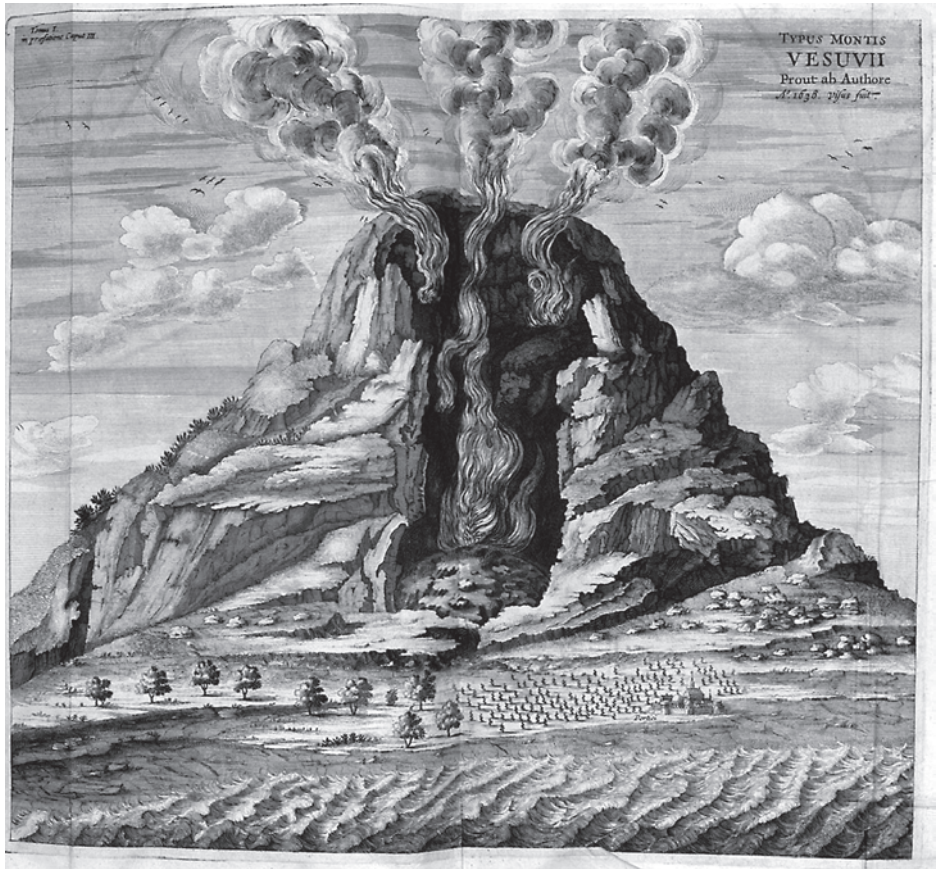
Maquetación y Preimpresión:
SERVICIO DE PUBLICACIONES

Impresión:
LITOGRAFÍA Á. ROMERO, S.L.

ISBN: 978-84-7756-968-8
Depósito Legal: TF: /2011

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
LOS VOLCANES Y LA CULTURA por <i>Eduardo Martínez de Pisón</i> y <i>Carmen Romero Ruiz</i>	17
CATÁLOGO	69
ÍNDICE DE AUTORES	95
ÍNDICE DE TÍTULOS	99



Tipus montis Vesuvi... En ATHANASIVS KIRCHER. *Mundus subterraneus*, 1664.

PRESENTACIÓN

Los frutos más admirables del ingenio humano están aquí recogidos en pequeñísimo espacio y al alcance de la mano. (EDMUNDO DE AMICIS. *El amor a los libros*. Madrid: Fórcola, 2010)

Con motivo del Día del Libro la Biblioteca de la Universidad de La Laguna viene realizando una serie de exposiciones de sus fondos bibliográficos sobre asuntos de interés cultural y científico. Este año, 2011, ha decidido dedicarlo a los volcanes, con una muestra de aquellos que aparecen mencionados o descritos en las obras que guardan sus estantes, es decir, a sus *Volcanes de papel*.

Aunque la idea no se hizo finalmente efectiva hasta fines del verano de 2010, el proyecto de esta exposición comenzó a gestarse y a cobrar forma a lo largo de 2009, año de conmemoración del último episodio volcánico producido en la Isla de Tenerife: la erupción del Chinyero en noviembre de 1909. El trabajo se inició con la búsqueda de aquellas obras conservadas en el Fondo Antiguo donde aparecían noticias, referencias, descripciones o estudios de volcanes y erupciones. El resultado fue de unas doscientas obras, de las que se seleccionaron sesenta, que son las que se exponen en esta muestra.

El tema era lo suficientemente sugestivo como para despertar el interés en un territorio con una identidad cultural tan vinculada al volcanismo y, sobre todo, con la fascinación intelectual, emotiva y estética para poder concebir, poner en marcha y realizar una exposición que brinda la posibilidad de contemplar una serie de obras maestras —en algunos casos realmente excepcionales— y de proporcionar, de forma visualmente atractiva, las claves que explican el papel de los volcanes entre la ciencia y la cultura. Lo que esta exposición muestra es un conjunto de piezas limitado en número, pero escogido y significativo en sus títulos, autores, contenidos y geografía.

En la investigación previa se han localizado referencias de todos los volcanes importantes del mundo, fundamentalmente de los que tienen o han tenido actividad eruptiva, pero también de otros que por su carácter o por su dinamismo constituyen volcanes destacados y simbólicos. Hay datos, por ejemplo, de todos los tipos de formas y mecanismos eruptivos: lahares, explosiones, colapsos, cola-

das, columnas, cenizas, cráteres, conos, domos, malpaíses, lagos de lava, etc. De los casi quinientos cincuenta volcanes con erupciones históricas que constan en el Catálogo Internacional de la Smitshonian Institution¹, en nuestra Biblioteca Universitaria se encuentran noticias de más de trescientos, e incluso una referencia a una erupción inédita hasta el momento² (15 de diciembre de 1711, Isla de Fogo, Archipiélago de Cabo Verde), que no consta ni en el inventario de erupciones históricas del mundo de dicha Institución ni en otros listados científicos. Además, hay noticias sobre volcanes ilocalizables, a veces anónimos o incluso denominados simplemente con el topónimo Bolcan [*sic*]. Es decir, en la biblioteca está latente una geografía volcánica de lo conocido y de lo desconocido, e incluso hay alusiones a islas reales, aunque efímeras, aparecidas y desaparecidas en razón de su historia volcánica. Es sorprendente que en unos fondos en su mayor parte de origen conventual exista tal acopio de obras que contienen información volcánica, noticias que son muchas veces vitales en la caracterización de las erupciones, de sus daños y efectos o en la propia historia eruptiva de los volcanes.

La mayor parte del corpus documental referido a las erupciones producidas en las Islas Canarias desde la llegada de los españoles se encuentra entre las páginas de los volúmenes que guarda esta Biblioteca. Casi todas ellas se hallan en el Fondo de Canarias, pero al igual que sucede con otros territorios volcánicos, las referencias al volcanismo insular canario están presentes también en el contenido de muchos libros del Fondo Antiguo.

Los volúmenes expuestos cubren un amplio período histórico que va desde 1503 hasta 1911, siendo más frecuentes las referencias a los volcanes en los textos editados durante los siglos XVII, XVIII y XIX. Por todo ello, tanto en ciencia como en cultura, esta Biblioteca contiene un mundo de volcanes. Por eso es adecuado aplicarle a estos Fondos la cita que encabeza esta introducción: en una biblioteca de una isla del Atlántico es posible conocer algo de los volcanes de todo el planeta.

Esta exposición se ha dividido en cinco secciones: Conocimiento de los volcanes, Causas de los volcanes, Volcanes hispanos, Volcanes de tinta, y Volcanes escritos.

El apartado inicial, *Conocimiento de los volcanes*, contiene noticias, descripciones y mapas de diversas etapas históricas. Desde los volcanes mediterráneos de la cultura clásica se ensancha el horizonte, a partir de los descubrimientos renacentistas y de forma progresiva, a todo el globo terráqueo. Podemos destacar aquí una magnífica monografía científica sobre las erupciones del Vesubio,

¹ Véase www.volcano.si.edu/world/globalists.cmf?listpage=summdesc

² *Cartas edificantes y curiosas, escritas de las misiones extranjeras, y de Levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesus*. Traducidas por el Padre Diego Davin...; tomo décimo. En Madrid: En la imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1755, p. 129. (FAN. AS. 4528).

editada en Nápoles en 1771, de Giovanni Maria della Torre, que perteneció a Juan Bautista Bandini, primer bibliotecario de la Universidad. Como es sabido, las aportaciones de Humboldt, obtenidas en sus viajes, fueron fundamentales en este proceso de conocimiento. En España, como ejemplo de este afán de saber, podemos transcribir la descripción que hizo Ricardo Beltrán y Rózpide, uno de nuestros primeros geógrafos modernos, en 1884, de un lago de lava en Hawaii: «En el fondo y entre paredes de lava y escorias irisadas está el Lua Pelé ó Templo de Pelé, agujero o lago de una legua de circunferencia donde á una profundidad de 20 metros se agita y mueve en todas direcciones negra, ardiente, y líquida sustancia, cual mar borrascoso, cuyas olas imponentes hienden al caer la negruzca masa, descubriendo, entre borbotones de hirviente espuma, fondo rojizo de líquido fuego. Con frecuencia, olas que se forman en los extremos del lago, avanzan hacia el centro donde chocan con ruido análogo al que producirían centenares de torrentes que se despeñaran de roca en roca, arrastrando aludes de piedras y guijarros: entonces el suelo oscila, cúbrese la atmósfera de caliginoso vapor, lluvia de fuego y abrasadora espuma cae en las orillas». El mapa de la famosa *Geografía Universal* de Elíseo Reclus³, editado a fines del siglo XIX, revela una información general que podría simbolizar el viaje en el tiempo que se muestra en esta exposición. Así mismo, desde el punto de vista bibliográfico, podemos señalar en esta sección la preciosa edición de Plinio *Naturalis Historiae libri trigintaseptem*, impresa en Venecia, en 1559, por Paolo Manuzio, hijo del más importante impresor del siglo XVI europeo, Aldo Manuzio.

Respecto a las *Causas de los volcanes*, que ocupan la segunda sección de esta muestra, cabría decir que, hasta las experiencias directas de los volcanes de Canarias y América, la cultura occidental se ha movido en la interpretación de su génesis a partir de una sola frase de Aristóteles, en los *Meteorológicos*, sobre el origen del fuego terrestre: «El aire es en principio triturado en pequeñas partículas y, entonces, el viento se enciende por el choque». Llama la atención la cantidad de interpretaciones de los volcanes alrededor de esta frase a lo largo de los siglos. En el Fondo Antiguo de la Biblioteca abundan los libros de «Comentarios» tanto religiosos como escolásticos, escritos en latín —idioma científico a lo largo de los siglos XVI y XVII— y elaborados a partir de los textos clásicos de Lucrecio, Plinio, Séneca, etc. Estos libros, destinados esencialmente a la docencia universitaria, están escritos por especialistas del saber que basan sus interpretaciones en ideas fundamentalmente aristotélicas, mostrando una elevada erudición. Este hecho tiene como consecuencia directa la pervivencia en el tiempo de las ideas clásicas, pero también, por un lado, la práctica ausencia de nuevas ideas respecto a las causas que generan los volcanes y, por otro, la carencia de términos nuevos

³ RECLUS, E. *Nueva geografía universal: la tierra y los hombres*. Versión española bajo la dirección de Francisco Coello. Madrid: El Progreso Editorial, 1888-1893. (FAN. s.XIX 770).

para definir y caracterizar este fenómeno. Autores clásicos como Plinio, Lucrecio, Dioní, Alberto Magno, fueron las fuentes complementarias a Aristóteles, hasta las indagaciones o especulaciones sobre las causas de autores indianos como Acosta y Cárdenas, y los canarios como Viera. Las teorías sobre el fuego central terrestre y los sistemas venosos del interior ardiente de la tierra marcaron un proceso intelectual y científico de interpretación global del volcanismo y sus causas, que se prolongará durante casi toda la historia moderna hasta llegar a la discusión sobre el origen volcánico del basalto y al establecimiento de las tesis plutonistas.

Las interpretaciones religiosas asociadas al fuego eterno de cráteres y lavas han sido, también, frecuentes y constantes, y podrían resumirse en una frase de Johann Magirus de 1642⁴: «Causa finalis est significatio irati Dei».

Dentro de esta línea señalamos por su interés bibliográfico la obra de Estienne *Dictionarium historicum, geographicum, poeticum*, impresa en Génova, en 1660, considerada como el primer diccionario de la Edad Moderna.

Bajo el tercer epígrafe, *Volcanes hispanos*, se han agrupado obras esenciales referidas a relieves y erupciones desarrolladas en territorios relacionados con el antiguo Imperio español. Por ello, se encuentran aquí textos y gráficos de las Islas Canarias, Hispanoamérica y Filipinas, que recogen una información geográfica y volcanológica muy amplia. Descripciones, relatos, observaciones, recursos, leyendas, grabados, y hasta recomendaciones en la manera de planificar los territorios potencialmente eruptivos o la utilización de la actividad eruptiva como procedimiento de tormento forman parte del importante legado volcanográfico de autores como Díaz del Castillo, Gaspar de San Agustín, Torrubia, Feijoo, Dávila y Cárdenas, Bory de Saint Vincent, Domingo José de Cáceres, etc.

En este apartado cabe destacar como obra representativa las *Relaciones universales del mundo* de Giovanni Botero, impresa en Valladolid en 1599, que, tras su primera edición en 1596, se tradujo con gran rapidez a numerosos idiomas, se difundió por Europa y, según algunos autores, se convirtió en obra de referencia durante más de un siglo y un manual de geopolítica insustituible.

La espectacularidad y la capacidad emotiva de las erupciones, así como la prominencia de la figura de los grandes volcanes, han dado lugar a una peculiar y abundante iconografía de estos paisajes. Los fenómenos y los paisajes volcánicos son en sí mismos particularmente llamativos, por lo que su representación gráfica —titulados en esta exposición *Volcanes de tinta*— no sólo constituye la plasmación de un acontecimiento natural de primer orden, sino que también es un testimonio científico de elevado valor. Desde la cartografía renacentista, los dibujos, grabados

⁴ MAGIRUS, J. *Physiologiae peripateticae libri sex cum commentariis, additis in super notis quibusdam marginalibus, in posterioribus editionibus omissis...quibus accessit Caspari Bartholoni...Metaphysica major...accessit denique Johannis Margiri de Memoria artificiosa... Omnia haec infinitis medis repurgata... Cantabrigiae: Ex officina R. Danielies..., 1642. (FAN. AD. 744).*

y pinturas de erupciones y volcanes han sido casi las únicas imágenes conservadas de las grandes fuerzas naturales. Salvo tempestades marinas, algunos tsunamis, aludes, terremotos y tormentas, sólo la violencia de los volcanes queda sistemáticamente recogida, formando un propio repertorio gráfico. La proximidad del Vesubio a la ciudad de Nápoles ha dado lugar a una proliferación de imágenes del volcán que no se encuentra en ninguna otra montaña volcánica del mundo. Aquí, como es lógico, recogemos sólo imágenes incluidas en libros históricos y geográficos, y en alguna publicación periodística. Aunque es amplia la abundancia de imágenes de volcanes en esta Biblioteca, debemos destacar, sin embargo, cuatro obras fundamentales por su aportación gráfica: la más antigua representación que se encuentra en la Biblioteca es la obra de Olaus Magnus *Historia de gentibus septentrionalibus*, editada en Roma en 1555, el libro de Giovanni M. della Torre sobre el Vesubio, las espléndidas láminas de la *Encyclopedie* de Diderot y d'Alembert de 1751⁵, y las conocidas ilustraciones de Webb y Berthelot sobre Canarias⁶.

No podían faltar, finalmente, bajo el título *Volcanes escritos*, las grandes aportaciones literarias a la cultura de los volcanes firmadas por autores como Dante, Quevedo o Goethe, entre tantos otros. La imagen poética del Etna, pero también del Teide, es un motivo repetido en la metáfora de los sentimientos entre el hielo y el fuego. Del mismo modo, la figura del volcán elevado sobre los mares y situado en los confines enlaza con mitos sustanciales de la historia de Occidente, entre ellos con las Islas paradisíacas y con la ubicación legendaria del infierno, del purgatorio y del paraíso. Así, la figura del Teide se asimila al lugar terrenal de ascensión por los tres mundos de *La Divina Comedia* de Dante.

Y para terminar esta introducción, baste una prueba de Don Jerónimo de Alarcón y Manrique de Lara (1676), con estos versos sobre el Teide:

*Emulo de Trinacrio Lilíbeo,
De Teyde el Pico admira descollado
Mejor, que en la de Atlante sustentado,
en su cerviz altiva al Cielo veo.
Si al intento sacrilego Tifeo
Su excelencia huuiera destinado;
En acumular montes ocupado,
No estuviera su orgullo, y su deseo.
Pues si con tal grandeza no ha podido
Resonar en la trompa de la fama*

⁵ *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* par une Societé de gens de lettres mis en ordre & publié par M. Diderot..., & quant à la partie Mathématique par M. D'Alembert. A Paris: Chez Briasson..., 1751-1780. (FAN. ACOR. AC.40).

⁶ BARKER WEBB, P.; BERTHELOT, S. *Histoire naturelle des îles Canaries*. Paris: Béthune, 1836-1844. (FCA. ACOR. Apais 26).

*Sin tu pico sonoro ilustre Peña.
Oy al Pico de Teyde enmudecido,
Quando no sepultado en nieve, y llama
Mejor Canario Pico desempeña.*

Éstos son, lector o visitante de esta exposición, los formidables volcanes de papel que tienes tan cerca, junto a la misma puerta de tu casa.

AGRADECIMIENTOS

Los coordinadores quieren manifestar su agradecimiento a todas las personas que han colaborado en este proyecto y en especial a la doctora Berta Pico por su inestimable aportación, a M.^a Luisa Morales Ayala por todas sus observaciones y su apoyo en la organización, a Camir Gómez-Pablos Calvo por su valiosa ayuda en el proceso de búsqueda y selección de la información, y a Ismael García que con su diseño ha dado imagen a nuestros *Volcanes de papel*.



Suppl. au Tome XI. N^o 21.

ISLE BRULANTE.

Isle Brulante. En HISTOIRE générale des voyages... Tome dix-septieme, 1761.

LOS VOLCANES Y LA CULTURA

Eduardo Martínez de Pisón

Universidad Autónoma de Madrid

Carmen Romero Ruiz

Universidad de La Laguna

INTRODUCCIÓN

A veces se ha hablado de una especie de «conocimiento poético», que en nuestro caso permitiría a quien lo ejerce arraigar en los paisajes más que el conocimiento objetivo, puesto que tal objetividad, que da la necesaria precisión científica y otorga la conveniente distancia a lo estudiado, separa sin embargo al observador de la materia que es su propósito de trabajo. Hay quienes han escrito, con ponderación, sobre la existencia de un «saber afectivo», que correspondería al arte como complemento de la ciencia para lograr un completo saber.

Hace tiempo uno de nosotros escribió un ensayo sobre «Ciencia y cultura del paisaje»⁷, en un intento de diferenciar en una y otra métodos y objetos, con afán de otorgar claridad al entendimiento del concepto de paisaje, y al mismo tiempo para sumarlas y así dar cuenta íntegra de sus componentes materiales e inmateriales, pues de ambos se arma. Luego hemos ofrecido múltiples ejemplos de esa integración, incluso recientemente en un pequeño equipo lagunero sobre el Teide, es decir, sobre un volcán bien pertrechado de ciencia y cultura, de materialidad e inmaterialidad⁸. Ortega Cantero se ha referido a lo mismo diferenciando y sumando los términos de comprensión y de explicación del paisaje en una voluntad de visión completa⁹. El objeto geográfico se explica y sus contenidos se comprenden. Recuerda que Humboldt expresó la «simultaneidad de ideas y sentimientos» que experimenta su observador: el poder de la naturaleza se revela en una conexión de impresiones. De modo que el acercamiento geográfico al paisaje natural, que también posee cualidades y valores, añade Ortega,

⁷ MARTÍNEZ DE PISÓN, E. «Ciencia y cultura del paisaje». *Agricultura y Sociedad*, 1983, núm. 27, pp. 9-32.

⁸ MARTÍNEZ DE PISÓN, E.; AROZENA, E.; BELTRÁN, E. y ROMERO, C. *Los paisajes del Parque Nacional del Teide*. Madrid: OAPN, 2009.

⁹ ORTEGA, N. «Entre la explicación y la comprensión: el concepto de paisaje en la geografía moderna». En MADERUELO, J. (dir.). *Paisaje y pensamiento*. Madrid: Abada, y Huesca, CDAN. 2006, pp. 107-129.

es «un diálogo cultural con el paisaje», en el que entran su materialidad y sus significados, sus formas y representaciones.

Nada mejor que la geografía, entre la territorialidad y la cultura, para ejercer este oficio. Podemos aplicarlo de modo amplio y, entre sus posibles asuntos, ahora nos parece oportuno referirlo una vez más a los volcanes, naturaleza pura en sus orígenes y símbolo como pocos hay de historias, arte y sentimientos¹⁰.

Podríamos decir que ésta es, entre otras, una de las utilidades claras de la geografía. Los geógrafos siempre hemos querido mostrar que podemos ser útiles, ante el escepticismo no siempre fundado de nuestro entorno. Podemos poner como ejemplo de lo remoto de este deseo de demostración aquella maravilla de la *Clave geographica para aprender Geographia los que no tienen maestro*, que publicó en 1783 el Padre Flórez¹¹, como complemento a su *Clave Historial*. No había, pues, muchos maestros sobre el terreno ni parece que tampoco aprecio suficiente a sus saberes y no sólo en España. Como ejemplo y como lección de utilidad, Flórez recuerda un caso «que pudo ser ocasión de muchos males» por ignorancia y «torpeza de un ministro en punto geographico»: «era éste —escribe— Embajador de Londres en la Corte del Papa». En una recepción oyó dicho embajador que el Pontífice había dado la Investidura de las Islas Afortunadas (escribe «Fortunatas»), obviamente las Canarias, al Infante don Luis de la Cerda. Como no podía entender el embajador que hubiera en el mundo otras islas «afortunadas» sino las británicas, salió de inmediato para Londres a dar cuenta a su Rey que el Papa había entregado Inglaterra a un castellano. Y el Padre Flórez concluye: «¡Qué daños no pudieron seguirse! ¡Y que poca Geographia bastaba a curarlos! Aquí venía bien el probar la utilidad de la Geographia». Al cabo del tiempo, intentaremos cumplir en algo una vez más con este cometido probatorio, nuevamente alrededor de las Canarias, aunque ahora sólo entre los volcanes, añadiendo una dosis de comprensión a nuestro habitual trabajo en la explicación.

Con frecuencia se ha incluido la geografía de los volcanes en la de las montañas, como un caso particular por el aislamiento del cono, cuya dimensión puede ser destacable, o por su inclusión en una cordillera como en el caso de los Andes, aunque con su dinamismo y actividad propios y con su forma y roquedo peculiares, pero montaña al fin, al menos en sentido orográfico y cultural. No obstante, también ha tenido su propia geografía, derivada de su acusada perso-

¹⁰ Este escrito surgió de un ciclo de actos, en el que intervinieron los autores, que recordaron en el año 2009 el centenario de la erupción del Chinyero, en la isla de Tenerife. Uno de ellos estuvo especialmente dedicado a la relación entre ciencia y cultura, con la doble vertiente del conocimiento y la admiración por la naturaleza, y en él se ponderó al hecho geográfico del volcán no sólo como análisis o como riesgo, sino también como patrimonio, como paisaje y como cultura.

¹¹ FLÓREZ, E. *Clave geographica para aprender Geographia los que no tienen maestro*. Madrid: Imp. Viuda de Ibarra, 1783. (FAN. AS. 4087).

nalidad natural, su capítulo apropiado, que ha introducido matices en tal concepto orográfico. E incluso popularmente, por ejemplo en Canarias, la «montaña» es el cono, pero el «volcán» es todo el material y todo el paisaje eruptivo, piroclastos, coladas, esparcidos por el relieve sin forma de montaña. También en la tradición se ha identificado el volcán con la erupción y el enigma de uno radicaba en el de la otra.

La ciencia se ha ocupado de los volcanes por su estructura, composición, dinamismos, relieves, elementos y paisajes, revelando la complejidad, articulación e interés de esa personalidad física tan marcada. El entendimiento de los volcanes constituye, por tanto, una especialidad y también una lógica para explicar un fenómeno terrestre de primera entidad. Pero esa especialidad ha tenido que ser múltiple, puesto que requiere perspectivas convergentes y sumas de conocimientos, a la vez que se vincula a una pluralidad de efectos naturales y sociales.

Si hay algo que tenga sus raíces hundidas en nuestra cultura clásica es el volcán. Sus modelos míticos son el Etna, el Vesubio y los Campos Flegreos. También el volcán en los confines de los periplos antiguos, que parcialmente puede asociarse al Teide. Y ambos perduraron en el tiempo muy largamente y fueron usados como referencias de modo permanente. Pero fue la gran catarata de conocimientos de la naturaleza americana traída por los cronistas de Indias la que desembarcó en Europa nuevas observaciones volcánicas y un afán por reinterpretar sus causas, materias, dinamismos, formas y significados, tanto con datos de primera mano como con teorías generales, que tomaron o dejaron las viejas ideas, aún vigentes entonces, de Aristóteles.

Una prueba, entre muchas otras, podría ser un párrafo extraído de una historia pontifical¹² en el que se hace referencia a una erupción del Etna en estos términos: «Padeció Sicilia este año, aunque no gran daño, a lo menos gran miedo del fuego que echo de si Etna, o Mongibel, monte bien conocido por esto en aquella Isla, no lexos de la ciudad de Catania. Y aunque ya se tiene noticia, y se viue con este recelo de que suele vomitar llamas, llouer pedaços de fuego, y esparcir cenizas, en tanta cantidad, que arruyna grandes edificios: mas esta vez con algún daño haciendo estos mismos efetos, espantó grandemente a los vecinos; porque demás de lo dicho corrió vn rio de fuego, o betún ardiente, por espacio de diez millas, con no pequeño daño de la campaña». Para añadir de inmediato: «Si no temiera exceder los milites [*sic*] tan estrechos de la historia, bien me holgara tratar vn poco de los marauillosos efectos deste bolcan, que tanto dio que pensar a muchos antiguamente, aunque ya no tanto, quizá cessando la admiración que este causaua, con la noticia que se tiene de otros en el Nueuo mundo: aunque

¹² BAVIA, L. *Tercera parte de la Historia Pontifical y católica... contiene esta tercera parte de la Historia Pontifical las cosas mas notables sucedidas en el mundo desde el año de mil y quinientos y setenta y dos, hasta el de mil y quinientos y nouenta y uno*. Barcelona: por Sebastian de Cormellas, 1609. (FAN. AS. 5852).

esto no es mas que hazer la cosa por menos rara, de menor admiración, pero antes añade que quita la dificultad...».

Luego, las construcciones científicas de Kircher sobre el *Mundo Subterráneo* y sus exploraciones en los volcanes italianos condujeron a la teoría del tejido ígneo del interior terrestre con lo que denominó conjunto de «pirofilacios», como una gran oficina o máquina planetaria en sistema completo, desde un fuego central a una red de cámaras, cavernas, conductos y volcanes. Las ideas sobre la constitución del globo terrestre no faltaron entonces, como las expuestas por Descartes del fuego central de una estrella enfriada, antigua hipótesis desde Alberto Magno, renovada, que incluían necesariamente el origen de las montañas, dinamismos vinculados del interior y de la corteza y, lógicamente, los volcanes. Habrá que esperar al plutonismo, como de todos es sabido, para el proceso de reajuste moderno de la geología volcánica, pero hay un viaje en ese momento de cambio que es especialmente significativo en lo exploratorio, en lo científico y en lo cultural, dentro de ese proceso renovador de un geógrafo: el de Humboldt por las regiones equinociales, iniciado con su ascensión al Teide y su interpretación de sus materiales, formas y paisajes, y seguido por una consideración general sobre la universalidad y relaciones de conjunto del fenómeno volcánico. Ésas son nuestras raíces. Todo el gran progreso posterior en la ciencia de los volcanes, hasta la moderna concepción dinámica global del planeta, arranca de esos pasos primeros. En conjunto, es la historia de un esfuerzo de la inteligencia y del rigor. Por eso, su estudio no puede separarse de la fascinación.

Aunque hay que añadir, en este escenario, que la erupción contribuye no poco a tal fascinación y que sus relatos e imágenes, además de sus análisis, siempre han dado lugar a emoción, estética, interrogantes sobre el aparente caos y, claro está, pavor. Por otro lado, si hay la fuerza de una norma en la naturaleza, ésa se revela de modo contundente en el volcán: su estudio es exigente y pone en juego todos los grandes dinamismos terrestres, la constitución de la corteza y la configuración rápida y renovada de paisajes. Si esto no corresponde a una faceta atractiva de la ciencia, ¿cuál habrá?

Además, el volcán está asociado a la variabilidad del territorio, por supuesto geológicamente, también como forma de relieve, como incidencia en la hidrografía, como factor en el clima, como soporte de vegetación, como recurso humano. Sus repercusiones geográficas son múltiples y más si es activo. En este caso, las culturas lo asocian inevitablemente a la catástrofe ineludible, con numerosos ejemplos históricos, también en la raíz de nuestra civilización y en muchas otras de los pueblos repartidos por el mundo. Hasta las religiones expresan su respuesta al volcán y su símbolo como manifestación de la fuerza sin medida. Hoy, en un mundo de la precaución razonable, ese temor a la catástrofe pone en marcha iniciativas de seguimiento, ensayos de predicción y prácticas de protección civil. Se alternan los hábitos y las alertas, se excitan y se duermen las vigilancias, pero el volcán entretanto sigue trabajando en silencio. El científico también.

Y no olvidemos, finalmente, que el volcán ha sido un gran motor de cultura, con un cuerpo propio de libros, poemas, tratados, análisis, descripciones, via-

jes, relatos de erupciones, pinturas, que recorre Europa sin cesar desde la antigüedad clásica a hoy, repitiéndose y renovándose constantemente. Hay un ciclo cultural del volcán, un museo y una biblioteca, además de un laboratorio. Todo ello en conjunto anima a continuar en la labor y en el fervor que la mantiene.

RAÍCES DE CONTENIDO CULTURAL

No vamos a señalar aquí una vez más la importancia científica del estudio de los volcanes en el conocimiento de la Tierra, por su lógica extrema con referencias plurales, ni su valor como componente de la naturaleza, en lo geológico, en lo biogeográfico y particularmente en las formas de relieve, ni su elevado interés dinámico, clave en el sistema manto-corteza, ni el de la erupción, con sus modalidades y mecanismos y con su derivación de riesgo natural, pues lo hemos hecho ya en repetidas ocasiones; en este momento nos contentamos con recordarlo. Vamos a entrar aquí únicamente en parte en su trasfondo y en parte en su percepción externa. Lo demás lo damos por sentado.

En la medida que un cono volcánico de cierta envergadura es también una montaña, en un sentido simple de relieve, aunque una montaña de especie particular, participa de los caracteres culturales profusos de los ambientes naturales montañosos. Incluso, como parte de éstos, pero intensamente dotados de dinamismos y de individualidad, los volcanes han sido albergues de los dioses o de fenómenos religiosos, lo que les ha dotado de sentidos trascendentes. Hasta una famosa novela de Hemingway¹³ arranca indicando que el nombre del Kilimanjaro en masai es «Ngàle Ngài», que significa la morada de Dios, como tantas altas montañas del mundo. Pero en tal conjunto de paisajes los volcanes tienen su propia modalidad.

Señalan algunos autores, como Augustin Berque¹⁴, que para reconocer la existencia de un paisaje como tal es necesario contar con la convergencia de la existencia de un territorio con fisonomía propia, que cuente con representaciones artísticas —literarias o pictóricas— y que haya dado lugar, añadimos, a tradiciones populares. Pero también, como ese autor señala, es necesario que esos territorios posean léxicos específicos para designarlos, para nombrar sus componentes o los procesos que los han engendrado. Aunque parecen geográficamente

¹³ HEMINGWAY, E. *Las nieves del Kilimanjaro*. Barcelona: Caralt, 1963.

Estando en prensa este escrito, ha aparecido en traducción española el libro de BODEL, R. *Paisaje sublimes: el hombre ante la naturaleza salvaje*. Madrid: Siruela, 2011, que dedica uno de sus capítulos a los volcanes, pp. 99-109 y 173-176. Por ser la más reciente publicación que hace referencia a la dimensión cultural del volcán, no podía faltar al menos su cita en estas páginas.

¹⁴ BERQUE, A. *Les raisons du paysage: De la Chine antique aux environnements de synthèse*. Paris: Hazan, 1995.

te exigencias algo desplazadas de la configuración hacia la representación, no cabe duda de que los territorios caracterizados por la actividad eruptiva cumplen con todos estos requisitos, pero también es cierto, en este caso, que incluso el término con el que se designan genéricamente, tanto en español como en otros idiomas, está impregnado de cultura. Se ha discutido largamente en la vulcanología española el uso polémico de los léxicos que derivan de la palabra «volcán» (volcanismo-vulcanismo o vulcanología-vulcanología)¹⁵, e incluso la fecha de aparición de tal palabra como nombre común es objeto de opiniones no siempre convergentes. Quizás sea ahora oportuno detenernos en ello y mostrar el trasfondo cultural que tiene la palabra «volcán».

EN TORNO AL LÉXICO «VOLCÁN»

Como es de todo conocido, la palabra «volcán» deriva directamente de Vulcanus, dios del fuego en la mitología romana. Hijo de Júpiter y de Juno, marido engañado de Venus, que tenía supuestamente su morada bajo el Etna, en donde forjaba los rayos de su padre.

Ya desde la Antigüedad y durante toda la Edad Media, Vulcanus o Volcanus se emplea para designar el Etna y las islas Vulcanianas (Vulcani o Vulcaniae Insulae), las actuales islas Lípari, la más meridional de las cuales conserva el nombre de Vulcano. Dado que el Vesubio estuvo inactivo desde el año 69 hasta 1631, se aplicaba, como nombre propio, el nombre de Vulcano a los únicos volcanes conocidos en el Mediterráneo durante la Antigüedad y la Edad Media.

Pero en Sicilia debió de circular bastante como nombre común ya en la Edad Media, pues a Sicilia se refiere el empleo del árabe burkân, que ya es usual como nombre común en los siglos x-xii, y que influyó en la terminación de la forma castellana¹⁶.

La forma española «vulcan» que emplea en el siglo XIII Alfonso X el Sabio en el *Lapidario*, con ausencia de -o final [«Et esta piedra no es fallada en otro lugar si non en un monte que es en Cecilia aque llaman uulcan que arde siempre»..., «un monte que es en tierra de Cecilia a que llaman uulcan»¹⁷, expresión esta última equivalente de la de Maimónides (1135-1204), «fi burkâni Siqillîya», «sobre el volcán de Sicilia»], se explicaría por el paso de la palabra latina a través del árabe. En el emirato árabe en Sicilia, que duró desde 965 a 1072, burkân es empleado por distintos autores árabes, siendo destacable el egipcio Al-Qazwîni, en el que ya con

¹⁵ ARAÑA SAAVEDRA, V.; ORTIZ RAMIS, R. *Volcanología*. Madrid: Editorial Rueda, 1984, p. x.

¹⁶ COROMINAS, J. *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. A-Z. Madrid: Gredos, 2008, p. 580.

¹⁷ Edición de RODRÍGUEZ MARTÍN-MONTALVO, S. Madrid: Gredos, 1981, 324a.

seguridad el nombre no es un topónimo sino un apelativo¹⁸. Igualmente en el francés del siglo XIV se registra vulcan en el *Livre des Merveilles du Monde* de Jean de Mandeville (1356). La forma sin –o final es la que se encuentra en castellano en las documentaciones medievales de vulcan, que siguen refiriéndose a Sicilia¹⁹.

Con la expansión atlántica de España y Portugal al final de la Edad Media, se produce el descubrimiento de nuevos volcanes, que, naturalmente, fueron designados con el término utilizado para nombrar la misma realidad ya conocida: «Fueron los castellanos y portugueses los que propagaron el uso del vocablo con carácter de nombre común, aplicándolo al gran número de montes ignívolos que veían en sus descubrimientos de las Azores y del África y la América tropical; desde estas lenguas se extendió por todo el mundo»²⁰.

El español volcán para designar esos montes ignívolos de América tiene presencia constante en las relaciones del nuevo continente: se documenta hacia 1524 en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés al emperador Carlos V; figura con cuatro ocurrencias en la *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México* (1525) y con veinte ocurrencias en la *Apologética historia sumaria* de Fray Bartolomé de las Casas (1527), entre otros²¹.

El término español volcán, aplicado a las «montañas de fuego» americanas, se extiende a otras lenguas a partir de traducciones, de relatos de viajeros y descripciones de naturalistas, de modo que el francés vulcan es reemplazado por el hispanismo volcán (desde 1598). Los diccionarios históricos del francés (*Trésor de la Langue Française* y *Robert Historique*) están de acuerdo con la extensión del término español.

Curiosamente, frente a las citas del *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* de J. Corominas transcritas más arriba, que explican la forma española a partir del árabe, en el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* de J. Corominas y J.A. Pascual se pretende que la palabra española volcán, sin vocal final, está tomada del portugués, pero la palabra es menos antigua en portugués que en español y la explicación fonética no es satisfactoria. Esta hipótesis ha quedado rebatida recientemente por Germán Colón en la obra citada con anterioridad²².

¹⁸ COLÓN DOMÉNECH, G. «¿Es volcán un lusismo internacional?». En *Para la historia del léxico español*, Madrid: Arco, 2002, vol. 2, pp. 450-451.

¹⁹ El artículo citado de Germán Colón Doménech recoge el texto de la *Embajada a Tamorlán*, atribuido a Ruy González de Clavijo (muerto en 1402), donde figura el término *bolcan*, así como las *Andanças e viajes de Pedro Tafur por diversas partes del mundo avido* (1435-1439), que alude al topónimo mediterráneo citando «la ysla de Bolcan, que dizen que es una de las tres bocas del Yñfierno, porque continuamente lança fumo e tronidos e salen grandes escorias por la boca» (*ibid.*, p. 452).

²⁰ COROMINAS, J., *Breve Diccionario...*

²¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Banco de datos (CORDE). Corpus diacrónico del Español.

²² COLÓN, DOMÉNECH, G. *Op. cit.*, pp. 436-453.

RAÍCES CLÁSICAS

Cuando, hace años, preguntó un profesor de literatura, sumamente culto, a un geógrafo por un viaje de éste a Sicilia, mostró su asombro porque dicho viaje fuese casi exclusivamente a las lavas y cráteres del Etna y no sólo al arte derramado por la isla, que suponía desde su perspectiva como lo único con interés. El geógrafo respondió al literato, primero, con las argumentaciones del párrafo anterior, pero, dada la personalidad del interlocutor, añadió consideraciones de historia de la cultura, como las que luego vamos a exponer, que convencieron al hombre de letras, porque el Etna pertenece tanto al ámbito de la ilustración como al de la ciencia, de tal modo que el humanista apuntó al volcán en su próximo viaje a Sicilia como objeto de visita, no por motivos geográficos estrictos, bien evidentes, sino por razones históricas igualmente admirables. El Etna, un vacío en su mapa, se le hizo visible como objeto de interés. El Etna es, en efecto, un lugar central, receptor e irradiante de cultura y, con él, por extensión del modelo clásico compartido con el Vesubio; lo es cualquier volcán.

Ambos están en el centro de nuestra cultura, puesto que se encuentran en el corazón del Mediterráneo, donde saber y arte occidentales nacieron y se propagaron, con un volcán al fondo. El famoso paraje de la Solfatara, patrón de un estado propio de terreno volcánico, por ejemplo, está ligado indisolublemente a la cuna de nuestra civilización²³. Con él se relacionan nombres como los de Cicerón, Augusto, Calígula, Nerón (incluso Pisón, el romano), poetas como Horacio y Marcial, hasta escritores románticos como Goethe, Shelley o Lamartine. Hay igualmente viejas representaciones del lugar, del «sitio admirable», con sus visitantes ilustres en un viaje obligado a observar los portentos de la naturaleza. Podríamos extender esta actitud que suma naturaleza volcánica, ciencia, arte e incluso vida política y social, como una referencia expresiva al conjunto de la relación modulada entre cultura y paisaje a lo largo del tiempo.

Pero el volcán también dio que pensar e imaginar. Los grandes mitos, como el de la Atlántida de Platón, se asociaron tácitamente a una forma volcánica y a una destrucción eruptiva, es decir, a lo que se conocía como forma y como dinámica en el Mediterráneo²⁴. También fueron aplicables, por extensión, en el Atlántico: por ejemplo, el profesor Tabanera²⁵, introduciendo Canarias en las le-

²³ Así se ha descrito como un valor incluso en los folletos turísticos, como el clásico de GIACOMO, S. di. *La Solfatara*. Pozzuoli: Granito, 1926.

²⁴ Como ejemplo, entre tantos otros, LUCE, J.V. *El fin de la Atlántida*. Barcelona: Destino, 1975.

²⁵ GÓMEZ TABANERA, J.M. «Realidad y leyenda de la Atlántida y su ubicación en el Archipiélago Canario». En *Actas del II Congreso Iberoamericano de Antropología: 1983*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1985. Cabe aquí recordar la aproximación geológica moderna que hizo inicialmente P. Termier en 1912 y que luego recogió en su libro de ensayos *À la gloire de la Terre*. Paris: Desclée de Brouwer, 1922, pp. 123-156.

yendas clásicas de Occidente, indicó ciertas claves del paisaje mítico en el Mare Ignotum y sus «islas felices», incluso con una asimilación renacentista, barroca e ilustrada a la Atlántida, además de otra renacentista a San Brandán, de modo que se podría hasta especular sobre tal Atlántida como una premonición (o recuerdo) de América aún en el Océano en la fantasía de una isla-utopía, dibujada en su origen con consabidas formas cratéricas concéntricas. Las líneas que dedicó Viera y Clavijo en su *Historia* a «si fueron Las Canarias parte de la Atlántida de Platón» son las más arraigadas en nuestra tradición y recogen la alusión a su posible destrucción volcánica: «dice, pues, que aquella grande isla estaba a pocos días de navegación de las Columnas de Hércules; de forma que sin repugnancia se puede inferir del uso de esta expresión que tendría la misma distancia de Cádiz que tienen las Canarias...[y] concluye diciendo que el mar la había absorbido, ya por irrupciones o diluvios, o ya por temblores y volcanes»²⁶.

Si manejásemos un manual de mitología clásica, sería llamativa la cantidad de referencias a volcanes que encontraríamos. En relación con ellos, entre los nombres de los doce olímpicos estaba Efestos o Hefaiostos o Mulciber o simplemente Vulcano, el dios oscuro del fuego, sumido en su forja, el dios obrero asimilado luego por Roma dentro de una Teogonía completa, en un modelo que se extendió hasta los confines históricos²⁷. Entre los siglos v y iv antes de Cristo, decía Empédocles²⁸ con sentido más teórico, que de «todas las cosas, cuatro son las raíces: Fuego, Agua, Tierra y la altura inmensa del Éter», «las que serán, las que son y las que fueron». Y Heráclito escribía la idea de un comensalismo en la activa reunión de los elementos, que deriva en su construcción y destrucción permanente: «vive el Fuego de la muerte de la Tierra y vive el Aire de la muerte del Fuego; y vive el Agua de la muerte del Aire, y de la muerte del Agua vive la Tierra». Todo estaba ensamblado y en acción, con el Fuego, pues, como principio a la vez creador y destructor.

De este modo, y por la proximidad del Etna, del Vesubio, de Estrómboli y de Vulcano, el volcán es un asunto y un paisaje que se volverá habitual en la literatura. Y así, los escritores mayores, Homero, Píndaro, Empédocles, Diodoro, Lucrecio, Virgilio, Estrabón, Hesíodo, etc., se refieren a ellos, y, como en el caso de Plinio y de Virgilio, incluso describen sus erupciones. Virgilio dirá: «trueno el Etna en medio de horrorosas ruinas, arroja al firmamento humo como pez mezclado con pavesas y globos de llamas, y vomita peñascos con gran gemido, y en sus

²⁶ VIERA Y CLAVIJO, J. de. *Historia de Canarias*, t. I. Canarias: Gobierno de Canarias, 1991, pp. 51-52.

²⁷ Símbolos duraderos, por ejemplo, en 1922 escribía el poeta canario Tomás Morales un *Himno al Volcán*, que terminaba diciendo: «sima que en tus inmensos fondos labra / para mansión de Pluto, la propia mano del dios Hefestos».

²⁸ Véase la interesante antología de GARCÍA BACCA, J.D. *Los presocráticos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.



Typus Montis Aetnae. En ATHANASIVS KIRCHER. *Mundus subterraneus*, 1664.

hornos los Cíclopes dan sonoros martillazos»²⁹. Y Lucrecio³⁰, con deseos de interpretación científica, señalará que es el viento el causante de la erupción al recorrer los antros de la Tierra, inflamarse y expulsar llamas y cenizas.

Las referencias a los Titanes, el Tártaro y el Erebo en el mundo subterráneo se establecen en dos regiones de la profundidad. Es el mundo de las sombras y de las Furias, donde se ubica el Infierno. Donde se soterran los monstruos en cámaras profundas. Es el lugar del castigo, donde mora el titán Encélado, enterrado vivo en el antro del Etna, cuyo aliento provoca las erupciones del volcán. Castigo que

²⁹ VIRGILIO. *La Eneida*. Madrid: Espasa Calpe, 1969.

³⁰ LUCRECIO. *De la naturaleza de las cosas*. Madrid: Cátedra, 1983.

también alcanza al Atlante, el que soporta al aire libre el cielo sobre sus hombros. De modo que ambos titanes, el de la cámara magmática y el del gran cono que sobrepasa las nubes, acumulan los símbolos mayores del Teide, su doble condición de volcán y montaña. Desde el siglo VIII antes de Cristo, concretamente en la Teogonía de Hesíodo, se establece un sistema de mitos en el que la Titanomaquia y la Gigantomaquia son figuraciones de estrictas crisis eruptivas. Y el mito pasará por Homero en la Odisea y llegará hasta su representación en la pintura de Rubens. Decía Jenófanes en tono crítico que Homero y Hesíodo habían atribuido a los dioses todos los vicios humanos, pero por eso mismo esas historias sobre las cosas están fundadas en la pasión que mueve el mundo. Esta clave reside, como venimos diciendo, por tanto, en los volcanes de Italia, como paisaje, como territorio y como amenaza, pero también, como poesía, pintura, conocimiento, cultura, y lo hace repetidamente, en dialéctica permanente con el cráter y con la lava. Visitar, pues, la Vorágine, el cráter central del Etna, no era sólo asomarse al antro vertiginoso, al abismo inquieto y tonante, era también buscar el ojo del cíclope, más o menos como un homenaje civilizado al héroe poético del gran libro de la antigüedad.

La razón, poetizada o no, se instaló al lado de la fantasía, al menos desde Aristóteles y llegó hasta el Renacimiento casi sin corrección, salvo acaso en las objetividades concretas de las crónicas de erupciones pie a tierra. Decimos razón, pero también podríamos escribir quimera. Pero lo que Aristóteles nos legó realmente en *Los Meteorológicos*³¹ es bastante breve, como ya se ha mencionado en la introducción a este catálogo, aunque convendría añadir, además, que también señaló una influencia del flujo marítimo en los volcanes costeros. Tito Lucrecio (I a. C.), dedicó una parte de su poema *De rerum natura* a las causas de las erupciones del Etna y, en línea con la teoría aérea, escribió que «el globo interiormente está lleno, como fuera, de vientos, de cavernas, de lagos, precipicios y peñascos, de rocas y de ríos escondidos», por lo que al correr el viento por tales antros se inflama y «comunica su ardor a los peñascos y a la tierra, en torno de la cual sin cesar gira y saca de ellos con veloces llamas fuego devorador, él se levanta y se arroja derecho por las bocas de la montaña, y echa lejos la llama y la ceniza». Hay además para Lucrecio otro factor, la cercanía del mar, que entra por las cavernas litorales con los vientos que soplan por tales cuevas hacia las cumbres y por esto «se ven volar las llamas» y escapan tales vientos por los «embudos anchos de las cumbres que los griegos cráteres llaman». Si Séneca apunta también los vientos, Plinio vuelve no sólo sobre ellos sino también sobre la influencia del mar. Estas ideas permanecen en autores europeos diversos en el siglo XIII, y concretamente españoles en América, en el XVI, en el XVIII y hasta en una novela de Julio Verne que tiene un volcán como escenario³². En Canarias, también Torriani

³¹ ARISTÓTELES. *Los Meteorológicos*. Paris: Vrin, 1955.

³² VERNE, J. *El volcán de oro*. Madrid: Alfaguara, 2000.

recuerda en el siglo XVI lo «aprendido de los filósofos» y «la agitación de los vientos subterráneos»³³.

Un trabajo de Arcaz Pozo³⁴ se refiere en concreto a la relación en la poesía amorosa entre el fuego de la pasión y el volcánico. Está centrado en la repetida imagen literaria del Etna, basada tanto en sus mitos como en la presencia del volcán real en el conocimiento y en la metáfora de los mundos clásico y renacentista, y la muestra mediante fragmentos de Catulo, de Horacio y, sobre todo, de Ovidio, que se expresan en este sentido.

Nuestra cultura mediterránea ha nacido con un volcán al lado. El paisaje renaciente del volcán es la patria de los poetas y filósofos clásicos: las «ruinas étneas» de Virgilio, como las «vísceras de los montes» arrojadas con gemidos, son su demostración; allí residen las fraguas trabajadoras en las cavernas de la montaña, los hornos de los Cíclopes cuyos martillazos retumban en los grandes poemas de la antigüedad. Hemos nacido al pensamiento con el estruendo sobre los yunques de los dioses, con el jadeo del fuego enterrado, con los calderos del vino griego que dieron su nombre a los cráteres. La razón se construyó sobre la explicación de la naturaleza de estas cosas, como la razón poetizada de Lucrecio que acabamos de mencionar o la razón sagrada de Empédocles cuando, ante el Etna, Hölderlin le hace decir: «lo grande está frente a nosotros»³⁵.

Pero todo el volcán Etna es un paisaje cambiante, siempre rejuvenecido por su eruptividad constante. Frente a los paisajes continentales fijos o de lenta evolución geológica, el volcán es activo y violento. Y pese a ello el hombre ha convivido durante milenios con la erupción, fundamentalmente con las lavas, de modo que sus afecciones acaparan la mayor parte de las referencias, aprendiendo en cada crisis, olvidando en cada letargo.

En el Vesubio es algo diferente: es el vecino también amenazante, pero con incidencia en su entorno de sus actividades explosivas y derivadas, como las nubes ardientes, además de los derrames lávicos. Y, en este juego peligroso, es además el volcán escuela, la matriz intelectual y científica del conocimiento de los paisajes volcánicos. Lo es desde Plinio el Joven, relator de su erupción del año 79, en sus *Cartas a Tácito* donde describe en párrafos formidables la nube desmesurada y el drama de las gentes y entre ellas el de su tío, Plinio el Viejo, que se acercó a la erupción para estudiarla y murió como consecuencia de ello. Y llega a nuestros días pasando por su pionero instituto vulcanológico europeo, con una actividad científica encomiable, por los pintores que reflejaron su telón de fuego y por

³³ TORRIANI, L. *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1978.

³⁴ ARCAZ POZO, J.L. «La imagen poética del Etna: de las fuentes clásicas a la lírica española del siglo XVI». *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, núm. 6. 1994, pp. 195-206.

³⁵ HÖLDERLIN, F. *La muerte de Empédocles*. Madrid: Hiperión, 1983.

88 MONTE ETNA, VESUVIO, APONO. Cap. XXXI.

Quante volte l'ho detto a rade Miraflo,
Ma in chiufo fuoco, e si confuma e rade
Anco il Saio, Prou. 6. 27. Non quid potest homo abscondere
ignem in sinu suo, ut vestimenta illius non ardeant?
494. Il Monte Etna, non altronde che dal suo proprio
seno ricaua gli alimenti à i suoi incendij; però fù segnato
con: SIBI ALIMENTA MINISTRAT, per vno, che
operando, si mantiene con le fue proprie industrie, e fatiche.
495. Espresfa idca delle torture infernali, può rauilarsi
questo monte, il cui fuoco (empire ardendo, non mai
s'estingue, e cui soprappo, FLA GR AT, N E C A B S V
M I T T V R. Ed è concetto favorito da Minutio Felice nell'

Oratio. Sicut ignes Etnæ, & Vesuuij montis, & ardentium
obique terrarum, flerant, nec exiguatur: ita penale illud
incendium non datur ardentium positor, sed in seo a cor
porum laceratione nuriu. Nel qual proposito Prudentio
Hamarten.
Carpiu tormento, s'ouenteque
Materiam sine sine datam, mors deserit ipsa
Eternos gemitus, & stentes vivere cogit,
Callidoro in Pla. Absimet, ut seruet, seruabit in cruci
es, dabiturque miseris vita immortalis, & pax seruatrice.
Ed Ygon Card., che sopra la porta dell'Inferno penso
che scriuer si douesse,
Hic que vita? mori, que spes? superare dolori,

Far da id
Fuoco in
fernali



496. Allo stesso Monte, che vomita fiamme, e globi di
pietre io diedi, DVM EROGAT REPARAT, pato
le suggestioni di Tertulliano in Apologet. c. 48. che par
lardo delle pene preparate à i Reprobi dice Profani, &
qui non integri ad Deum in pena, aque ignis ignis. (erunt)
hibentis ex ipsa natura eius diuinam scilicet subministra
tionem incorruptibilitatis. Non enim absunt quod excurit,
sed dum erogat reparat.
497. Fù questo Monte trascelto per imagine espresfa
di prona inuidiosa, al quale ben si conuiene il cappel
lo, SVA VISCERA VORAT. S. Gio. Crisostomo
Hom. 15. ad Pop. Sicut vermis de ligno nascens, ipsum prius
absunt: sic est inuidiosa, illam prius, que se peperit animam
corumpit. E S. Bernardo anch' esso dice, che l'Inuidia:
sensum comedit, peccat viti mentem afficit, & quasi quadam
peffis depafcit, & cuncta bona, ardore peffifero, denorat.
498. L'etna neuolo, e fumante, segnato con le parole
d'Ouidio, EST V A T I N T V S mi patue bell'idea d'odio
non totalmente nascosto, ò di vn amare pallido, e sospiro
fo. Allo stesso corpo dandoli il motto: I N G E L V E
S T V A T, feruirebbe per vno, che già cantato diuenisse
amante, e dimostrasse il seno da libidinose fiamme inde
gna, e scandalosamente ingombrato. Ciò che segui ne i
laidi vecchioni, descritti Gomb. 19. 4. i quali insieme con
la gioventù sfacciata: uallauerunt domum del Santo Lor
te, a fine di fodistare à i loro brutali furori. La onde Sant'
Ambrogio l de Abrahà c. 6. hebbe ragione di scriggere. Nil
in atas erat culpa immunit, ideo nullus immunit, exitu fu
it. Et qui possibilibus atem perpetrandi criminis non habuit, do
buis affectum. Effare vires senum, sed mens plena libidinis.
Iniquitas rinfacciata Dan. 12. à certi infami giudici, qua
li bianchi di pelo, ma neri d'anima, se portauano le ne
ui sul capo, teneuano gli incendij nel petto, e mentre,
Videbant senes quotidie la padica Susanna, ingredientes,
& deambulantem frà le vertute del suo giardino, exarfe
runt in concupiscentiam eius num. 8.
499. Per simbolo di Dannato io gli darei, ARDEBIT

ÆTERNVM; e tanto mi suggerì Sant' Isidoro lib. de
mundiciò, DVM EROGAT REPARAT, pato
ius ignis perpetua incendia spirabunt, ad puniendum pecca
tores qui cruciabuntur in secula seculorum. Nam sicut
isti montes in tant a temporis diuinitate, usque nunc, flami
nis astuantibus perseverant, itant nunquam extingui pos
sunt: sic ignis ille æternus ad cruciandum corpora damnato
rum finem nunquam est habiturus. Nell' Apocaliffi diceua
S. Giouanni, che i Reprobi i Cruciabuntur igne, & sul
phure, & sumus tormentorum eorum ascendet in secula se
culorum. Apocal. 14. 11.
500. Il Costante frà i Filoponi di pitofo, hà l'Etna cari
co di neuto, con le cime, che suaporano fuoco, ed il mor
to; ETIAM ADVERSANTE NATVRA; e vuol
forte dire, che al dispetto di quanti mai interni ò esterni
potessero già mai molestarlo, ed agguarrarlo, egli haureb
be sempre sparfo fiamme chiarissime di virtù, e di
gloria.

Inferno
Inuidioso
Colleccio
Amante
Vecchia
libidinosa

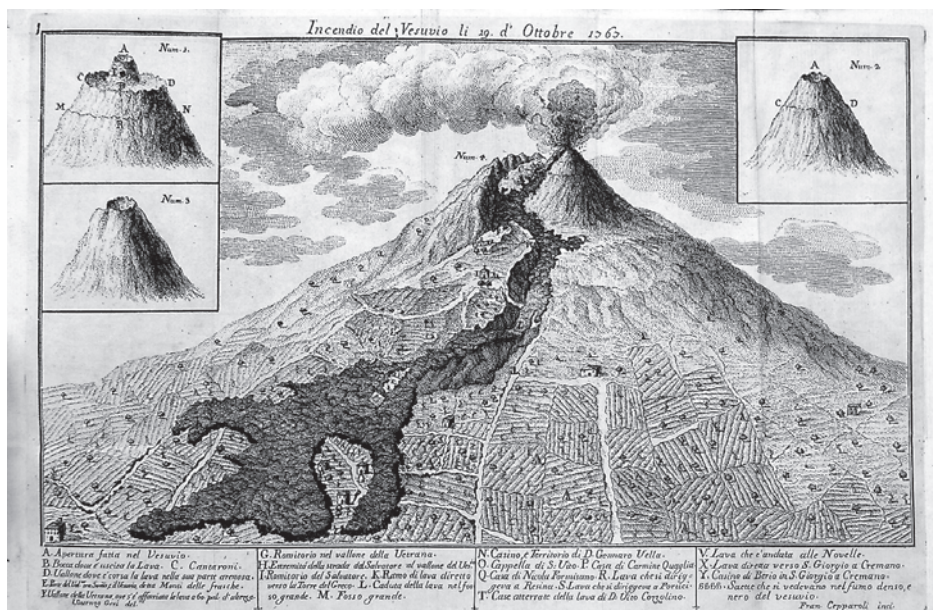
VESUVIO

501. Per Santo Filippo Nerio, e lui viscere si fatta
mente auampauano nell'amor d'Iddio, che alcune co
ste mal potendo reggere a tanto sforzo, rimiseo dal lor
luogo (moite, ed inalzate, il Sig. Galio Rancati fece im
prea del Vesuio, che predominato da gli incendij scaglia
le pietre al cielo, e gli aggiuue, NE PVO TVTTO
CAPIT DENTRO A SE STESSO, verfo del Taf
fo nella Gerul. Liberata Cant. 12. fl. 43.
Lor s'infiamma gli spiriti, e il cor ne bolle,
Ne può tutto capie dentro le stesso.
Può anco addattarsi l'imprea ad iracundo, che prorom
pe in istoghi ingiuriosi contra il cielo.

APONO

502. Ad honore di S. Lorenzo Martire, la cui vir
tù, e santità nel mezzo de i mortiferi suoi incendij nulla
scuocò

Dannato
Generosi
Filippo
Nerio
S. Lorenz
za.



un énfasis en el romanticismo, como podría expresar el viaje de Chateaubriand por sus lavas, escorias, sorprendido por sus sublimados azules, amarillos y naranjas, o el de Víctor Hugo, que daría lugar a un poema en el que lo califica de «volcán demente». La accesibilidad del volcán en tiempos mansos, su proximidad a Nápoles y Pompeya, hizo de él un foco turístico que también propagó su imagen superficialmente. El complemento viajero de los volcanes italianos, a su vez remate de los objetivos artísticos, añadía la navegación a las islas eruptivas, de la que podríamos seleccionar la experiencia de Alejandro Dumas en el cráter del Estrómboli, que le pareció «la boca de un cañón, [que] lanza un nublado de proyectiles que, al volver a caer en el cráter, arrastran consigo sobre su inclinada pendiente piedras, cenizas y lava»³⁶. Observación meramente descriptiva, y la comparación balística, un tanto trivial para venir de un escritor afamado.

Luego volveremos sobre otras consideraciones de peso en estos lugares convertidos en rito permanente del viajero instruido. De momento nos basta esta presentación como apunte del viejo origen de la apreciación y de los contenidos cultos otorgados al volcán, así como de su continuidad histórica, clasicista

³⁶ DUMAS, A. *Impresiones de viaje*. Madrid: Mellado, 1857.

o no. De tal modo que estos volcanes conforman un modelo cultural para los europeos desde el que se entienden todos, cuando sus imperios les llevan a América, a Filipinas, a los archipiélagos. E incluso como metáfora.

DERIVACIONES LITERARIAS

Así ocurre entre nosotros en un campo más amplio que la ciencia, porque no todo lo racional es real ni todo lo real es racional, e incluso en terrenos ajenos al planteamiento científico. De este modo, por contagio cultural, el volcán clásico reaparece en la literatura española repetidas veces, unas con sentido descriptivo y otras, las más, alegórico. Pongamos unos pocos ejemplos con afán meramente expresivo³⁷.

En las viejas letras aparece ya el volcán en los versos siguientes del Arcipreste de Hita, que copiamos de corrido para intensificar lo descriptivo: «Assi fue que la tierra comenzó a bramar: estaba fynchada, que quería quebrar; a cuantos la oyan, podía mal espantar. Como dueña en parto començos a cuytar».

En el citado trabajo de Arcaz Pozo³⁸ se recogen citas de poetas castellanos del siglo XVI que siguen los precedentes literarios clásicos de la poesía amorosa con pasión volcánica, ubicada metafóricamente en la imagen del Etna. Así, Cristóbal de Castillejo versifica siguiendo a Ovidio del siguiente modo:

*y la pasión que me llama,
que me parece traer
encerrado
al Etna, monte pesado, con sus fuerzas muy crecidas
y sus llamas encendidas
en mi pecho trasladado.*

Diego Hurtado de Mendoza entra, en juego similar, incluso en la descripción de la actividad volcánica, y escribe:

*Etna trae las llamas por de dentro;...
que funde las arenas en el centro...
Ahora lanza tal nube de marañas
del humo espeso con pavesa ardiendo,
que turba el cielo y arde las montañas;
ahora levanta en alto, revolviendo*

³⁷ Como no perseguimos en este ensayo ningún afán erudito, sino sólo orientativo, dejamos libre al lector la consulta de nuestros clásicos por sus diferentes y asequibles ediciones.

³⁸ ARCAZ POZO, J.L. *La imagen poética...*

*golpes de vivas llamas extendidas,
que las claras estrellas van hiriendo;
ahora lanza las peñas derretidas
y escollos, con gemidos regoldando
del monte las entrañas encendidas.*

Y Fernando de Herrera juega petrarquianamente con la antítesis fuego-hielo usando como alegoría respectivamente al Etna y al Cáucaso a modo de símbolos geográficos enfrentados, o bien oponiendo los dos rasgos sumados del Etna, el de ser un volcán de antro ígneo y el de constituir una alta montaña nevada. Respecto al volcán activo, sus versos dicen:

*...exhala el fuego ardiente,
que en ceniza convierte el mortal manto,
Etna, que el duro hielo y frío siente
en sus coronas altas ensalzado,
y con el blanco velo reluciente...
el fuego, en nube espesa reducido
de ardientes globos y furor humoso,
arroja con horrisono estampido.
El estruendo de peñas tempestuoso
con alto horror resuena en torno y brama,
y tiembla todo el monte cavernoso.*

Entre otros, también Quevedo usó frecuentemente al Etna eruptivo como metáfora de sus amores, por ejemplo en este caso:

*Ostentas de prodigios coronado,
sepulcro fulminante, monte aleve,
las hazañas del fuego y de la nieve,
y el incendio en los yelos hospedado.*

O bien, en este otro:

*Tú, Etna, que en incendios desatado
das magnífico túmulo al gigante;
todos con llamas como peñas,
mirad vuestros volcanes en mis venas.*

Moratín siguió en el siglo XVIII este mismo sentido alegórico, tanto de pasiones amorosas como de vicisitudes históricas. En el primer caso:

*Dirás que el encendido Mongibelo
de tu pecho, entre llamas y cenizas,
corusca crepitante y llega al cielo.*

Y en el segundo, aunque nuevamente trasladamos aquí la fuente poética a prosa para acentuar su estilo de relato: «O cuando en las cavernas oprimido del centro de la Tierra, el fuego brama con rumor espantoso, y en su reventazón muda los montes, ciudades arruina, hierve el mar proceloso, y arde en sus ondas la violenta llama».

El volcán es, pues, la referencia cuando se necesita énfasis.

Con voluntad más narrativa y viajera, en el siglo XIX Quintana escribía: «tal vez trepar osaba al Etna mugidor, y allí veía bullir dentro del gran horno, y por la nieve que le ciñe en torno los torrentes fluir de ardiente lava». Y ya en el XX, Gabriel y Galán dedicó un poema a la montaña en el que escribía los siguientes versos (que mudamos aquí otra vez más a prosa para resaltar su carácter narrativo): «te engendró trepidando el terremoto y por la boca del abismo ignoto la tierra te parió de sus entrañas... y transpiraste en tu alentar inmenso soberbias espirales... y tu loca niñez, brava y ardiente, envolvióse en pañales que eran manto de lava incandescente».

Es decir, el volcán aparece como origen, nacimiento del relieve, punto de partida del paisaje mineral. De este modo, implícitamente, cada vez que viéramos un volcán sería, por intermedio del mito, como si pudiéramos observar un ejemplo, un caso, una evocación del mismo surgimiento de la faz de la Tierra. No cabe duda que estas imágenes, mejor o peor logradas, tienen siempre una referencia a la fuerza cósmica que despliega la erupción. Y no entramos en esta ocasión, por lo dilatado de la materia, en más literatura sobre volcanes, aunque sí apuntamos, para acabar este apartado, el interés de la rama específica de las novelas con erupciones o con paisajes de conos, coladas y cráteres. En otra ocasión tales novelas nos permitirán clasificar sus matices mediante un ensayo particular.

RAÍCES BÍBLICAS

Pertenece a nuestro patrimonio cultural de modo no sólo notable sino a veces hasta casi exclusivo la referencia en todas las artes a la raíz religiosa: pintura, escultura, arquitectura, poesía, prosa, teatro, música. Y tradiciones. De modo que si, por un lado, desconocer esta fuente lleva a desdibujar los sentidos de esas aportaciones, cosa cada día más frecuente, al conocerla se dibuja un campo de influencia cultural paralelo al ya mencionado, de notable capacidad de proyección.

Por todas partes los volcanes, la altitud, el cráter y la erupción han sido relacionados con fenómenos religiosos más o menos elaborados³⁹. También el

³⁹ Véanse las referencias amplias hechas en MARTÍNEZ DE PISÓN, E.; ÁLVARO, S. *El sentimiento de la montaña*. Madrid: Desnivel, 2002.

Y en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. «Valores escondidos de los paisajes. Calidades ocultas de la ascensión a la montaña». En MARTÍNEZ DE PISÓN, E.; ORTEGA, N. (eds.). *Los valores de los paisajes*. Madrid: UAM, 2009, pp. 9-44.

volcán está en las raíces religiosas de nuestra cultura, como se desprende de la descripción de la Teofanía de Moisés en el Sinaí (*Éxodo*, XIX). Sólo hay que leer lo escrito allí para ver cómo la descripción de los fenómenos de la revelación recuerda una viva descripción de una erupción (o acaso de una tormenta o incluso de ambas), tomada como referencia escénica: «princiaron a oírse truenos y a relucir relámpagos y cubrióse el monte de una densísima nube y un sonido resonaba con grandísimo estruendo... todo el monte... estaba humeando por haber descendido a él el Señor entre llamas, subía el humo como de un horno... la gloria del Señor aparecía como un fuego ardiente que abrasaba la cumbre del monte».

No es el único caso, sino que es incluso de mayor trascendencia ejemplarizante la asociación de la destrucción de Sodoma a las causas, como castigo divino por nuestros pecados, y a los efectos destructivos de algunas erupciones, como ocurre directamente en la crónica de una actividad del Volcán del Fuego de Guatemala en el siglo XVIII o como se representa tácitamente en el famoso cuadro de Patinir, con el ambiente propio de una erupción. Sin embargo, diversos autores han hecho una asociación de la dinámica de aquel desastre con las condiciones naturales de la supuesta ubicación de estas ciudades bíblicas en la activa fosa tectónica del Jordán, con efusiones de brea y con las concreciones y cristalizaciones salinas del Mar Muerto, alojado en su fondo. Otra cosa es su significado moralizante. Lo que dice el Génesis⁴⁰ es: «llovió del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego por virtud del Señor y arrasó estas ciudades y todo el país confinante, los moradores todos de las ciudades y todas las verdes campiñas del territorio. La mujer empero de Lot volviéndose a mirar hacia atrás, quedó convertida en estatua de sal [...] Abraham... se puso a mirar hacia Sodoma y Gomorra y todo el terreno de aquella región y vio levantarse de la tierra pavesas ardientes así como la humareda de un horno o caler». Y la razón de los ángeles emisarios fue: «Vamos a arrasar este lugar, por cuanto el clamor contra las maldades de estos pueblos ha subido de punto en la presencia del Señor, el cual nos ha enviado a exterminarlos».

Entre nosotros, los volcanes han tenido repetidamente esa evocación moral de Sodoma y Gomorra, pendientes sobre las cabezas de los pecadores, por ejemplo en Lanzarote en plena erupción en el siglo XVIII, cuando un documento deja escrita la referencia expresa al «castigo (divino) de los repetidos volcanes», y en otro caso se señala: «en el fundado dictamen de que esos castigos y terrores son expresiones de la indignación divina, provocada por nuestras culpas; hemos atendido a solicitar su clemencia con oraciones y rogativas públicas»⁴¹.

⁴⁰ Según la traducción de TORRES AMAT, F. *La Santa Biblia Vulgata Latina*, t. I. Barcelona, 1885.

⁴¹ ROMERO, C. *Crónicas documentales sobre las erupciones de Lanzarote...* Tegui-se: Fundación César Manrique, 1997.

Es buen ejemplo de esta línea el libro de sermones del canónigo José de Barcia y Zambrana, titulado *Compendio del despertador christiano* y publicado en 1748⁴², en el que se dice que «los pecados públicos obligan a Dios a castigar»; así, «hasta echar a Jonás no cesó la tormenta. Eliseo echó la sal, no en el acequia, sino en la fuente». Aparte de castigos como plagas, hambrunas y pestes, se refiere en concreto al «terremoto grande de 9 de octubre de 1680» (Sermón LXXXVI), que causó 80 muertos y 300 heridos en Málaga, y plantea tal «temblor» como «signo de la ira de Dios», «especial ira de Dios por los pecados»: la «terra tremuit» como aviso último, tras anteriores advertencias naturales de menos envergadura, para que «veamos que está enojado Dios por nuestras culpas». Así hay que predicar que «no hay hora segura», que «caigan los ídolos de los vicios» y que cunda «el temor a la ira de Dios», pues el paso siguiente al terremoto, si no hay contrición, será el mismo infierno. También en el capítulo sobre «rogativas, letanías y procesiones» del tomo IV de la *Biblioteca selecta de predicadores*, editada en París en 1857⁴³, se recuerda que en el año «442 frecuentes terremotos sembraron la consternación y el espanto entre los habitantes de Viena... cayó el fuego del cielo sobre las casas consistoriales y redujolas a cenizas... salían las bestias bravas de las selvas y venían a acometer a los hombres en medio de las plazas públicas. Espancados los moradores se refugiaron en la catedral con San Mamerto, su arzobispo, quien, para hacer cesar esa desolación, mandó procesiones casi del mismo modo que se hacen hoy día». Y la recomendación es acudir todos a la rogativa, pues «habiendo todos pecado, todos tienen que pedir perdón», y según el Concilio de Maguncia, «no con exterior fastuoso, sino con el de penitente, cubierto de ceniza y revestido de cilicio, andando a pie descalzo y el corazón penetrado de viva compunción».

Por otra parte, la evocación del infierno es también constante en los cráteres con sustancia ígnea, con olor a azufre y en las erupciones. Lógicamente, la literatura ha utilizado igualmente esta fácil relación, por ejemplo en versos de Hurtado de Mendoza en el siglo XVI. Algunos topónimos, como el Infierno de Masaya en Nicaragua, revelan la asociación directamente, sea el infierno de los indios o de los cristianos. Y, como es sobradamente sabido, aquí se establece el origen prehispánico del mismo nombre del Teide en razón de la localización en él de un lugar al que «van los espíritus de los seres malvados», según recoge el profesor Tejera⁴⁴. Son numerosas, pues, no sólo las analogías, sino incluso las atribuciones,

⁴² BARCIA, J. *Compendio del despertador christiano*. Madrid: por los Herederos de la Viuda de Juan García Infanzon, 1748. (FAN. AS. 6288).

⁴³ *Biblioteca selecta de predicadores: colección escogida de conferencias, pláticas, sermones y otros discursos sagrados sacados de los mas sobresalientes oradores...* Bajo la dirección de Pedro María de Torrecilla. Paris: Rosa y Bouret, 1857.

⁴⁴ TEJERA, A. *Mitología de las culturas prehistóricas de las Islas Canarias*. La Laguna: Universidad, 1991.

algunas literarias, del volcán al antro infernal, pero otras suposiciones más directas dieron lugar además a pruebas y refutaciones sobre su localización en las bocas, lagos de lava y cámaras internas de determinados volcanes. Así José de Acosta razonaba en 1590, al tratar sobre los volcanes de Indias, que «lo que otros platican que es fuego del infierno y que sale de allá, para considerar por allí lo de la otra vida puede servir; pero si el infierno está, como platican los teólogos, en el centro, y la tierra tiene de diámetro más de dos mil leguas, no se puede bien sentar que salga del centro aquel fuego, cuanto más que el fuego del infierno, según San Basilio (209) y otros santos enseñan, es muy diferente de este que vemos, porque no tiene luz y abrasa incomparablemente más que este nuestro»⁴⁵.

En suma, hay dos fuertes tradiciones culturales, fundacionales en nuestro interés histórico no científico sobre los volcanes, la clásica y la bíblica, que cruzan sus pesos tanto en las minorías letradas como en las tradiciones populares.

LOS VOLCANES HISPANOS

Situados fuera del ámbito geográfico estrictamente mediterráneo, el Archipiélago Canario, primero, y más tarde los territorios americanos formaron parte también del espacio culturalmente asociado al mundo clásico y bíblico europeos.

Aunque Viera, nuestro más ilustre historiador, se queje de la sombra que el descubrimiento de América proyecta sobre las islas⁴⁶, la vinculación cultural entre ambos mundos, y entre éstos y la cultura mediterránea, es tan fuerte que se proyecta, incluso también, en sus volcanes.

Así, en Canarias, esa dualidad de la que hablamos, clásica y bíblica, en el entendimiento culto de sus volcanes está presente desde las primeras manifestaciones volcánicas ocurridas tras la conquista de las islas. De este modo, Torriani, buen exponente del hombre intelectual del renacimiento, al narrar la erupción de 1585 producida en la isla de La Palma enlaza ésta con acontecimientos semejantes producidos en el Etna, o Mongibel, y el Vesubio, citando a autores clásicos como Orosio, Plinio, Virgilio, Tucídides o Tácito. Personajes míticos como

⁴⁵ ACOSTA, J. de. *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Historia 16, 1987.

⁴⁶ «Es verdad que las famosas conquistas de Méjico y del Perú harán siempre más eco en todo el mundo que las de Canaria y Tenerife. Es verdad también que Cortés y Pizarro serán en la opinión de los hombres más héroes que Vera y Fernández de Lugo; pero ¡ah si fuese lícito hacer un paralelismo riguroso entre los guanches y los indios, entre las fuerzas de las Canarias y de las Américas, entre el impulso que animaba el brazo de unos y otros conquistadores!». VIERA Y CLAVIJO, J. de. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Tomo Primero. Octava Edición. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1982, p. 13 (prólogo del autor).

Hefestos, Proteo o Encélades son utilizados por Torriani al describir el nacimiento del volcán de Tahuya: «El cielo en todo el horizonte que se podía abarcar con la vista, estaba cubierto con una niebla muy oscura, que salía de la voráGINE de este Encélades...».

No es de extrañar, por ello, que también las erupciones se interpreten del mismo modo, como ya hemos apuntado: «tanto por influencias celestes como por efecto de la agitación de los vientos subterráneos, los cuales al pasar por tortuosos conductos, pueden y suelen encender tales materias que encuentran dispuestas. Lo que también se confirma por los grandes y continuos terremotos que habían precedido durante la primavera anterior, hasta que la tierra fue vencida por su punto más débil...». Igualmente, la influencia religiosa de Torriani se manifiesta en frases como «...la dicción bien compuesta del mejor retórico no podría expresar, sin las acciones del cuerpo y de la voz y los cambios del rostro, lo que fue esta montaña recién nacida; porque no sería otra cosa, sino querer describir una breve y repentina movilización de todas las cosas que Dios creó en el caos. Estas cosas cogían cada una el lugar que le era destinado, por tan alta sabiduría, a modo de apetitos naturales...».

Existen, además, en Canarias interesantes paralelismos entre los antiguos mitos griegos y las leyendas guanches. El Teide, la gran montaña atlántica, era considerada por los guanches como la morada de divinidades malélicas: «Conocen haber demonio y llaman guayote, y que él sólo tiene la pena en la tierra, y en los sitios donde hay volcanes, fuego y azufre, y en particular en el monte de Teide»⁴⁷. La leyenda canaria relacionada con Guayota muestra ciertas analogías con la pugna habida entre Encélado y los dioses del Olimpo griegos. La lucha entre la oscuridad, Guayota, y el sol, Magec, terminó cuando el primero hizo prisionero al segundo y se encerró con él en las entrañas de Echeide —Teide—. Sólo la intervención de Achaman, dios del cielo, consiguió liberar a Magec y que Guayota dejara de arrojar humos y peñascos encendidos, confinándolo para siempre dentro de Echeide, donde aún respira en lo más alto.

Tras la llegada de los españoles, la naturaleza, interpretada como expresión de lo divino, fue también en Canarias casi monopolio de explicaciones teológicas, de modo que sus volcanes y erupciones fueron entendidos durante largo tiempo como resultado de la cólera de Dios. Prácticamente todos los episodios volcánicos producidos con anterioridad a la finalización del siglo XVIII cuentan con relatos en los que se alude al castigo divino⁴⁸. Resulta sorprendente, ade-

⁴⁷ ARIAS MARÍN DE CUBAS, T. *Historia de las siete islas de Canaria*. Transcripción, introducción y notas de Francisco Osorio Acevedo. La Laguna: Editorial Globo, 1993, p. 220.

⁴⁸ Véase ROMERO, C. *Las manifestaciones volcánicas históricas del Archipiélago Canario*. Canarias: Consejería de Política Territorial..., 1991.

más, la coincidencia de fechas religiosas de alto arraigo en la población con el inicio de determinadas erupciones, lo que evidentemente contribuyó a reforzar las causas aducidas. Temblores de tierra de cierta intensidad comenzaron el 24 de diciembre de 1704, día de Nochebuena; el día de Año Viejo, se inició la erupción de Sietefuentes; la víspera de Reyes, 5 de enero de 1705, tomó el relevo el volcán de Fasnía y, por último, el 2 de febrero, día de la Candelaria, patrona de Canarias, se abrieron las bocas del Volcán de Arafo, justo en las cumbres que coronan el valle donde se localiza la basílica a la que se acude en peregrinación ese día. No es de extrañar que durante esta erupción se llegaran incluso a exorcizar los montes: «presididos del Ilustr. Señor Obispo, formaron penitentes, y generales, processiones, que asistidos del clamor universal de tan numeroso y contrito pueblo, causavan no menos confusión que abundantes lágrimas, aún a los que vivian ciegos a vista del castigo de la Divina Justicia. Todos clamaron favor, todos pedían piedad; los sacerdotes no cessavan de acudir à oír confesiones, algunos las hazian de muchos años, otros que les parecía se les dilatava que los oyessen se confesavan à voces, parecía un Día de Juizio, más quando à la tarde se oyeron espantables voces, alaridos y grande estruendo en las caydas de las montañas, de suerte que atemorizaban à los más animosos, y no obstante de aver subido diversos sacerdotes à las cumbres à exorcizar, se continuaron en la misma forma toda la noche».

La única forma de aplacar la indignación de Dios durante la erupción de 1730 de Lanzarote era, según las autoridades religiosas: «clamar al cielo por sus misericordias por medio de rogativas y processiones generales y ...con la detestación de las culpas, para lo qual ordeno no falten Operarios Evángelicos que en públicas misiones lo exorten». No obstante, si ello no fuera suficiente se añaden medidas mucho más interesadas «...y que si (lo que Dios no permita) fuese preciso desamparar la Ysla...sea el Cura Animarum de aquellos pueblos los últimos que la dexen, consumiendo en este caso las especies Sacramentales, conduciendo a la Ysla de Fuerteventura todas las Ymagenes y alajas de las Parrochias y Hermitas y en interín procuren tener siempre esto asegurado en los parages que se hallaren más exemptos de los estragos...».

Si el comienzo de estos y otros episodios volcánicos es continuamente achacado a la ira divina, su finalización es, sin embargo, siempre resultado de la interención ante Dios de los santos y vírgenes protectores invocados por el pueblo: «Duró este volcán con sus varios temblores y ruidos hasta veinte y uno de diciembre y fué cosa pública y notoria que la Gloriosissima Señora de las Nieves, Nuestra Señora, con su rocío favorable nevé en el dicho volcán y en esta isla hubo un rocío pequeño, que tanto como esto puede la Reina de los Angeles, Nuestra Señora, con su benditísimo Hijo Nuestro Señor Jesuscristo...».

Muchas de las fiestas populares canarias tienen su génesis en la vivencia de una erupción volcánica. Quizá la más llamativa sea la que se celebra en la ciudad de Garachico, en la isla de Tenerife, el día de los Fuegos del Risco, en recuerdo de la erupción de la montaña de Trevejo de 1706. Cada cinco años, los «foguetes-

ros» del risco reproducen los efectos de la caída de la lava por un escarpe de unos quinientos metros de altura, lanzando ladera abajo bolas de fuego, hechas con sacos llenos de piñas de pino y piedras y recubiertas con sacos impregnados en gasoil o gasolina; bolas incandescentes que en su bajada dejan estelas de fuego que recuerdan la lava de la erupción. Sobre las lavas frías de las coladas de 1706 pueden verse aún las auténticas «bolas de acreción», de más de un metro de diámetro, formadas en el transcurrir de las coladas que hicieron desaparecer el puerto de Garachico.

No obstante, también aquí, como en América, la observación directa del fenómeno volcánico lleva a cuestionar el conocimiento obtenido de los antiguos filósofos. Por ejemplo, Torriani discute la relación unívoca existente entre procesos eruptivos y grandes edificios volcánicos: «... sabemos que el Etna, el Vesubio y otros montes de que se habla, estaban allí antes de sus erupciones. Sin embargo, pensamos que, si aquellos fuegos se hubiesen encendido debajo de alguna llanura, también se harían allí montes, como éste de que se trata aquí, pero que, dada la grandeza de esos montes, la materia echada por el fuego los cubre de modo igual y no puede formar un monte de tanta altura. Sólo puede aumentar esta altura... de modo que aunque crezca un monte sobre el otro, siempre formaran una misma superficie con el que estaba allí desde antes. Por consiguiente, no sostenemos que sólo en esta isla haya nacido un monte, causado por los incendios subterráneos, sino que puede nacer en cualquier parte donde se produzcan similares efectos en el interior de la tierra... si los fuegos salen de la profundidad, no sólo serán aptos para producir montes, sino que pueden mandar fuera islas que salgan del mar...».

De igual modo, el conocimiento de un espacio geográfico volcánico vivido y observado motivará precisiones interesantes acerca de los rasgos característicos del territorio volcánico, como ya apuntamos en el estudio introductorio de la obra de Quesada Chaves⁴⁹. Este autor señala, por ejemplo, de modo claro, la diferencia entre la actividad producida en el Pico del Teide de la acontecida en otros puntos de la geografía canaria, distinguiendo la existencia de conjuntos eruptivos de muy diferente envergadura: «No se ve en este Pico Planta ni hierva alguna, ni menos señales q. lleguen ningunas Aves á él y así por las circunstanCIAS referidas como por las noticias de que en lo antiguo arrojaba este monte Teide, fuego continuo, no se duda fueze formado de algun Bolcan porq. los que an reventado despues de conquistadas estas Yslas an dexado formadas otras montañas mas chicas...».

⁴⁹ ROMERO, C. «La visión geográfica de Dámaso Quesada y Chaves». En FERNÁNDEZ PALOMEQUE, P.; GÓMEZ-PABLOS CALVO, C.; PADRÓN FERNÁNDEZ, R. (eds). *Dámaso Quesada y Chaves. Canarias Ilustrada y puente americano*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 2007, pp. LI-LXXXI.

A través de estos comentarios, Quesada parece tener clara la distinción entre lo que en la actualidad se cataloga como volcanes monogénicos (generados durante un único evento eruptivo), como los producidos en época histórica, frente a los poligénicos (construidos a partir de múltiples episodios volcánicos), como los que han dado lugar a la edificación del Teide o Pico Viejo. Pero además, establece también diferencias entre la actividad volcánica producida con anterioridad a la conquista de las Islas de la ocurrida con posterioridad a ella, es decir, entre lo que actualmente se considera como actividad volcánica histórica y actividad volcánica subhistórica o reciente, precisando además las razones que le llevan a establecer estas diferencias: «Antes de conquistada solo se le nota por vestigios o señales, y narrativa de sus naturales, los Bolcanes que en varias partes reventaron, pues como muestran las tres montañas que áy en las jurisdicciones de la Orotava y Realexo de Ariba y sus tieras que las circundan, que solo sirven para deheza, corrio por ellas el fuego hasta el mar, dexandolas inutiles de poder fructificar, pues quemadas, se ven, y llenas de Malpais o piedra Calcinada; en las jurisdicciones de Ycod, y Guancha, aunq. no se ven montañas, se pisa mas de dos leguas de el mismo malpais; y en el paraxe nombrado el Palmar jurisdiccion de Buenavista tambien se vè muchas arenas quemadas, q. nombran sahorra, de las q. arrojan bolcanes, de las quales estan llenos, como tambien de Malpais los Valles de Masca, y otros entre Buenavista y la Villa de S.ntiago; por cuyo fuego q. esto causo, y el continuo del Alto Teide; le convino a esta Ysla el nombre de Infierno que le davan sus habitadores, y dio Bentancur segun la citada Bulla; y despues de conquistada fueron reventados otros [...]».

El autor utiliza, como criterios de identificación de la actividad volcánica reciente, la existencia de conjuntos eruptivos que «han reventado y salido a tierra, de que no ai tradicion de en que tiempo», y cuyas formas de relieve originales, constituidas por «Malpais o piedra Calcinada» son «vestigios de erudicciones o Bolcanes de fuego», que permanecen aún sin grandes transformaciones y «son inutiles de poder fructificar» porque donde está «el Malpaís nada produce, por ser la parte por donde camino el fuego». El saber derivado de la observación de los episodios eruptivos de Canarias introduce en el discurso algunas consideraciones que ayudarán al entendimiento de los procesos y territorios volcánicos.

Como el Etna, el Teide es también objeto de metáforas donde hielo y fuego se combinan en poemas cultos, como el que hemos incluido en la introducción, o en las letras de melodías populares, por ejemplo la archisabida «mucho hielo en el semblante/ y fuego en el corazón».

La consideración y configuración del territorio como islas-volcán, o volcán-islas, que tanto da, dota, sin embargo, a los volcanes de Canarias de miradas únicas que trascienden incluso a la poesía, y que quedan reflejadas de modo espléndido en sus volcanes escritos. La vocación insular de muchos de nuestros poetas aparece, en sus versos, también vinculada al volcán, tal y como podemos apreciar en este texto de *La poesía del mar* (1860) de Ignacio Negrín:

Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos, que expresan misteriosos tu insólito anhelar; si ruges, en los montes retumban tus bramidos si lloras, en las playas rubricas tu pesar.

O en estos versos de Pedro García Cabrera:

*Vivimos como ardemos y pensamos
con nuestro sentimiento de volcanes
y la melancolía de estar solas.*

O en estos otros de Alonso Quesada:

*Montes de fuego, donde ayer sentía mi adolescencia el ansia de otros lares...
Soledad, aislamiento, pesadumbre...
El corazón siempre en un punto misterioso
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero
que no pasa jamás del horizonte!...*

EL ATLANTE

Si unimos el misterio de lo remoto al enigma del volcán, la leyenda adquiere un estilo especial. No han escaseado los mitos de islas volcánicas, fuegos en las montañas, explosiones y piedras ardientes. Después viene la racionalización de los hechos y la purga de los errores.

En la peregrinación atlántica medieval reaparece, así, el volcán, ahora en los mares que surca San Brandán, lo que de nuevo nos aproxima al Teide. Como también señala Antonio Tejera, hubo igualmente un mito prehispánico en el que el Teide tuvo un papel de montaña sagrada, de «axis mundi». El Teide, visible desde otras islas, aparecía como la montaña blanca o resplandeciente, que dio nombre a «Tener-Ife» y así fue referencia orientativa, incluso religiosa, y vínculo común en el disperso archipiélago como paisaje símbolo. Aparte está su significado local, ya señalado, de lugar de espíritus perversos, con cierta similitud a la idea del infierno cristiano, pero también su coincidencia con el «pilar del mundo» de los autores clásicos. Y, por curiosa analogía de la mente humana, hasta con la antigua geografía legendaria china y tibetana de las montañas-columna que enlazan la tierra con el cielo. La unión del Atlas colosal, de la montaña antropomorfa, que sostiene la bóveda celeste, y de la fragua hundida en la tierra del volcán, es decir, de la cumbre lejana y del cráter, de la nieve y la erupción, de la relación entre un mundo suspendido y un mundo profundo, es una potenciación del mito del lugar y, por ello, éste no cesará de atraer a viajeros y especulaciones.

En el caso de San Brandán nuevamente se sitúa el infierno en un volcán activo, situado en una isla atlántica, formando una montaña que se eleva entre nubes y cuya cumbre sobresale por encima de ellas. El volcán arroja fuegos, lla-

mas, pez y azufre, «cuchillas de fuego» lanzadas al aire entre estruendos. Los intérpretes de la narración del viaje, que no siempre se percatan de tal erupción, oscilan en su ubicación entre Islandia, Azores, Madeira y Canarias, es decir, por casi todo el islario oceánico, y, por supuesto, en la imaginaria San Borondón, bautizada con el nombre del fantástico navegante⁵⁰.

Más adelante, nuevos autores como Dante o Tasso reelaborarán escenarios, acciones y discursos con telones procedentes de los mitos y referencias de los clásicos y de los navegantes. En las antípodas de Judea, en medio del desconocido Océano, el envoltente acuoso de la tierra conocida, habría una isla con una montaña, la más alta, en forma de cono truncado donde se ubicaría el Purgatorio. A ella asciende figuradamente el Dante, entre los espíritus que le acompañan y que la pueblan. Cioranescu⁵¹ apuntó en 1954 que esa montaña era la contrafigura del Teide mítico en la Europa culta de aquellos momentos. La suposición de la alta montaña en el archipiélago, aplicada a la mitología clásica, estaba difundida desde Virgilio, Mela y Herodoto, quienes decían que en las Hespérides estaba el Atlas.

Tal aseveración antigua la recogieron Torriani y Viera y Clavijo en respectivas referencias a Canarias. Viera escribía en su *Historia General* de 1776 esta atinada observación: «es de suponer que tanto los antiguos como los modernos, siempre que descubrieron la isla de Tenerife a varias distancias y observaron aquel elevadísimo cuerpo de figura cónica que se perdía entre las nubes, se acordaron con placer del celífero Atlante». La fantástica altitud atribuida al Teide por los geógrafos europeos durante mucho tiempo parece basarse, pues, tanto en la inercia de esta tradición como en las erróneas apreciaciones desde los barcos y en la falta de voluntad o de técnica, en suma, para revisar los tópicos con medidas efectivas.

Nuestra cultura atlántica añadió sus propias lavas a las de Vulcano y se coronó de nieve como el Etna. Lo que Víctor Hugo definió como una inmensa piedra en medio del agua, la isla de Tenerife, rematada por el gran volcán, fue el aposento elegido para dos escenarios de la Divina Comedia⁵². Por un lado, el

⁵⁰ BENEDEIT. *El viaje de San Brandán*, Madrid: Siruela, 1983.

BENITO RUANO, E. «La leyenda de San Borondón, octava isla canaria». *Cuadernos Colombianos*, 1978, núm. 8, pp. 5-74.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E. «Libros de viajes». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. 1984, pp. 57-80.

CORBELLA, D.; MEDINA, J. *Noticias de la Isla de San Borondón*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1997.

⁵¹ CIORANESCU, A. «Dante y Canarias». En *Estudios de Literatura española y comparada*. La Laguna: Universidad, 1954.

⁵² Como es lógico, hay numerosas ediciones. Aquí seguimos la de Madrid: Cátedra, 1988.

Infierno; cuando Ulises cuenta cómo traspasó las Columnas de Hércules, dice que navegó al suroeste y que dio vista a tal montaña desde el mar desconocido: «más me arrojé al profundo mar abierto, con un leño tan solo... alas locas hicimos de los remos, inclinándose siempre hacia la izquierda... cinco veces ardiendo y apagada era la luz debajo de la luna... cuando vimos una montaña oscura por la distancia y pareció tan alta cual nunca hubiera visto monte alguno»: ahí está el Teide. Por otro lado, este escenario es también el Purgatorio, cuando más adelante dice el poeta que «dirigí mis ojos hacia el monte que al cielo más se eleva de las aguas», monte altísimo localizado en una isla perdida en ese océano desconocido, cuyos caracteres corresponderían en teoría a los clásicos del Atlas. La geografía fantástica del poema tiene referencias insistentes de detalle tanto de tipo moral como físico. E incluso podríamos abrir una tercera escena, pues tras escalar la montaña como práctica ascética [«corred al monte a echar las impurezas que no os permiten contemplar a Dios»], al alcanzarse su cumbre, hay un enlace con el Paraíso. La imagen literaria del Teide como «boca del cielo al mismo tiempo que de los infiernos» llegará más o menos explícita hasta la obra de André Breton, *L'Amour fou*, de 1937, donde la ascensión al Pico pertenece a ese mundo ambiguo entre lo real y lo soñado que es propio a su modo no sólo de la tradición sino, recreándolo, del surrealismo⁵³.

El hecho es que la primera subida poética al Teide de los mitos habría sido la figurada en aquella obra capital en la historia de la literatura, y realizada, nada menos, por Dante acompañado de Virgilio, que encuentran una Beatriz sonriente en el éxtasis de la cima. ¿No son éstos los más profundos significados del paisaje del volcán, centrados en lo esencial de nuestra cultura?

VOLCANES LEJANOS

Fernando Benítez buscó entender el alma mexicana no sin cierto determinismo a través de lo que denominó «cultura plutónica», como una alternancia del espíritu del volcán durmiente y del volcán del cataclismo, traspasado al fondo cultural e histórico de México⁵⁴. Por un lado, la figura del volcán, desde el Orizaba al Popocatepetl y al Colima, compone una y otra vez el horizonte del viajero que atraviesa el país de este a oeste. El indígena veía el Popocatepetl también como el «monte doloroso» que siempre arde, lo que añade una carga de espontánea poesía a la geografía volcánica. Pero además, «para los indios el

⁵³ BRETON, A. «El castillo estrellado». En *Corona roja sobre el volcán*. Las Palmas: Centro Atlántico de Arte Moderno, 1996, pp. 86-87, y el comentario de CASTRO, F. «El malpaís de las manzanas de fuego», *ibíd.*, pp. 36-47.

⁵⁴ BENÍTEZ, F. *La Ruta de Hernán Cortés*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.

misterio del volcán residía en el poder infernal del fuego que ardía en sus entrañas. Las potencias mágicas de su pirámide residían, asimismo, en las ocultas formas que yacían bajo su cubierta... [en] las entrañas de la pirámide... El diabólico carácter del suelo determina situaciones y costumbres incomprensibles en otros países... No es de creerse tampoco que, en naciones más tranquilas, un hombre se acueste dueño de una hectárea sembrada con maíz y se levante convertido en propietario de un flamante volcán... En nuestro tiempo, el Parícutín, al año de nacido, ya tenía docenas de biografías y había dado mucho que hacer a una numerosa tribu de geólogos, pero en aquellas remotas edades, una catástrofe era entendida como la manifestación de la cólera de los dioses». No es algo único: también, claro está, como hemos visto, es la teoría sacralizada del Diluvio, del terremoto, de la destrucción de Sodoma, del mismo volcán en culturas bien lejanas a las indígenas americanas, y de toda suerte de desgracias, plagas y pestes, incluso hasta de la derrota de don Rodrigo en Guadalete.

En otra ocasión hemos escrito sobre la primera imagen de los volcanes de América en los exploradores españoles de Indias⁵⁵. Es un asunto tan interesante para lo que estamos tratando, que lo resumimos en esta ocasión, aunque pueda leerse de modo más extenso en su primera versión. Además de las crónicas canarias, éstas, las indianas, traen copiosa información local y una renovación conceptual, que abrieron, como en el resto de los descubrimientos, puertas al conocimiento. Fueron más allá de lo conocido, pero llevaron sus patrones culturales y llamaron a las cosas nuevas, para identificarlas, con nombres viejos. Al volcán lo denominaron con el genérico de siempre y con el concreto de su emplazamiento o en la lengua aborígen o en referencia religiosa. Pero el Etna, el modelo, iba en el equipaje mental del descubridor. Y con él, en la biblioteca del navegante, las explicaciones de los maestros clásicos: Aristóteles, Plinio, Agrícola, San Agustín, Alberto Magno. Recordemos, como antes apuntamos, que hasta Julio Verne utiliza las tesis de Plinio sobre el influjo del mar en los volcanes en su novela sobre la fiebre del oro en Alaska, *El volcán de oro*, que también se basa en los mitos indios sobre su atesoramiento natural en los cráteres, de los que ahora comentaremos un caso.

Sin embargo, la experiencia directa pondría diversas veces en entredicho el magisterio de los teóricos antiguos. Fue ese contacto o confrontación con la realidad un descubrimiento, una aportación y una revisión. Por ejemplo, Fernández de Oviedo señalaba que, en lo referente a la acción del mar en los terremotos de Indias, «muy diferente es é desviado lo quel Plinio diçe de lo que nuestros testigos afirman». O, en términos más generales respecto a la naturaleza, López de Gómara sentenciaba: «y así, está la experiencia en contra de la filosofía», lo mucho enseñado por el terreno frente a lo poco aprendido en los libros. La experiencia fue

⁵⁵ MARTÍNEZ DE PISÓN, E. «La primera imagen geográfica de los volcanes de América». *Alisios*, 1993, núm. 3, pp. 21-35. Remitimos aquí a la bibliografía expuesta en este trabajo.

desde México a los confines de la exploración andina, con especial intensidad en Guatemala, Nicaragua, Perú y Ecuador. Algunas exploraciones, movidas por el espíritu práctico, fueron audaces, como la temprana en 1519 del Popocatepetl, y hasta divertidas e instructivas, como la del Masaya en 1538. En una descripción de las Islas Canarias en el siglo xvi, hecha por mandato de la Corona, se dice que: «Es Teide una montaña casi redonda y que arriba más del año cubierta de nieve y así no se sube a ella sino es en el mes de julio y agosto que suben algunos ombres a sacar piedras de açufre de lo que más alto della, dizen ques lo mejor que se save», lo que había enseñado directamente a más de uno de los trasladados a América al menos esta utilidad de las cumbres de los volcanes.

De un modo o de otro, el resultado fue un caudal de conocimientos y observaciones vertido, devuelto corregido y aumentado al Renacimiento europeo, con una parcial revisión de la ciencia aristotélica por teorías derivadas más o menos innovadoras, por ejemplo en Cárdenas (1591), en López Medel (1570), en Acosta (1590). Cuando aún los exploradores ensanchaban el mundo.

El volcán activo, con diversos tipos, desde la explosión al lago de lava, es un descubrimiento para los españoles en el Nuevo Mundo, al que importan los patrones europeos de comprensión, por ejemplo del Etna para la erupción o del Teide para el azufre, del Vesubio para la catástrofe y del Heckla para el hielo de las altas cimas, pero con la vivacidad propia de lo experimentado. Cárdenas tiene recuerdos parcialmente críticos a la tradición, pues estaba informado, por ejemplo cuando se refiere también en las causas a vapores subterráneos o cuando su agitación le sugiere la fantasía de «demonios dentro del monte». No por eso dejó de discurrir sus propias teorías. Cárdenas planteó tres hipótesis sobre el origen, la materia y la ubicación geográfica de los volcanes de Indias. Para la primera, recurrió a la teoría de la antiparístasis aristotélica, es decir, a la potenciación de una cualidad física por presencia de su contrario, idea también aplicada al trueno, al relámpago y a otros fenómenos naturales, para explicar la eruptividad en los grandes volcanes por colisión entre el hielo y el fuego, de modo que cuanto más frío hiciera se originaría más calor y, en consecuencia, más erupción en altitud. En cuanto a la materia, se refirió a «los mineros de azufre». Y razonó el emplazamiento de los volcanes por la presencia de éstos y del betún, y su ignición iría de unos a otros a través de cavernas en una relación de cierto planteamiento regional.

La exploración del Masaya, monte de sólo 660 metros de altitud, fue contada con gracia por Fernández de Oviedo, recogiendo un relato de fray Blas del Castillo, que bajó al cráter y recogió muestras de magma en la suposición de que pudiera ser oro o plata derretidos. Además de lo recopilado por nosotros, la investigadora de Indias Genoveva Enríquez ha recogido documentos por los archivos que se refieren no sólo a esta intentona sino a su prolongación en el tiempo mediante nuevas tentativas, pese a su fracaso inicial como negocio, por si acaso aquella fama pudiera haber tenido algo de verdad. Una licencia real de 1551 al clérigo Juan Álvarez decía, en este sentido: «sabíamos y nos era notorio,

en la provincia de Nicaragua de las Indias del Mar Océano hay un volcán que se dice el volcán de Masaya, y que vos, por servir a Su Majestad y por saber el secreto de lo que en el dicho volcán hay, queréis hacer artificios e ingenios a vuestra costa para saber el dicho secreto y si hubiere en el dicho volcán algún metal de oro o plata o de otra cosa que se deba seguir dar orden en sacarlo...». Un trato completo, pues, para invertir y luego repartir sobre una fantasía.

No obstante, las observaciones llevadas a cabo dieron lugar a una temprana descripción escrita de un lago de lava en actividad, hecha por dicho fray Blas en 1538, que ya transcribió Fernández de Oviedo, y que debería constar entre los documentos vulcanográficos más interesantes en la historia de la ciencia; de ella seleccionamos unas líneas: «una laguna colorada, con tan gran ruydo como la mar, quando con mucha furia bate en las peñas, y ençendida esta laguna ó licor sin llama, como el metal de una campana quando está derretido é le quieren soltar para que entre en el molde, ó como el oro ó plata derretido liquido en la ri clara, salvo que tiene una tela ó napa ençima negra é muy grande... pues esa tela é horrura, ya se abre ó resquebra por unas partes é ya por otras é ya por toda ella juntamente, y entonces paresçe el licor é metal abaxo colorado, á manera de relámpago... sin jamás cesar... Finalmente, sale de toda aquella caldera háçia arriba tan grand calor é resplandor... que de noche en el çielo ençima de aquel volcan ó sierra hay una claridad muy grande é muy clara». Hay que recurrir a las descripciones de Tazieff, más de cuatro siglos después, de descensos a los lagos de lava del Niragongo o del Erta Ale, para volver a encontrar páginas tan vívidas de una experiencia semejante.

VOLCANES ILUSTRADOS Y ROMÁNTICOS

No sólo se ensanchó el mundo, sino la mente. Por una parte, los viajes fueron recopilando imágenes, observaciones, datos de los volcanes del mundo en una extensión imparable que iba haciendo retroceder el telón de los mitos geográficos sin cesar. El paso al Pacífico, después de América, fue sustancial, por ejemplo a Filipinas, a Japón. Por otro lado, de este modo y sobre todo por voluntad razonadora, se fueron estableciendo también nuevas teorías globales sobre la naturaleza cuyo desarrollo, andando el tiempo, tendría dos contribuciones fundamentales en los viajes en busca de informaciones globales de Humboldt y de Darwin. Previamente, en el siglo xvii, respecto a la organización mundial de los volcanes, hay una original visión sistemática (aunque tenía precedentes más simples) en la propuesta del complejo mecanismo subterráneo de Kircher, en sus famosos pirofilacios; toda la esfera terrestre, interior y superficie, aparecía organizada como un conjunto o red de cámaras ígneas, conductos y volcanes. Vale más esta gran máquina como idea de sistema que como acierto geológico, pero la semilla de un mecanismo global terrestre quedó sembrada. Kircher visitó las bocas volcánicas italianas en 1638 para tener experiencia propia del fenóme-

no, con la visión directa del «hogar» de la tierra en el cráter del Vesubio, en similitud con la imagen del infierno, y con la observación en su lugar de origen de los prodigios del Etna, aprendidos en la cultura. Y, finalmente, reconstruyó idealmente el gran organismo de la naturaleza que funcionaría con la coherencia de una industria «inefable» montada por la Providencia, en la que los volcanes serían parte sustancial del armónico instrumento del Planeta.

Nuestro Diego de Torres Villarroel imprimió en Salamanca en el año 1752 unos escritos llamémosles geográficos⁵⁶, que son como una anticipación de la aventura famosa contada por Julio Verne en su novela del viaje al centro de la Tierra, en los que relataba entre otras cosas un recorrido por las entrañas del planeta, con sus minerales, rocas, metales y, en claro seguimiento de Kircher, sus pirofilacios, hidrofilacios y aerofilacios, internamiento que conseguía penetrando fantásticamente en el planeta por una famosa cueva de la sacristía de San Cebrián en Salamanca, mito telúrico donde los haya en nuestras letras, y saliendo, como los héroes de Verne por un volcán. Sólo cambia que en Verne ese volcán es el Estrómboli y en Torres, el Etna, el volcán por antonomasia.

Pero es en el siglo XVIII, como en tantas cosas, cuando se produjo la verdadera renovación científica respecto a los volcanes. Primero, mediante la interpretación geológica de los relieves volcánicos de los Puys, en Francia, reconociendo su constitución rocosa como basalto. Segundo, por el mencionado viaje científico de Humboldt y su experiencia directa de volcanes como el Teide, el Pichincha y el Chimborazo, que le permitieron formular opiniones alejadas del neptunismo, dando datos y dirimiendo en el debate mayor de la geología de su época, pasando su imagen por la difusión de sus grabados y sus caracteres por la de sus escritos. Además, el extraordinario acopio de documentos sobre las erupciones históricas canarias, aunque menos conocidas universalmente, desde el relato del Cura de Yaiza a los de las Narices del Teide —erupción ésta tan cercana en el tiempo y en el espacio al viaje de Humboldt por Tenerife—, van formando un conjunto de testimonios realistas y para nosotros próximo, que aleja las viejas interpretaciones tan repetidas como ideales.

La figura del Teide aportada por Humboldt y los viajeros extranjeros se propaga como un modelo de volcán y de montaña, desde la geografía al alpinismo: pasa a ser una montaña destacada del mundo, con su puesto selecto en las geografías universales, en los proyectos de geólogos, biólogos, meteorólogos y astrónomos, viajeros, acuarelistas y fotógrafos. El volcán canario es el prólogo obligado del viaje equinoccial para quien quisiera ensanchar la limitación de la naturaleza europea. Pero incluso hasta los volcanes andinos llegó el arte, como en sus repre-

⁵⁶ TORRES VILLARROEL, D. *Libros en que están reatados diferentes quadernos phisicos, medicos, astrologicos, poeticos, morales y mysticos*. Salamanca: En la Imprenta de Pedro Ortiz Gomez, 1752. (FAN. AD. 1351).

sentaciones románticas decimonónicas por Rugendas o por Church, indicando su apropiación casi ilimitada por la cultura del paisaje. El modelo se propaga, pues, con la Ilustración y, por disposición intelectual y por conocimiento ampliado del mundo, el volcán del «logos» desplaza y cierra el largo período del volcán del mito. Y también el sentido de la catástrofe tras el terremoto de Lisboa despierta conciencias y estimula el conocimiento de los dinamismos terrestres.

Como montaña especial, pero montaña, el volcán participa del cambio estimativo que tienen las cordilleras para los ilustrados y románticos. Los observadores de la altitud aportan otro nuevo mundo, el suspendido, el de los grandes edificios naturales y el de los hielos alojados en sus retiros. De modo parecido, los observadores de la erupción, que podrían tener su fuente en Plinio, racionalizan e incorporan al saber, paso a paso, uno de los dinamismos y de las formas más rotundos y fascinantes de la Tierra. Hielo y fuego, nuevamente, abren una época.

Las influencias mutuas son claras. Humboldt expresaba su admiración por el ejemplo del ginebrino de Saussure en sus ascensiones y estudios alpinos. De Saussure había escrito en 1773, en la misma cumbre del Etna, que el gran espectáculo del mundo observado desde el volcán parecía excitar las sensaciones e ideas descubridoras de los principios del Globo. Hay que subir al Etna o al Mont Blanc, por tanto, para entrar en sintonía con las claves de la Tierra. El interés científico, el artístico, el histórico se abre al mundo y retorna a los volcanes europeos. La simbología enciclopédica y romántica de la naturaleza (y hasta la ideología política asociada) dialogan con bosques, acantilados, lagos, montañas y volcanes.

En paralelo o en seguimiento también de los pasos dados por de Saussure, se desprenderá un movimiento de acercamiento admirado a la montaña y a la naturaleza agreste, que hemos relatado en otros trabajos. La ascensión al volcán, al Etna o al Teide, es repetida por los sabios. Goethe, magnífico escritor, pintor aficionado y geólogo ocasional, también participó en la corriente, fue al Etna y escribió sus impresiones, análogos a las de Humboldt en el Teide.

Sin embargo, en una de las obras más famosas del gran poeta alemán, *Fausto*⁵⁷, hay referencias a los paisajes alpinos y al antro volcánico, en oposición perceptiva. La naturaleza se muestra en dos imágenes alegóricas, antagónicas y complementarias. En una escena amanece en los Alpes y empiezan a latir los pulsos de la vida, vibra el bosque, el paisaje se reanima hasta el abismo y un paraíso se dilata alrededor del protagonista; el torrente que se rompe en su lecho es como el esfuerzo humano; arriba, las gigantescas cumbres de la montaña anuncian y gozan ya de la luz que llegará más tarde al valle; pero cuando lo alcanza es tan cegadora, tan excesiva, que Fausto ha de apartar los ojos y dice: «queríamos encender la antorcha de la vida y un mar de fuego nos traga». El

⁵⁷ Seguimos las ediciones de Madrid: Crisol, 1955; Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, [s. a.], y Madrid: Aguilar, 1955, ésta en versión de Cansinos Assens.

cuadro natural magnífico enseña la lección de la vida. En otra escena, en la cumbre de una montaña, está el protagonista entre profundas soledades, sierras mudas, alineaciones armónicas y brumas engañosas; cuando aparece Mefistófeles, éste no ve paisajes sino horror y «feos, bostezantes peñascos», como el fondo del infierno, de la hondura, «allí donde el fuego central arde manteniendo una eterna llama», donde los demonios bufaron e «hinchiéronse los infiernos del acre tufo del azufre... Pero hete aquí que lo que antaño era un abismo se ha convertido ahora en una cumbre». «Presente estaba yo cuando, aún hirviendo, allá abajo hinchóse el abismo, lanzando raudales de llamas. Forjando, a semejanza del martillo de Moloch, peñas sobre peñas, arrojaba a lo lejos escombros de montañas». Y añade Fausto: «es curioso, sin embargo, observar y ver cómo los diablos consideran a la Naturaleza». Como vemos, Goethe opone el escenario del volcán-infierno acre al del valle-paraiso luminoso, para decir que el diablo nada sabe de los anhelos del hombre. Es, pues, en tales anhelos donde reside un modo u otro de ver el mundo. El volcán no es aquí sino una metáfora.

El Etna recobró su vieja adscripción clásica bajo la mirada romántica de Hölderlin. El poeta lleva a Empédocles al Etna y lo hace hablar entre la fuerza y la armonía de la naturaleza, en «la sagrada y paternal montaña», donde «lo grande», lo grandioso, acoge a los dioses. Y allí, como Humboldt y Goethe, verá el despliegue de ríos, islas y mar. El Vesubio también será cantado en la *Retama* de Leopardi⁵⁸, donde la flor del desierto, de los «campos de infecunda ceniza» del volcán exterminador, florece entre la ruina de un «flujo endurecido» que parece ondear. Una parte de este poema está dedicada a la misma erupción, desde la «matriz tonante» del volcán que arroja al cielo noche, ruina, hirvientes ríos, riadas de metales licuados. Sin embargo, allí vuelve luego el viñedo campesino, y esa retama destinada al fuego de una nueva erupción, contenta, pese a ello, de su desierto.

Además, el gran Chateaubriand dejaría también su recuerdo del Etna, entendido como alta cima, especial tanto por su constitución volcánica como por su punto de vista, y del Vesubio, con descripciones intensas, llenas de imágenes bellas y de antítesis acertadas⁵⁹. Recordemos algunas, como ejemplo de un espíritu fértil entre los siglos XVIII y XIX. Respecto al Etna proceden de su obra *René*, del año 1802: «Un día subí al Etna, volcán que arde en medio de una isla. Vi elevarse el sol en la inmensidad del horizonte bajo mí, Sicilia apretada como un punto a mis pies y el mar desplegado a lo lejos en los espacios. En esta vista perpendicular del cuadro los ríos no me parecían sino líneas geográficas trazadas sobre un mapa; pero, mientras que de un lado mi vista apercibía estos objetos, del otro se hundía en el cráter del Etna, del que descubriría las entrañas ardientes entre bo-

⁵⁸ Según la versión de los *Cantos*. Barcelona: Bosch, 1980.

⁵⁹ CHATEAUBRIAND. *Morceaux Choisis*. Paris: Didier, 1959.

canadas de vapor negro... así toda mi vida he tenido ante los ojos una creación a la vez inmensa e imperceptible y un abismo abierto a mi lado». Del Vesubio, al que ascendió en un viaje a Nápoles en 1804, cuenta: «Heme aquí en lo alto del Vesubio, escribiendo sentado en la boca del volcán y presto a descender al fondo de su cráter... El color general del abismo es el de un carbón apagado. Pero la naturaleza sabe extender sus gracias hasta en los objetos más horribles: en algunos lugares la lava está colmada de azur, de ultramar, de amarillo y de naranja. Hay bloques de granito [*sic*] atormentados y retorcidos por la acción del fuego, curvados en sus extremos como palmas y hojas de acanto. La materia volcánica, enfriada sobre la roca viva alrededor de la cual ha fluido, forma aquí y allá rosetones, candelabros, cintas; toma figura de animales e imita los dibujos variados que se descubren en las ágatas. He observado en una roca azulada un cisne de lava blanca perfectamente modelado; hubiera jurado ver a esta bella ave durmiendo sobre agua apacible, la cabeza escondida en el ala y su largo cuello echado sobre su dorso como un rollo de seda... A veces sólo bocanadas de viento caían desde lo alto del cono al fondo del cráter, mugiendo en mis ropas o silbando en mi bastón; también oí rodar algunas piedras... Un eco confuso, semejante al estremecimiento del metal o del vidrio, prolonga el ruido de la caída y después todo se calla. Comparad este silencio de muerte con las detonaciones espantosas que sacudían estos mismos lugares cuando el volcán vomitaba el fuego de sus entrañas y cubría la tierra de tinieblas».

VOLCANES PINTADOS

Desde la primera imagen realizada por el hombre sobre una erupción, la representación plástica de los volcanes recorre más de cinco siglos de historia cultural y está ligada a la obra de muchos autores sonoros y significativos de la historia del arte, y... a otros tantos cuyos nombres no siempre han trascendido para la posteridad. Unos y otros han generado todo un corpus visual e iconográfico que permite seguir la historia eruptiva, casi completa, de determinados volcanes —como el Etna o el Vesubio— y que dejan constancia del desarrollo de muchos episodios eruptivos de otros muchos volcanes del mundo. Como en tantos temas, también las obras donde aparecen volcanes pintados pueden ser consideradas no sólo como crónicas de un suceso natural sino también como crónicas de una época.

Desde la volcanología ha sido común durante mucho tiempo que la cultura desarrollada en torno a los volcanes se considerase como un ejercicio de erudición marginal al interés científico. Recientemente, esta ciencia parece haber tomado consciencia acerca de la importancia que los testimonios —tanto escritos como pictóricos o de otro tipo— de las poblaciones que viven en el entorno de grandes volcanes tienen de cara a la caracterización del comportamiento pasado, y futuro, de un determinado volcán. Los volcanes y las erupciones pintadas

que pueblan las pinacotecas y bibliotecas, que están escondidos en manuscritos, libros, miniaturas o códices constituyen documentos visuales que pueden complementar o ayudar a establecer algunos de los caracteres de esta o aquella erupción o de este o aquel volcán.

Estos volcanes sirven también para ilustrar que entre arte y ciencia no existe solamente dependencia unívoca de la primera con respecto a la segunda, sino recíproca, de modo que los artistas se convierten muchas veces en generadores de conocimiento y ciencia y los científicos plasman, en ocasiones, sus ideas en imágenes que pueden ser consideradas como auténticas obras de arte. Esta interdependencia entre arte y ciencia de los volcanes tiene su época de apogeo en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX, donde ambas se amalgaman constituyendo un cuerpo compacto de difícil disociación. Con anterioridad y posterioridad a esa época, ciencia y arte siguen caminos que, aunque paralelos, no siempre coinciden.

Los volcanes pintados, además, pertenecen, como una manifestación peculiar y llamativa, al arte paisajista y, en concreto, al de las representaciones de la naturaleza, de las montañas y sus dinamismos. Son parte, pues, de la cultura, vinculada a lugares notables y a hechos históricos célebres relacionados con algunas erupciones. El caso del Vesubio es evidente en todos estos sentidos.

De este modo, los volcanes recreados por los hombres no son sólo una representación de un fenómeno natural, pues tras ellos se esconde todo un conjunto de mundos, ideas y expresiones en los que el lenguaje, las letras, las artes, la política, la ciencia, e incluso la historia, los mitos, la religión, la filosofía —es decir, la cultura en todas sus manifestaciones— están presentes. La imagen de un volcán en erupción representa no sólo un paisaje vivo, efímero y cambiante, sino también la concepción del mundo en el que esta imagen fue creada.

La experiencia artística de un volcán en erupción lleva, quizás incluso desde las primeras representaciones plásticas, el sello de la *mirabilia*⁶⁰ y de lo sublime y, al tiempo, la marca de lo subjetivo, de modo que, por ejemplo, los volcanes de los códices mexicanos se distinguen visualmente de los volcanes románticos de Frich de fines del siglo XVIII, y éstos de los plasmados por el Dr. Atl, de mediados del diecinueve, o de los representados en la actualidad por Diane Burkon.

En realidad, los volcanes pintados constituyen relatos que se van estableciendo, como otros muchos temas, poco a poco en inventarios iconográficos, en estándares visuales de un determinado período pictórico, repitiéndose con la obstinación de la palabra. Estos volcanes nacidos de la mano del hombre son el resultado visual de concepciones estéticas precisas, cuyo trasfondo ha ido evolu-

⁶⁰ Este término hace referencia al conjunto de cosas admirables, es decir, las cosas, objetos, animales o fenómenos asombrosos del mundo medieval, con los que Dios, por medio de la naturaleza, asombra y sorprende. Deriva del plural neutro del verbo *mirare*, que en latín significa mirar con admiración o asombro.

cionando de modo paralelo a los cambios experimentados por la ciencia, la filosofía, la cultura, o la religión.

Ningún volcán como el Popocatepetl muestra los palpables cambios operados en su representación como consecuencia de la conquista española y la definición de nuevos patrones culturales. Como señala Guadalupe García⁶¹, en los códices mexicanos prehispánicos, el volcán es un ente que se integra en la cosmogonía divina de los indígenas, apareciendo representado con una columna de humo que llega a la bóveda del cielo habitada por ojos celestes; este modo de representación integra un concepto abstracto con otro concreto: volcán-divinidad, el hombre en íntima conexión son su mundo mítico. El proceso de evangelización producido con la llegada de los españoles, con la Iglesia como rectora de las producciones plásticas, provocó una ruptura con las concepciones prehispánicas. En el códice Telleriano-Remensis, elaborado en el siglo xvi, el volcán aparece representado de forma similar: arrojando una columna de humo que llega a la bóveda celestial pero, en ella, los ojos han sido sustituidos por estrellas; en esta ilustración se pone el énfasis en el fenómeno, con hincapié en el registro con la fecha de 1509, indicando la actividad eruptiva que precedió a la llegada de Cortés⁶². El volcán está convertido ya y únicamente en referencia de un acontecimiento.

Se puede afirmar, por tanto, que junto a la visión científica de los volcanes como estratovolcanes, escudos, maares, etc., o de sus erupciones como hawaianas, estrombolianas, plinianas o surtseyanas..., existen también volcanes, reales o imaginarios, de tipo neoclásico, romántico, barroco, renacentista, impresionista, conceptual e incluso abstracto... Decía Leonardo da Vinci, en su *Tratado de la pintura*, que «lo que está en el universo por esencia, presencia o imaginación, el [pintor] lo tiene antes en la mente y luego en las manos, y éstas poseen tan grande excelencia que... engendran una armonía proporcionada de una mirada única...»⁶³. Más tarde añade: «el pintor debe convertirse en la propia naturaleza» y «la necesidad obliga a la mente del pintor a transmutarse en la propia mente de la naturaleza»⁶⁴. En esta simbiosis, el volcán como tema tiene además múltiples facetas —la clásica, la bíblica, la natural, la maravillosa, la sublime y la conceptual— que enriquecen su representación.

Desde las simbólicas primeras imágenes que los representan, vinculadas a tribus y sociedades aborígenes, desde su difusión como emblemas a lo largo de la Edad Media, hasta su representación decimonónica por pintores viajeros y la

⁶¹ GARCÍA MIRANDA, G. «Dos volcanes, un espejo». En *El mito de dos volcanes: Popocatepetl-Iztaccíhuatl*. México: Museo del Palacio de Bellas Artes. Editorial RM, 2005.

⁶² «Y el 1509 vieron una claridad de noche que duró mas de quarenta dias dizem los que la vieron, que fue toda esta Nueva España, que era muy grande y muy resplandeciente y que estava a la parte de oriente y que salía de la tierra y llegaba al cielo».

⁶³ DA VINCI, L. *Tratado de la pintura*. Madrid: Akal, 2007, p. 48.

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 81.

expansión virtual de hoy en día, los volcanes constituyen un elemento del paisaje cuya percepción participa de los sentimientos que provocan las montañas. La representación de los volcanes tiene sus primeros ejemplos alrededor de los volcanes mediterráneos, en torno a los cuales se desarrollará todo un sistema de referencias pictóricas que cambiará según épocas, estilos y soportes. Desde Europa, el modo y la manera de pintar volcanes se expandirá primero hacia América y luego, más tarde, a los volcanes pacíficos.

La representación artística de los volcanes, aparte de la literaria, es fundamentalmente pictórica y gráfica, aunque existen también algunas obras, si bien pocas, de tipo escultórico⁶⁵ o arquitectónico⁶⁶.

Símbolos paisajísticos como pocos, los volcanes —fundamentalmente aquellos que manifiestan su actividad de modo frecuente— forman parte de la identidad cultural y colectiva de muchas sociedades, por lo que, además de estar presentes en sus manifestaciones artísticas, constituyen iconografías constantes en monedas, escudos, banderas, insignias y divisas. No es de extrañar, por ello, que, cuando la reina Juana I de Castilla, doña Juana la Loca, concede su escudo de armas a la isla de Tenerife en 1510, elija al gran volcán aislado de los confines como símbolo oficial: «E yo tóvole por bien y por la presente vos doy por armas el ángel de San Miguel armado con una lança e una vanderá en la una mano e un escudo en la otra e debaxo puesta una breña de que sale del alto della unas llamas de fuego que se nombra Teidan...». De igual modo en 1523, el arrojito de Diego de Ordaz en el Popocatépetl fue, según el cronista mayor de indias, Don Antonio Solís: «de tanto provecho en la Conquista, que le premió después el Emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma facción, dándole por Armas el Volcán».

LAS PRIMERAS IMÁGENES

Entre las primeras pinturas que se conocen sobre muros construidos por la mano del hombre, sólo unos cuantos trazos y un poco de pigmento, extendidos con pincel sobre un revestimiento de yeso fino, dibujan el primer testimonio visual de la relación del hombre con los volcanes, hace más de 6.000 años. Fruto

⁶⁵ Como la fuente conservada en Nápoles fuera de la iglesia de Santa Caterina della Corona Espina, atribuida a Giovanni da Nola (1488-1558), donde un ser mitológico, mitad cabra, mitad ángel, apaga el Vesubio con la leche de sus pechos, o la espléndida estatua de bronce dorado de Encelado saliendo de las escorias del Etna, de Gaspar Marsy (1675-1676), que forma parte de una fuente en los jardines del Museo Nacional de los Castillos de Versalles y Trianon.

⁶⁶ La arquitectura actual ha dado lugar a buenos ejemplos, como el centro comercial de la ciudad de Nola, en Italia, la primera Casa de la Cultura de París, o el Museo temático de Vulcania, en la Auvernia, Francia.

de una de las culturas urbanas más antiguas de la humanidad, esta pintura mural de Catal Höyük parece estar asociada a una erupción producida en el 6200 a. C. en el vecino volcán de Hasag Dag, ubicado en la península de Anatolia, en Turquía, a dos pasos del Mediterráneo.

Desde esta primera y remota imagen de un volcán, tendrán que transcurrir milenios hasta que los volcanes, integrados ya el conocimiento y el saber clásico que floreció en torno al Mediterráneo, ocuparan una parte importante de la cultura, la historia y la geografía escritas. La gran riqueza de referencias clásicas sobre volcanes no se trasladó, sin embargo, a su representación iconográfica. El mundo clásico no nos ha dejado muchas ilustraciones de «montes ignívoros», a pesar de que la mayoría de las pinturas de paisaje romanas conocidas se hayan preservado enterradas bajo las cenizas de un volcán. En este panorama de vacío artístico, destaca el conocidísimo fresco mural del Monte Vesubio, encontrado en la Casa del Centenario, que representa la imagen del volcán vista desde Herculano, antes de la erupción del año 79. Esta imagen del volcán ha sido utilizada como argumento durante mucho tiempo para la caracterización de su morfología cimera como un gran cono aislado, sin cráter aparente, y de mayor altura que el actual. Pero, recientemente, el análisis de otro mural pompeyano de la Casa del Citarista —los amores de Ares y Afrodita—, donde se representa también al Vesubio, ha puesto de manifiesto que el antiguo edificio volcánico se representaba, visto desde Pompeya, como un cono truncado de bordes asimétricos, mucho más alto por el norte y con un gran cráter central escotado hacia el sector septentrional, lo que ha permitido precisar su historia constructiva⁶⁷.

No son éstas, sin embargo las únicas representaciones de los volcanes del mundo clásico. En un denario de plata acuñado en Roma entre los años 107-108 a.C. por Marcus Herennius aparece grabado Amphinomus llevando en brazos a su padre Anchise. Esta moneda representa el gesto heroico de los hermanos Amphinomus y Anapias de Catania, quienes salvaron del Etna a sus familiares llevándolos al hombro. Dada la asociación de los volcanes con Hefestos o Vulcano, dios del fuego y de la metalurgia, las montañas volcánicas fueron también utilizadas de modo reiterado durante el Alto Imperio Romano, como símbolos de identidad territorial en la acuñación de monedas. Trajano, Adriano, Antonio Pio, Marco Aurelio, Lucius Verus o Séptimo Severo son personajes cuyos bustos han quedado grabados para siempre junto a la silueta del Monte Argeus —actual volcán Erciyes Dag—, representado como un monte de vísceras flamígeras, a cuyo pie se desarrolló la ciudad de Caesarea.

⁶⁷ NAZZARO, A. The shape of Vesuvius before the 79 A.D. eruption according to a new finding from a Pompei fresco and Vesuvius central cone history in the last 2000 years. *Annali di Geofisica*, vol. 42, núm. 4, 1999.

VOLCANES MIRABILIA

La visión cultural clásica del volcán de los mitos se prolongó largamente en el tiempo, y su influencia, tamizada por la concepción cristianizada del mundo, contribuiría a su representación mítica, alegórica y metafórica. A pesar del vacío iconográfico que se desarrolla durante casi los diez siglos siguientes, las primeras imágenes de volcanes conservadas de la Edad Media reproducen las leyendas y mitos clásicos. Una de las pocas imágenes sobre volcanes durante el largo período correspondiente a la Edad Media procede de un manuscrito medieval iluminado de la obra *La Ciudad de Dios* de San Agustín, elaborado en París entre 1475 y 1480 por Maître François, y conservado en los fondos del Museo Nacional del Libro de La Haya. En este manuscrito, Empédocles se dirige por un camino desde una ciudad hacia un sistema montañoso constituido por cinco montañas de perfiles redondeados. Las montañas, sin cráter visible, pueden interpretarse como volcanes por las llamas que se observan en su cúspide. Ni la fisonomía de este paisaje medieval ni el fenómeno descrito permiten su asociación a un volcán o a una erupción determinada, aunque sepamos, por el protagonista de la ilustración cuyo nombre figura escrito junto al mismo, que la montaña representada obviamente es el Etna. Estos volcanes legendarios convivirán durante esta etapa con la imagen del fuego inagotable del castigo ultramundano presente en las estancias infernales cristianas. Hacia fines del siglo xv, otra imagen poco conocida, que forma parte del *Libro de horas de Carlos v*, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de España, permite mostrar visualmente la concepción de los volcanes como parte integrante del infierno. En la página 15 se representa a Dios sentado en su trono que, con la ayuda de los arcángeles, expulsa del cielo —situado en la parte superior de la miniatura— a los ángeles rebeldes; los demonios caen hacia el infierno —localizado en la parte inferior de la lámina— representado por una charca de fuego rodeada por montañas en erupción. La asociación del volcán con el fuego infernal es evidente.

Durante la Alta Edad Media, la actividad volcánica de los Montes Pelato y Pirrena provocó la huida de los habitantes de Lípari. En esta y otras islas Eolias, como Vulcano, se localizó en aquel tiempo la boca del Infierno, en la que se quemaban las almas de los condenados. San Gregorio Magno narra la leyenda del eremita San Calogero que, el día de la muerte del rey godo Teodorico, vio como éste era arrojado al cráter por el Papa Juan I y el patricio Simmaco, como castigo por el asesinato de este último por Teodorico.

En la escenografía medieval el infierno, caracterizado por la presencia de un fuego inextinguible y eterno, suele representarse simbólicamente como grutas tenebrosas o como fauces abiertas de animales diabólicos o monstruosos. Este tipo de representación deriva directamente de la visión cristianizada de la concepción clásica de los volcanes. De este modo, en el siglo iv San Panciano, en su *Exhortación a la penitencia*, dice: «...acordaos del fuego del infierno, que la penitencia extinguirá para vosotros. De la violencia de este fuego podéis juzgar ya

actualmente por los respiraderos humeantes del mismo que, con sus llamas subterráneas, calcinan las montañas más elevadas. El Etna en Sicilia y el Vesubio en Campania vomitan incansablemente globos de llamas; y, para demostrarnos la eternidad del juicio, se agrietan, se consumen, pero sin llegar a destruirse a través de los siglos». No es por ello de extrañar que, en muchas de las miniaturas medievales donde se representa al infierno, e incluso en obras mucho más tardías⁶⁸, se asocie éste con los volcanes de una manera directa, mediante la representación de montañas ardientes, a través de la atmósfera tenebrosa y sombría típica de las erupciones, o vinculado a las fauces abiertas de monstruos demoníacos con perfiles de montañas volcánicas, entrañas cavernosas y narices ardientes y humeantes.

No obstante, también en el Medievo una parte de los paisajes volcánicos pintados se alejó de las constreñidas visiones clásicas y bíblicas. Existen manuscritos medievales donde el paisaje vivo de las azufreras, representadas como pequeños volcanes en miniatura, se asocia a la obtención de algunos ingredientes para la fabricación de medicamentos. Estos manuscritos medievales de farmacopea⁶⁹, reediciones incluso de antiguos textos del siglo vi⁷⁰, constituyen catálogos de hierbas y minerales en los que el volcán es tratado sólo como un recurso y está, por una vez, libre de las influencias religiosas, míticas o legendarias.

ILUSTRACIONES DE VOLCANES

La verdadera difusión de las imágenes de las montañas volcánicas en erupción se lleva a cabo con el paso de la obra manuscrita a la obra impresa; primero, con anterioridad a 1500, a través de los libros incunables; luego, más tarde, a partir del desarrollo de las artes gráficas, que permiten que los volcanes estén presentes en multitud de libros, tanto cartográficos como religiosos, escolásticos o de emblemas.

Mapas y libros de Emblemas contribuyen, por vez primera, a la transmisión de una figuración icónica colectiva del volcán, muy esquematizada y de diseño simple; un imaginario donde los volcanes están muy alejados de sus perfiles y formas reales y donde su representación no obedece aún a una observación detenida

⁶⁸ Véase como ejemplo la obra de El Greco de 1578: *La adoración del nombre de Jesús*, donde el infierno está representado como una gran monstruo con fauces abiertas y narices inflamadas en llamas, cuya fisonomía recuerda el perfil de un volcán con su cráter cimero activo. También literarias, como «esta boca del Infierno que se yergue en medio del Paraíso», de Goethe. *Viaje a Italia*.

⁶⁹ PLATEARIO, M. *Libro de los medicamentos simples*. Ed. facsímil. Barcelona: Moleiro, 2000.

⁷⁰ Véase las numerosas ed. de DIOSCÓRIDES.

del fenómeno. Los libros de Emblemas constituyen composiciones artísticas que combinan imágenes y textos para transmitir un pensamiento o una enseñanza.

Su designación como «libros de emblemas» la toman de la conocida obra de Alciato, de 1538, titulada *Emblematum liber*. La obra inicial de Alciato, los *Selecta epigrammata graeca* (Basilea 1529), es una colección de epigramas griegos traducidos, que luego constituirán el núcleo del *Emblematum liber*. En este último los emblemas forman ya una colección de 105 epigramas organizados en una estructura triple, en la que se observa siempre la sucesión de una frase inicial sentenciosa —denominada mote—, un grabado —que corresponde a una imagen representativa del concepto expresado en el mote— y, por último, el epigrama —texto donde se comenta la idea enunciada en el mote—. Utilizados por poetas, artistas y religiosos de todos los países europeos, los libros de emblemas popularizarán la imagen del volcán durante el Renacimiento y el Barroco. Este género literario constituye una clave esencial para entender el panorama cultural de esos momentos y para explicar el enorme arraigo que los volcanes representados en ellos tuvieron a lo largo de los siglos XVI y XVII.

A partir de la obra de Alciato y de la de Juan de Orozco Covarrubias, entre otros, en España, las ilustraciones de los volcanes forman parte de un lenguaje extraordinariamente sugestivo, rico en alegorías, analogías y alusiones y, en ocasiones, hermético. El volcán se convierte a lo largo de los siglos XVI y XVII en una imagen cifrada, en un sistema de referencia, y forma parte de un léxico que tiene significados cambiantes y que representa conceptos difusos. En los grabados que se insertan en los libros de emblemas, los volcanes en erupción no representan episodios eruptivos concretos, aunque muchas veces se asocien a estratovolcanes míticos como el Etna, el consabido monte de fuego y hielo. Las imágenes de los volcanes en erupción de los libros de emblemas, constituyen en realidad una abstracción: de ahí su representación casi esquemática como una montaña aislada, de cuya cima o de cuya base se emite humo o fuego, que, en ocasiones, da lugar a corrientes de lava. Se trata, en definitiva de una imagen simbólica o instructiva, a veces —sobre todo en España— de carácter moralizante, que es utilizada como método didáctico para la educación de príncipes, para la elaboración de sermones religiosos, e incluso, de obras artísticas, tanto pictóricas como literarias.

De modo similar, los volcanes presentes en los mapas de estos momentos están representados por colinas redondeadas de cuyo vértice o flancos se escapan llamas. Abraham Ortelius, en su *Theatrum orbis terrarum*, dibuja al Hecla como un doble monolito que vomita llamas, humos densos y piedras. Ortelius viajó por Nápoles y Sicilia acompañando a Pieter Bruegel el Viejo. La visión de los volcanes del Etna y del Vesubio llevaron a Pieter Bruegel el Viejo a meditar sobre la misteriosa fuerza de la naturaleza, realizando varios cuadros con el Vesubio como parte del escenario pictórico, mostrando un estilismo claramente vinculado al paisaje flamenco, rico en detalles y con perspectivas a vuelo de pájaro.

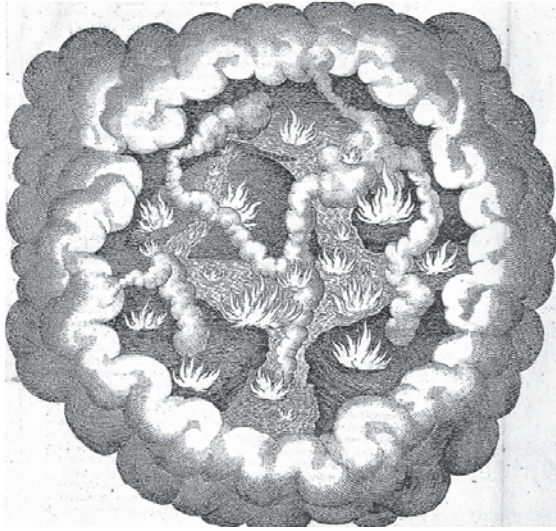
Durante los últimos años del siglo XVI y los primeros veinticinco o treinta años del XVII se produce una verdadera efervescencia cultural y artística, basada

en una pluralidad de tendencias contrapuestas. Según Checa y Morán⁷¹, hasta bien avanzado el siglo xvii las relaciones entre el hombre y su entorno no alcanzarán el grado suficiente de objetivación y de racionalización para poder hablar de ciencia moderna. A lo largo de este período la ciencia mantendrá una visión lúdica, alejada de todo pragmatismo, de modo que la confusión entre visión científica y visión artística de la realidad es aún patente en la obra de muchos autores del primer cuarto del siglo xvii, como Robert Fludd. Este escritor, opuesto a las ideas científicas aristotélicas y a los sabios modernos, como Kepler o M. Mersenne, fue un auténtico neoplatónico cabalista y cristiano, defensor del geocentrismo y la unidad perfecta de todo lo creado, basada en la armonía universal. En su obra *Utrisque Cosmi* de 1617, Robert Fludd integra una cosmovisión de la tierra, en cuyo interior dibuja ríos de agua y fuego sin configurar una red estructurada, pero con una mirada que puede considerarse como predecesora de las ideas expuestas por Atanasius Kircher. En 1626, en la portada de su *Philosophia sacra: Metereologia cosmica*, Robert Fludd muestra la importancia que fenómenos como los terremotos o los volcanes poseen en la interpretación general de la naturaleza. El libro comienza con una serie de grabados religiosos entre los que destaca uno que representa una caverna donde el soplo producido por el viento da lugar a un terremoto, y otro donde el viento infunde llamas en un volcán. Nuevas imágenes para ideas ya clásicas.

La representación de los volcanes en los libros de emblemas y cartográficos influirá de modo ciertamente marcado incluso en la manera con que los volcanes son dibujados en los tratados científicos de esos momentos. Las analogías entre el diseño de los volcanes de los libros de emblemas y aquellos que están recogidos en la cartografía o en los libros científicos de inicios y mediados del siglo xvii son evidentes, aunque tanto el procedimiento con que están realizados (grabados habitualmente en metal), el propósito (describir un fenómeno natural), como la forma (procedente de una observación directa del fenómeno) y el uso (análisis científico) que se hace de ellos marcan ya concepciones diferentes.

En los grabados insertos en los libros científicos, tanto la factura como los detalles son de mayor riqueza. Pero quizás el contraste más importante reside en que estos últimos son representaciones de una observación directa; no constituyen una imagen abstracta o convencional sino que están referidos tanto a un volcán concreto, el Etna o el Vesubio, como a un episodio volcánico determinado, aunque mantengan aún ese carácter esquemático típico de los libros de cartografía y de emblemas. Durante un viaje a Sicilia, en 1638, el P. Kircher, autor del *Mundus Subterraneus*, tuvo la oportunidad de presenciar una erupción en el Etna. A su regreso, al pasar por Nápoles, visitó el Vesubio para comprobar si existían conexiones subterráneas entre los dos volcanes. Colgado de una cuerda,

⁷¹ CHECA, F.; MORÁN, J.M. *El Barroco*. Madrid: Ediciones Itsmo, 2001.



Las entrañas de la tierra según ROBERT FLUDD. *Utriusque Cosmi...*, 1617.

descendió —de modo similar al descenso del padre fray Blas del Castillo en el Masaya en el año 1538, según cuenta Oviedo, aunque por motivos menos interesados económicamente— hasta un punto del interior del cráter donde pudo observar la fragua subterránea. Esta visión le llevó a pensar, siguiendo las ideas clásicas de Virgilio y Platón, que el interior de la tierra estaba constituido por fuego y que los volcanes, conectados entre sí interiormente, actuaban como válvulas de escape del fuego subterráneo. Esta idea dio lugar a una de las imágenes más brillantes de la conexión entre el interior y el exterior del globo terráqueo, quizá la única obra de arte donde los volcanes son representados como un sistema, producida a caballo entre ciencia y arte.

Durante esta etapa aparecen también los primeros mapas, adornados profusa y detalladamente con escenas históricas, bélicas, religiosas, míticas o con paisajes que identifican a los países. Romain de Hooghe, quizás el ilustrador holandés más importante de fines del siglo XVII, decora profusamente la Biblia holandesa luterana con alegorías de escenas sagradas, donde incluye una visión idealizada del mundo conocido, volcanes incluidos. De este mismo autor es la perspectiva del Puerto de Garachico antes de la erupción de 1706, con el Pico del Teide como fondo.

La imagen esquematizada de los volcanes y de sus erupciones cambia de modo notable en la representación de las emisiones de lava, las columnas eruptivas o las lluvias de ceniza de episodios eruptivos concretos, producidos a lo largo de esta etapa, tanto en el Mediterráneo —erupciones de 1631 o 1697 del Vesubio— como en otras partes del mundo, por ejemplo la erupción de 1677-78 de la isla de La

da el Virrey de Nápoles, Manuel Fonseca y Zuñiga, recordando la erupción del Vesubio de 1638 en una lápida, en la que también advierte:

*Generaciones futuras, generaciones futuras,
a vosotros me dirijo.
El presente ilumina el futuro con su luz.
Escuchad...
Veinte veces después de que hubiera salido el Sol,
si la historia no cuenta leyendas,
el Vesubio se convirtió en llamas
y produjo un gran exterminio entre los que dudaban.
Os advierto para que no os encuentre indecisos.
Esta montaña tiene el vientre lleno de pez,
de alumbre, de fuego, de azufre, de oro y plata,
de salitre y manantiales de agua.
Tarde o temprano arderá, con ayuda del mar, que lo engendra.*

Son estos episodios eruptivos los que centran la atención de los artistas barrocos que conviven con los volcanes, como Scipione Compagno o Domenico Gargiulo, representando las rogativas realizadas en Nápoles para pedir misericordia divina, con la intercesión de San Genaro. Atmósferas tenebrosas, perspectivas a vuelo de pájaro, ambientes escénicos teatralizados, y el gusto por el detalle son los elementos que identifican a los volcanes de fines del siglo xvii y comienzos del xviii. Los volcanes pintados en estos momentos constituyen paisajes que reflejan ya las líneas maestras del relieve, incorporando el área de distribución de los productos volcánicos, los daños generados en las infraestructuras construidas por el hombre, así como los rasgos más significativos de las erupciones volcánicas. Los cuadros de Giacinto Platania sobre la erupción del Etna, que se conserva en el Duomo de Catania, y de Bordanova sobre la erupción de 1706 en Garachico, siguen estos mismos esquemas plásticos.

Entre mediados y fines del siglo xviii el gusto por el saber enciclopédico extenderá por el mundo la imagen de los volcanes en erupción. Grabados e ilustraciones de volcanes, fundamentalmente europeos, acompañan frecuentemente a textos donde se estudian, describen o representan las mayores erupciones producidas en esos momentos. Lo concreto y lo real van, por primera vez, de la mano.

VOLCANES DE LO SUBLIME

Tras el conocimiento enciclopédico que gobernará la Europa inteligente durante la mayor parte del siglo xviii, con excelentes representaciones de volcanes en erupción, o de elementos típicos de los paisajes volcánicos rocosos, como las columnatas basálticas, hacia fines de siglo un nuevo espíritu recorre el Viejo Continente. Nadie como Johann Wolfgang Goethe manifiesta en tan alto grado

de calidad el profundo cambio y la nueva sensibilidad con que se concibe la Naturaleza. Una naturaleza que, con un volcán al fondo, y parafraseando a Castro Morales, provocaba intensos estados emotivos, satisfacía también necesidades estéticas y daba respuestas a incógnitas científicas. Durante el año 1787 Goethe visitó Italia, en su estancia en Nápoles ascendió al Vesubio en cuatro ocasiones. En el *Viaje a Italia* de Goethe⁷², el volcán se convierte en centro de atención capaz de provocar las más intensas emociones y un alto goce estético —«...encontramos el espectáculo grandioso y sublime. Primero un trueno poderoso resonando en el abismo profundo; enseguida miles de piedras, grandes y chicas, arrojadas al aire y envueltas en nubes de ceniza»—, y es, al tiempo, elemento de interés pictórico y cultural, asociable a este apartado de volcanes pintados: «Mi artista... escribíome el procedimiento de la pintura a la aguada —acuarela—, ahora muy en boga en Italia. Consiste en el uso de ciertos colores para obtener ciertos tonos, que, sin saber el secreto, nunca se conseguirían». Finalmente el volcán es además objeto de interés científico: «Pensando en la distancia de este sitio [Pompeya] al Vesubio, compréndese que la masa volcánica que lo enterró no pudo ser traída, ni en un golpe de viento, ni por una descarga directa de piedras; mejor debe representar su caída, la de ceniza, considerándola suspendida en el aire, a modo de nube, durante largo tiempo, hasta que al fin cayó sobre este desdichado lugar. He estudiado bien los productos del Vesubio: es cosa muy distinta verlos todos en conjunto. Debería propiamente dedicar el resto de mi vida a la observación; haría descubrimientos que extenderían los conocimientos humanos». La mirada de Goethe es ya una mirada única: «Yo, ahora que tengo en el alma todas estas costas, cabos, golfos y bahías, islas y lenguas de tierra, rocas y arenales, colinas arboladas, praderas suaves, campos fértiles... montañas con nube..., rocas y arrecifes, y el mar... ahora es para mí la Odisea la palabra viva».

Un artista como Jean Pierre Laurent Hoüel, arquetipo de hombre de las luces y aficionado a la literatura y la ciencias, vinculado al mineralogista Valmont de Bomare, no sólo ejecuta numerosas representaciones de los fenómenos volcánicos de Sicilia sino que llega incluso a escribir obras de marcado carácter científico: *Hipótesis sobre la formación de los volcanes*, *Observaciones sobre la formación del basalto*. Tomando apuntes cerca del cráter del Estrómboli, Hoüel anota en el montaje del dibujo: «La multiplicidad de los puntos rojos que se ven reunidos marca las piedras en estado de carbones ardientes que arroja el volcán; he visto constantemente cuatro por hora de esta especie. Van acompañadas de un ruido aterrador... Durante esas explosiones realizaba mi dibujo aunque mi oído no pudo habituarse al ruido singularmente extraño y verdaderamente aterrador que

⁷² GOETHE, J.W. *Viaje a Italia*. Traducido directamente del alemán por Fanny G. Garrido de Rodríguez Mourelo; tomo 1. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y C^a, 1891. (FAN. s. XIX 336).

muchos artistas románticos. La armonía de la unidad del universo y la importancia de los elementos que promueve Humboldt se traduce, en autores como Church —uno de los mejores pintores del siglo XIX norteamericano—, en paisajes panorámicos de gran formato y pinceladas donde se observa el gusto por el detalle. De esta influencia entre ciencia y arte, personalizada entre Humboldt y Church, salieron algunos de los lienzos más memorables de los volcanes de Cotopaxi y Chimborazo. De este modo, científicos y artistas contribuyen simultáneamente a la representación iconográfica de los volcanes, incorporando al catálogo figurativo montañas de fuego de todo el mundo cuya imagen era desconocida hasta ese momento. Como ejemplo, aparecen así representados plásticamente por primera vez volcanes como el Merapi, La Soufrière, el Kilauea, el Cayambe, etc.

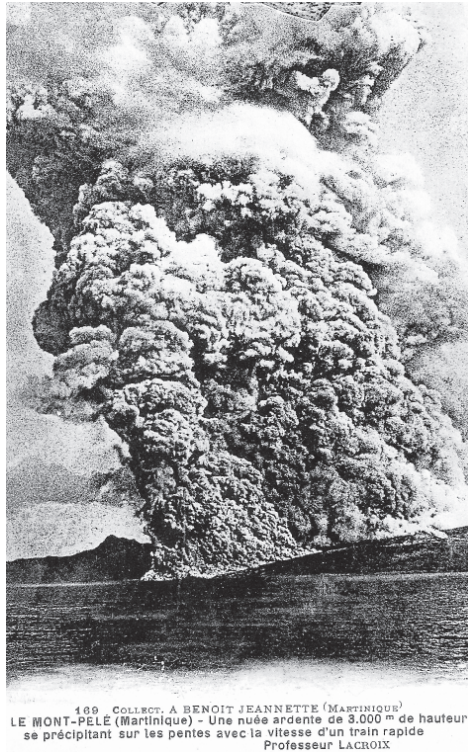
En Nápoles, hacia fines del siglo XVIII e inicios del XIX, la demanda de representaciones del Vesubio en erupción como «souvenir» para turistas y viajeros dará lugar a la aparición de una forma propia de representación de los volcanes que se prolongará durante más de un siglo: la aguada napolitana. En palabras de Raffaello Causa⁷³, una pintura al temple rápida y apresurada, de fáciles efectos, rojos resonantes, cinabrios con vetas anaranjadas y bruscas exaltaciones cromáticas, elaborada con el único fin de vulgarizar el habitual espectáculo del terror que, hasta 1943, sirvió como escenario a la vida cotidiana de los napolitanos. Las erupciones del Vesubio de 1777, 1794, 1812, 1822, 1829, 1836., quedan de este modo plasmadas en obras que, inicialmente de buen nivel artístico (realizadas por pintores como Xavier de la Gatta, Pio Fabris, Alesandro D'Anna o Luigi del Giudice de fines de siglo), se desprenden poco a poco del corpus de la pintura culta (en Camillo de Vito, Gaspare Vinci, Gustavo Scoppa, Achille Vespa, Odoardo Fischetti, Felice Cattozi de principios del siglo XIX), empobreciéndose formalmente a medida que avanza el siglo, hasta convertirse en obras de baja calidad y carácter anónimo.

No obstante, el hecho de que el paisajismo romántico se desarrolle coetáneamente al proceso de conformación de nacionalidades que se produce en el mundo occidental desde comienzos del siglo XIX convertirá a muchos volcanes en paisajes nacionales, en un proceso similar al mostrado por Ortega Cantero con los paisajes castellanos españoles⁷⁴. No es ya solo el paisaje percibido y sentido, sino como señala Mollá⁷⁵ para México, es el paisaje buscado desde la necesidad de identificación, que adquiere especial significado cuando se funda una

⁷³ CAUSA, R. Aguadas napolitanas: Sterminator Vesèvo. En *La Enciclopedia del Arte* de Franco Maria Ricci. Siglo XIX. Tomo II, Milán: Franco Maria Ricci, 2001, pp. 111-134.

⁷⁴ ORTEGA, N. Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936). *Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles*, núm. 51. 2009, pp. 25-49.

⁷⁵ MOLLA RUIZ-GÓMEZ, M. Paisajes identitarios: México. En MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA, N. (eds.). *El paisaje: valores e identidades*. Madrid: UAM-FDS, 2010, pp. 105-115.



Uno de los flujos piroclásticos de la erupción del Mont Pelée en 1902, fotografiado por el volcanólogo Alfred Lacroix.

nación nueva. En México, los volcanes de Iztaccíhuatl, Popocatépetl y Ajusco, junto a las figuras simbólicas de nopales y águilas, se convirtieron en símbolos de afirmación de la soberanía nacional en los cuadros de Eugenio Landesio y José María Velasco.

Pero, además, fundamentalmente a partir de las obras de Humboldt se inicia un estilo de representación de las grandes montañas del globo según altitudes, donde los volcanes activos aparecen dibujados como montañas aisladas con columnas de humo en sus cúspides. De estas imágenes de los volcanes de la geografía comparada derivan los múltiples gráficos que, a lo largo de más de un siglo, aparecen insertas en los atlas y mapas editados en Europa y Estados Unidos.

Paralelamente, sin embargo, la imagen del volcán dibujado y pintado deja paso, en los libros científicos, atlas, y enciclopedias de mediados del siglo XIX, al volcán fotografiado. El desarrollo de la cartografía temática y, sobre todo, la aparición y el uso generalizado de la fotografía determinarán la desaparición de los volcanes dibujados de los libros científicos, e igualmente de los ilustrados, y su

sustitución por la imagen de fotografías de volcanes. Así, todos los acontecimientos históricos y algunos fenómenos naturales, como las erupciones, fueron difundidos a través de las fotografías de prensa, las de los libros o de las postales. Fruto de ello son imágenes pioneras como las de la erupción del Etna de 1892, las espectaculares como las obtenidas por Lacroix durante la erupción del Mont-Pelée en La Martinica en 1902, la del Vesubio en 1906, o las más cercanas para nosotros de la erupción del Chinyero de 1909, en Tenerife. La imagen fotográfica más real, menos subjetiva, y a priori menos manipulable, convence a los científicos, hasta tal punto que ciencia y pintura se van separando en la representación volcanográfica y volcanológica. Más recientemente, libros y documentales como los de Tazieff y de Kraft dan idea del notable nivel que ha llegado a alcanzar el arte de fotografiar volcanes.

No obstante, tanto antes como después de la invención de la fotografía, las erupciones han seguido captando, por su parte, la atención de los artistas. La convivencia directa con los volcanes, la identidad con el territorio habitado, el viaje a sus escenarios, la experiencia vivida de erupciones cercanas, su colorido y formas o simplemente sus efectos en la lejanía, han inspirado imágenes pictóricas que forman parte ya de la historia mundial de la pintura moderna. Los cuadros con volcanes de Jean Baptiste Camille Corot, Degas, Auguste Renoir, Monet, Fortuny, Munch, Andy Warhol, Miró, Dr. Atl (Geraldo Murillo), Diego Rivera, William Christmas, David Alfaro Siqueros, César Manrique, Dokoupil, Botero, Rudolf Fleck, David Wojnarowicz, Pierre Alechinsky o Diane Burkon, por citar sólo algunos de los artistas más significativos, forman parte de pinacotecas de todo el mundo. Por todo ello, también con entera razón en los museos podemos encontrar volcanes.

Y mucho más..., pues los volcanes han sido además materia para dibujantes de cómic tan importantes como Winsor McCay⁷⁶, Walt Disney⁷⁷, Hergé⁷⁸ o Moebius⁷⁹. E incluso escenario y razón de películas como: *Los últimos días de Pompeya*, de Luigi Maggi (1908); *Stromboli*, de Roberto Rossellini (1950); *El diablo a las cuatro*, de Mervyn LeRoy (1961); *Krakatoa, al este de Java*⁸⁰, de Bernard L. Kowalski (1969); *El día del fin del mundo*, de James Goldstone (1980); *Los siete samurais* (1954) y *Sueños* (1990), de Akira Kurosawa; *Joe contra el volcán*, de John Patrick Shanley (1990). O las películas de aventuras más recientes y conocidas actualmente de *Un pueblo llamado Dante's Peak*, de Roger Donaldson (1997); *Volcano*, de

⁷⁶ WINSOR MCCAY. Little Nemo. In Slumberland. *New York Herald*, 18 de julio de 1909.

⁷⁷ WALT DYSNEY. *Donald Duck in Volcano Valley*.

⁷⁸ HERGÉ. *Las aventuras de Tintín. Vuelo 714 para Sidney*. Barcelona: Editorial Juventud, 1969.

⁷⁹ MOEBIUS. «El mundo de Edena, Los reparadores». En *Ver Nápoles; Morir y ver Nápoles*. Norma Editorial. Casterman, 2004.

⁸⁰ Curioso título, pues el volcán de Krakatoa se encuentra al oeste de la isla de Java.

Mick Jackson (1997) o la trilogía de *El señor de los Anillos*, de Peter Jackson (2001-2003)⁸¹. Habría que incluir aquí las numerosas versiones cinematográficas del *Viaje al Centro de la tierra*, de Julio Verne, donde los viajeros, «después de haber registrado la máquina del globo» en palabras de Diego Torres Villarroel, salen al exterior por el volcán Estrómboli.

En suma, igualmente el séptimo arte ha reflejado a su modo el espectáculo de la erupción, de su emoción y su drama, y hasta la música en *Una noche en el Monte Pelado* ha recogido los supuestos ecos sonoros de la atmósfera del volcán: así, toda la esfera de la cultura ha atendido de un modo o de otro la presencia central de los volcanes en el mundo y lo ha hecho desde los tiempos en que los hombres relataron su limitado mundo circunscrito al Mediterráneo hasta la misma actualidad en que se los atienden por toda la esfera terrestre e incluso por los cuerpos celestes en los que también se alojan lejanos cráteres y volcanes.

CONCLUSIÓN

No cesaron en los siglos el arte, la ciencia y la literatura, y hasta el aprovechamiento de la erupción, sino que renovaron sus asuntos en la vieja confrontación entre las reglas ciegas de la naturaleza y el hombre persistente, como aquella retama de Leopardi que vuelve sobre la tierra abrasada. Tampoco ha cesado el culto literario al mito por juego con sus imposibles o, hasta el siglo xx, por desconocimientos geográficos, por vacíos de información que permitieron su ocupación por la fantasía, como en la literatura polar, donde aparecía y desaparecía la leyenda de un volcán símbolo efímero del confín terminal de la Tierra. El cambio del siglo xix al xx dio paso a la hora definitiva de la ciencia, de la exploración interior, de la especialidad, la divulgación y la universalidad, con el retorno en él del sentido de la aventura, con una nueva percepción de la catástrofe y hasta con la proliferación del turismo que también se especializa en volcanes.

Todo un sistema imaginario ha convivido con otro de racionalidad y precisión, porque el volcán, paisaje extremo, es a la vez una realidad y un símbolo, como territorio vivo, como decorado peculiar, como escenario dialéctico y como metáfora de una naturaleza que se renueva por sus propias fuerzas en diálogo activo con el hombre. El volcán produce un ambiente exclusivo, exigente y protagonista, y tiene una imagen individual, un peso geográfico característico. Y, en erupción, es un paisaje en exaltación. Cultura y ciencia han de reunirse, en fin, como un rostro bifaz, para dar cuenta cabal de aquello que en sí mismo también tiene esos dos semblantes.

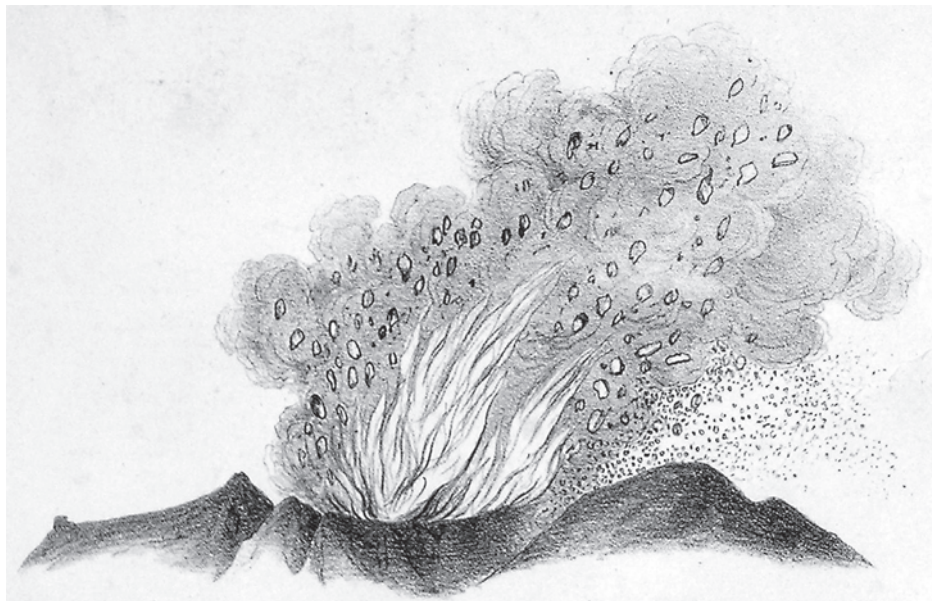
⁸¹ Cuyas imágenes del Monte del Destino, el Orodruin de Tolkien o Monte del fuego resplandeciente en élfico, corresponden al volcán del Mount Ngauruhoe, en Nueva Zelanda.

Éstas son algunas de las señas de identidad del más rápido creador natural, modificador y destructor de geografías. De paisajes de apariencias caóticas y formas normalizadas, de plurales dinamismos dependientes de las grandes fuerzas del Planeta, asociados a la catástrofe y necesitados de todos, de ciencia y de poetas, de pintores y filósofos. El volcán es el gran reelaborador de los escenarios que controla relieves, ríos, climas, plantas y actividades humanas. Tiene, por tanto, un puesto perpetuo ganado en la historia y en la previsión. Es un asunto con cultura propia, con biblioteca específica, porque es un lugar definido en el saber.

En la novela antes citada de Julio Verne, la acción acaba con una frase que podemos repetir también aquí: «Cuando se ha tenido un volcán en la vida, siempre queda algo». Y añadamos nosotros: algo con preeminencia, para ser justos con su historia.

La Laguna, enero de 2011

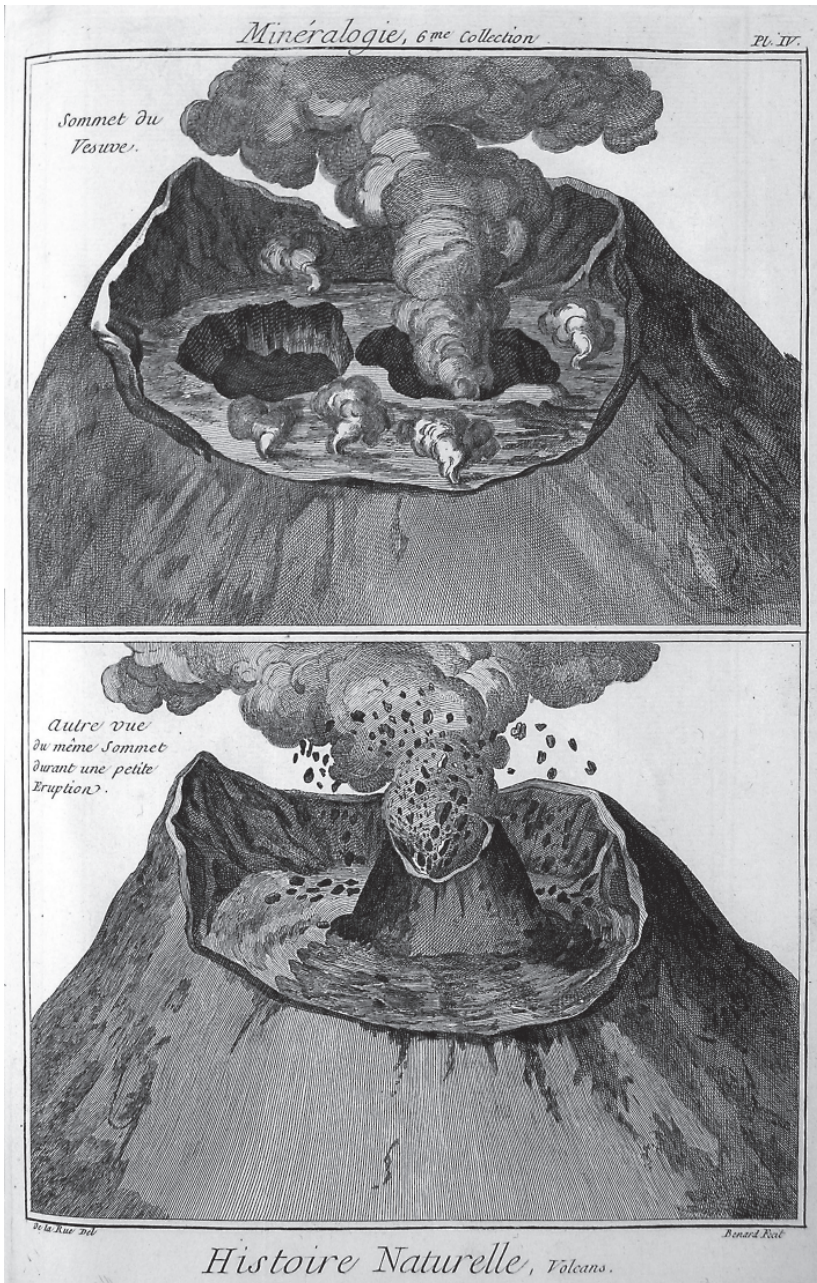
CATÁLOGO



Vue d'une des éruptions volcaniqs. de Lancerotte prise de la Yaiza. EN PHILIPPE BARKER-WEBB
Y SABIN BERTHELOT. *Histoire Naturelle des îles Canaries. Atlas*, 1838.

VOLCAN. s.f. Caverna montuosa y ardiente, que vomita con ímpetu periódicamente materias bituminosas, azufrosas, y otras hechas asqua, como piedras calcinadas ó vitrificadas, que llaman lava, acompañadas de cenizas y humos más o menos densos. En Europa son bien conocidos entre otros los Volcanes del monte Etna y del Vesubio, y en la América española el de Arequipa en el Perú, y el de Popocatepec en Nueva España.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Diccionario de voces españolas geográficas.* Madrid. 1796.



Sommet du Vesuve. En RECUEIL de planches sur les sciences, les arts libéraux et les arts mécaniques avec leur explication. Sixieme volumen, 1768.

CONOCIMIENTO DE LOS VOLCANES

El día 15 [de diciembre de 1711] descubrimos una de las Islas de Cabo Verde, llamada Bonavista: la noche del día 15 al 16 como à las once de la noche, percibimos el bolcán de la Isla del Fuego. Nos pusimos à la capa para no exponernos à naufragar sobre las rocas, que rodean la Isla. Al amanecer la descubrimos claramente, como à la distancia de seis à siete leguas. Passamos cerca de ella, y estando à su travesía, nos cogió una calma, que durò lo demàs del día. Tuvimos lugar de considerar de espacio el bolcán, el qual sale de una montaña, que está al Oriente de la Isla, y arroja borbotones de llamas, y chispas, que à montones se pierden en las nubes.

JOSEPH LABBE. En *Cartas edificantes, y curiosas...*, 1755.

1. BELTRÁN Y RÓZPIDE, Ricardo. *La Polinesia: descubrimiento, reseña y descripción geográficas, clima, constitución geológica... y consideraciones acerca de la importancia y porvenir comercial y político de dichas islas : con interesantes documentos inéditos relativos á su descubrimiento y un mapa general de la Polinesia y varios particulares ...* Madrid: Imprenta de Fortanet, 1884.
FAN. S.XIX 960.
2. BUFFON, Georges Louis Leclerc, Comte de. *Historia natural, general y particular*. Traducida por D. Joseph Clavijo y Faxardo; tomo II. Segunda edición. Madrid: En la Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1792.
FAN. AD. 2030.
3. *CARTAS edificantes, y curiosas, escritas de las misiones estrangeras, y de Levante por algunos misioneros de la Compañia de Jesus*. Traducidas por el Padre Diego Davin. Tomo décimo. En Madrid: En la imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, y del Supremo Consejo de la Inquisición, 1755.
FAN. AS. 4531.
4. CENSORINO. *Index operum quae in hoc volumine continentur: Censorini De die natali liber aure[us] olim mutila[tus] nunc adiectis quatuor integris capitibus & innumeris pene clausulis antiquae lectioni restitutus. Neruae Traianiq[ue] & Adriani Caesaris uitae ex Dione in latinum uersae a Georgio Merula. Item Vesaeui montis conflagratio ex eodem Merula interprete. Ceбетis Thebani tabula. Plutarchi libellus de differentia inter odium & inuidiam. Basilii oratio de inuidia. Basilii epistola de uita solitaria.* [Mediolani]: Giovanni Iacomo De Legnano et fratelli, [1503?].
FAN. ACOR. S.XVI 613.
5. DELLA TORRE, Giovanni Maria. *Histoire et phenomenes du Vesuwe*. A Naples: Chez Donato Campo, 1771.
FAN. AS. 5598.

6. FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas. *Erupción volcánica del Chinyero (Tenerife) en noviembre de 1909*. Madrid: Revista de Archivos, Bibl. y Museos, 1911.
FCA. C^a 14 F^o 17.

7. GOUDIN, Antoine (O.P.). *Philosophia juxta inconcussa tutissimaque Divi Thomae dogmata quatuor tomis comprehensa. Tomus tertius. Editio altera auctior & accuratior*. Parisiis: Apud Edmundum Couterot..., 1674.
FAN. AS. 6759.

8. HUMBOLDT, Alexander von. *Cosmos: ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes. Tomo I. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1874.
FAN. S.XIX 55 (T.1).

9. MELA, Pomponio. *La Geographia*. Traduxo de latin en castellano el licenciado Luis Tribaldos de Toledo... ilustrandola con notas, y nombres modernos de lugares, montes y rios, &c. correspondientes oy à los antiguos; con un indice muy copioso de los vocablos y cosas notables que en ella se contienen. En Madrid: por Diego Diaz de la Carrera, a costa de Pedro Lasso, 1642.
FAN. AS. 4214.

10. PLINIO, Cayo Segundo. *C. Plinii Secundi Naturalis Historiae libri trigintaseptem a Paulo Manutio multis in locis emendati; castigationes Sigismundi Gelenii, index plenissimus*. Venetiis: Apud Paulum Manutium..., 1559.
FAN. ACOR. S.XVI 102.

11. TOFIÑO DE SAN MIGUEL, Vicente. *Derrotero de las costas de España en el Océano Atlántico y de las Islas Azores o Terceras para la inteligencia y uso de las cartas esféricas presentadas al Rey nuestro señor por ... Antonio Valdés... y construidas de orden de S.M. por el brigadier de la Real Armada Vicente Tofiño de San Miguel...* Madrid: por la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1789.
FAN. AS. 3103.

12. VALMONT DE BOMARE, Jacques-Christophe. *Dictionnaire raisonné, universel d'histoire naturelle: contenant l'histoire des animaux, des végétaux et des minéraux, et celle des corps célestes, des météores, et des autres principaux phénomènes de la nature; avec l'histoire des trois règnes, et le détail des usages...* Tome quinzieme. Quatrième edition revue et considérablement augmentée per l'auteur. A Lyon: Chez Bruyset Frères, 1791.
FAN. AS. 6536.

13. VIERA Y CLAVIJO, José de. *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias o Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos animal, vegetal y mineral*. Impresión promovida por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria. Tomo I. Gran Canaria: Imprenta de la Verdad, 1866. FCA. ACOR. A-IV-3.

502
030.1

C. PLINII SECUNDI
NATURALIS HISTORIAE

LIBRI TRIGINTASEPTEM,

A Paulo Manutio multis in locis
emendati.

CASTIGATIONES SIGISMUNDI
GELENII.

INDEX PLENISSIMVS.



VENETIIS,
Apud Paulum Manutium, Aldi F.
M D L IX.

fray Antonio
De Luana

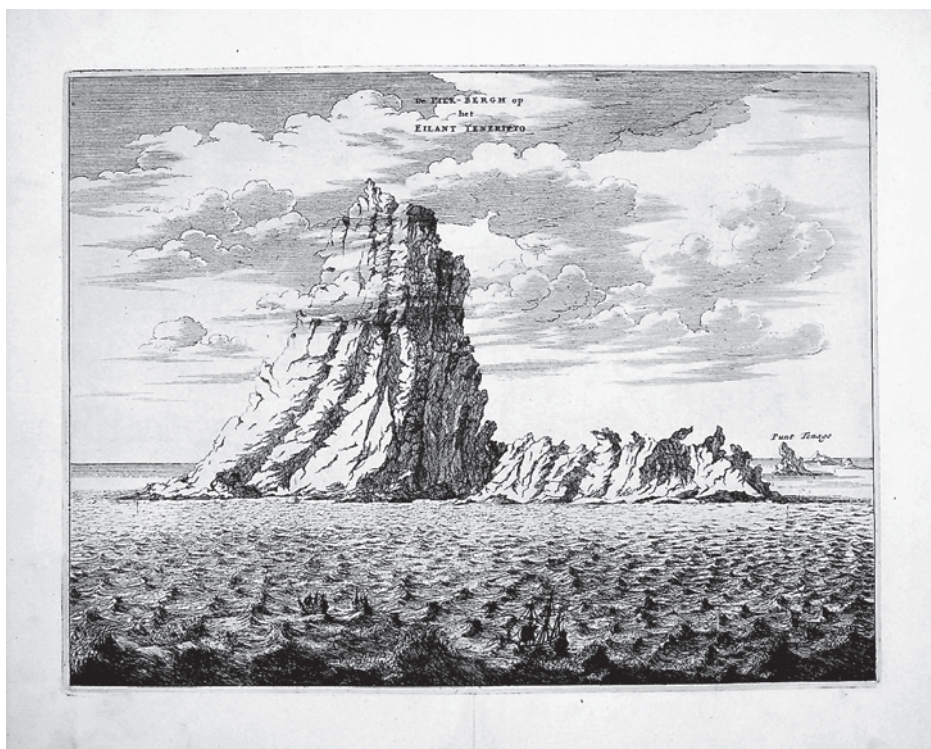
CAUSAS DE LOS VOLCANES

Que en las vísceras de la Tierra existen abismos enormes llenos de fuego, lo demuestra la existencia de los montes de Vulcano, cuyo fuego no se deriva como cree el vulgo de la base de los montes, sino que tiene sus oficinas en las más profundas vísceras de la Tierra, sirviendo los montes como respiradero del hollín superfluo y para desahogar la fuerza de los calores internos, para que no terminen con la Tierra, y en este sentido ya los Santos Padres pusieron en el centro de la Tierra la sede de todos los abismos pirofilácticos, destinándola a cárcel eterna para castigar a los malos.

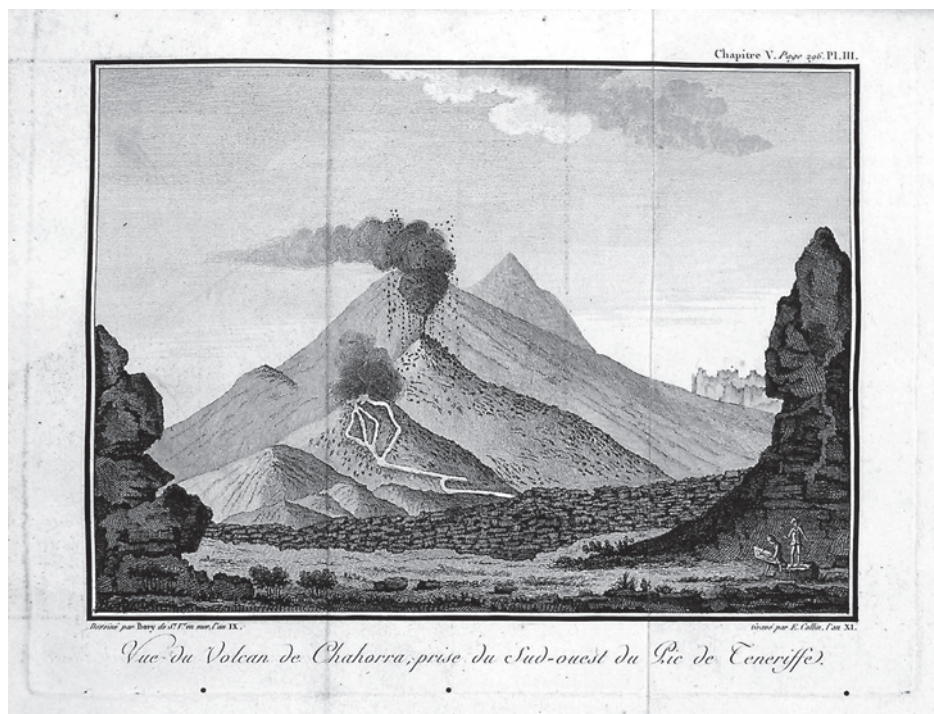
ATANASIO KIRCHER. *Mundus subterraneus*. Traducción de Sierra Valentí, 1981.

14. ACADÉMIE ROYALE DES SCIENCES (París). *Recueil des pieces qui ont remporté les prix de l'Académie Royale des Sciences, depuis leur fondation jusqu'à présent: avec les pieces qui y ont concouru: tome quatrieme contenant les pieces depuis 1738 jusqu'en 1740*. A Paris: chez Gabriel Martin, J. B. Coignard, Hippolyte-Louis Guerin, Charles-Antoine Jombert, 1752.
FAN. AS. 7180.
15. AGUSTÍN, Santo, Obispo de Hipona. *La Ciudad de Dios... en veynte y dos libros...* Traduzidos de latin en romance por Antonio de Roys y Roças. En Madrid: por Iuan de la Cuesta. Vendese en casa de Francisco de Robles..., 1614.
FAN. AD. 2753.
16. ALBERTO MAGNO, Santo. *Parva Naturalia*. Recogniti per... Petrum Iammy. Operum tomus quintus. Nunc primum in lucem prodeunt. Lugduni: Sumptibus Claudii Prost, Petri & Claudii Rigaud fra., Hieronymi Delagarde, Ioan. Ant. Huguetau, 1651.
FAN. AD. 550.
17. DUHAMEL, Jean-Baptiste. *Philosophia vetus et nova ad usum scholae accomodata in Regia Burgundia olim pertractata*. Tomus secundus. Editio tertia multò emendatio. Parisiis: apud Stephanum Michallet, 1684.
FAN. AS. 6966.
18. ESTIENNE, Charles. *Dictionarium historicum, geographicum, poeticum autore Carolo Stephano gentium, hominum, deorum, gentilium, regionum, locurum, ciuitatum, aequorum, fluiuorum, finuum, portuum, promontiorum, ac montium, antiqua recentioraque ad Sacras & prophanas historias, poetarumque fabulas intelligendas, necessaria nomina, quo decet ordine complectens...* Huic postremae editioni praeter collium, syluarum, desertorum, insularum... Geneuae: Sumptibus Samuelis Chouet, 1660.
FAN. ACOR. AC. 3.

19. MARTÍNEZ, Martín. *Philosophia sceptica: extracto de la physica antigua, y moderna, recopilada en dialogos, entre un aristotelico, cartesiano, gasendista, y sceptico, para instruccion de la curiosidad*. En Madrid: [s.n.], 1730.
FAN. AS. 7337.
20. PIQUER, Andrés. *Fisica moderna racional, y experimental*. Tomo primero. Segunda edición. Madrid: por D. Joachin Ibarra, 1780.
FAN. AS. 7364.
21. SAUSSURE, Horace Bénédicte de. *Voyages dans les Alpes précédés d'un essai sur l'histoire naturelle des environs de Geneve*. Tome premier. A Genève: Chez Barde, Manget & Compagnie, 1787.
FAN. AD. 1497 (T.I).



De Piek-Bergh op het Eiland Teneriety, [1676?].



*Vue du Volcan de Chahorra. EN J.B.G. BORY DE SAINT-VINCENT.
Essais sur les Isles Fortunées..., [1803].*

VOLCANES HISPANOS

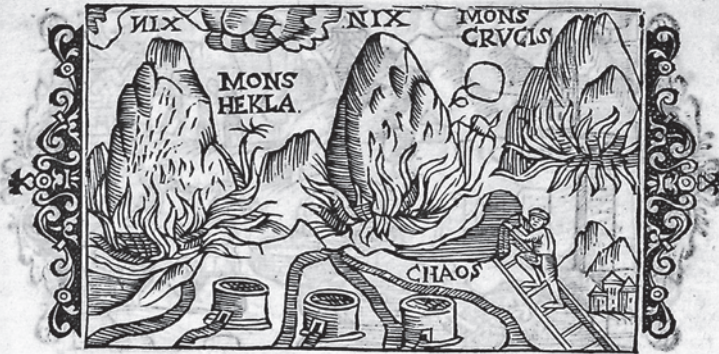
Cerca de Guaxocingo hay un Volcan muy alto, que se ve de muchas leguas, y jamás le falta nieve; echa ordinariamente humo, y el año de 1540, ponía espanto el ruido que se oía de èl à 4 leguas alrededor, y la ceniza que arrojò, quemò la hortaliza y arboles de la campaña. A este Volcan subió el año de 1519, Diego de Ordas, con otros. Mas plausible, y difícil fue la empresa del año de 1522 en que subieron Montaña, Larios, y otros, à quienes acompañaron, segun Herrera, más de 400 Indios, (sino hay yerro) deseosos de vèr aquella hazaña. Padecieron los Españoles grande frio, y muchos peligros; llegaron à la boca, y descubrieron el suelo, que estaba ardiendo como fuego, y havia desde la boca 150 estados. Montaña baxò colgado de una guindaleta en un saco de cáñamo, con un costal, entro 14 estados dentro, y sacò casi lleno el costal de azufre, y assi baxò siete veces, hasta que sacò 8 arrobas y media, otro sacò de 6 vezes que entrò poco mas de 4 arrobas, que era lo bastante para hacer la polvora, que faltaba yà en el Exército. Dixerón que no se podía mirar àzia abaxo, porque la suma profundidad desvanecía la cabeza, y el fuego causaba espanto, y horror con la humareda, y piedras encendidas, que despedia. Baxaron con grandissimo peligro por los despeñaderos del monte, sin haver comido desde el dia antes; y los Indios admirados, y pasmados de tan singular hazaña, que hasta entonces no se havia visto, ni aun creido possible, los pussieron en andas, y llevaron en ombros, no acabando de admirarse, y de alabar tales hombres, como trae à la larga Herrera.

PEDRO MURILLO Y VELARDE. *Geographia historica...*, 1752.

22. BERNARDINO DE SAHAGÚN. *Introducción a la Historia general de las cosas de Nueva España...* Estudio Isidro Sepúlveda Muñoz; presentación Javier Tusell Gómez. Ed. facsímil. Madrid: Club Internacional del Libro, 1994.
FAN. FACS. 7.
23. BORY DE SAINT -VINCENT, Jean-Baptiste-Geneviève-Marcellin. *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale de l'Archipel des Canaries*. París: Baudouin..., Germinal An. XI [1803].
FAN. ACOR. A-I-17 bis.
24. BOTERO, Giovanni. *Relaciones universales de el mundo*. Primera y segunda parte traducida... por el Lic. Don Diego de Aguiar. Impresso en Valladolid: Por los Herederos de Diego Fernandez de Cordova. Vendese en casa de Martin de Cordoba, 1599.
FAN. ACOR. S.XVI 177.

25. CÁCERES, Domingo José. *Breve enarrativa de la lamentable y lastimosa desgracia de Garachico hecha y consagrada á Nuestro Illmo. Y Reverendísimo Sr. Dn. Juan Ruiz Simón, Digníssimo Obispo de estas Yslas de Canaria, 1709*. [Manuscrito]. [1784, febrero, 2].
FAN. ACOR. MS. 83(II 10).
26. CANARIAS (DIÓCESIS). Sínodo (1735). *Constituciones y nuevas adiciones synodales del Obispado de las Canarias hechas por...* Pedro Manuel Davila y Cardenas. En Madrid: En la Oficina de Diego Miguel de Peralta, 1737.
FCA. ACOR. A-V-19.
27. *DE Piek-Bergh op het Eilant Tenerieto* [Material gráfico]. [S. l.: s. n., 1676?]. En DAPPER, Olfert. *Naukeurige Beschrijvinghen der Afrikaensche*. Amsterdam: Jacob van Meurs, 1668. OGILBY, John. *Africa: being an accurate description...* London: T. Johnson, 1670.
FAN. ACOR. GR. 17.
28. DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva – España*. Sacada a luz por... Alonso Remon. En Madrid: en la Imprenta del Reyno, 1632.
FAN. AS. 5309.
29. FEIJOO, Benito Jerónimo. *Cartas eruditas y curiosas en que (por la mayor parte) se continúa el designio del Teatro critico universal...* Tomo segundo. Nueva impresion. En Madrid: En la Imprenta de Antonio Perez de Soto, 1765.
FAN. AS. 8045.
30. FRANCHY, Nicolás Segundo. «Carta sobre la erupcion del volcan de la montaña de Venge, cerca del Pico de Teyde en la isla de Tenerife, en 9 junio de 1798», *Anales de Historia Natural*, Madrid, marzo 1800, nº 3.
FAN. AP. 15.
31. GARCILASO DE LA VEGA, El Inca. *Primera parte de los Commentarios reales que tratan del origen de los yncas, reyes que fueron del Peru, de su idolatria, leyes, y gouierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los españoles passaran a el*. En Lisboa: en la officina de Pedro Crasbeeck, 1609 (1608).
FAN. AD. 2274.

32. GASPAR DE SAN AGUSTÍN. *Conquistas de las Islas Philipinas: la temporal por las armas del Señor Don Phelipe Segundo el Prudente y la espiritual por los religiosos del Orden de nuestro padre San Augustin, fundacion y progressos de su provincia del Santissimo Nombre de Jesús: parte primera...* En Madrid: en la Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, 1698.
FAN. AS. 3996.
33. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del Mar Oceano. Decada quarta...* Madrid: En la Oficina Real de Nicolas Rodriguez Franco, 1736.
FAN. AS. 3440.
34. MOLINA, Juan Ignacio. *Compendio de la historia civil del reyno de Chile...* Parte segunda traducida al español y aumentada con varias notas por Don Nicolas de la Cruz y Bahamonde. En Madrid: en la Imprenta de Sancha, 1795.
FAN. AD. 3446.
35. MURILLO Y VELARDE, Pedro. *Geographia historica de las Islas Philipinas, del Africa y de sus islas adyacentes.* Tomo VIII. En Madrid: En la oficina de D. Gabriel Ramirez..., 1752.
FAN. AS. 6409.
36. SOLÍS, Antonio de. *Historia de la conquista de Mexico.* Tomo II. Corregida y enmendada en esta ultima impresion y adornada con laminas finas. Barcelona: Por los Consortes Sierra, Oliver y Martí, 1789.
FAN. AS. 5510.
37. TORRUBIA, José. *Aparato para la historia natural española: tomo primero contiene muchas dissertaciones phisicas espacialmente sobre el diluvio, resuelve el gran problema de la transmigracion de cuerpos marinos y su petrificacion en los mas altos montes de España...* En Madrid: En la Imprenta de los Herederos de Agustin Gordejuela y Sierra, 1754.
FAN. AS. 2844.
38. *El VIAGERO universal o Noticia del mundo antiguo y nuevo.* Tomo IV. Obra compuesta en francés por M.R. de Laporte y traducida al castellano, corregido el original é ilustrado con notas por D.P.E.P. Madrid: Imprenta de Fermin Villalpando, 1796.
FAN. AS. 4425.



De secreta natura quorundam montium.

C I A P . . I I I .



MVLTI per orbem montes sunt, qui magnitudine, sublimitate, variisq; & miris rebus, ac speciebus, diuersa tamen relatione ac ratione, a magnis scriptoribus extolluntur, vt Vesuius, Aetna, Campanus, & reliqui, priuatis eorum notitiis plurimum in nomine familiares. Nulli tamen frequentiores in memoria Aquilonarium hominum sunt, quam Hispanici montes, quos olim illustres, ac nobiles, & plebei, fortis personae ad Compostellam peregrinando laboriose peragrarunt, magnifica Regum hospitalia miris laudibus prosequentes, eo quod humanissime in eisdem recepti sint, ac optimè consolati. Præterea in Germania miri, magniq; montes non minus alti, vastiq;, quàm virtute singulari ceperiuntur. Vesuius quidem pro tanto mirabilis esse refertur, quia peruncq; ingenti sonitum non dissimilem edit, quæ ferre cum sit, ingentissima vi cinerum eiciendorum fieri iudicatur. Vesuius monti valde similis, quem Hieronymus primo anno Titiantu de se dicit eiecisse ignem, & excitasse incendium, vt sylvas, agros, prataq; combureret, & circumpositas regiones. In Islandia autem, qualis naturæ montes sicut, tam arbitror serè toti mundo expertum, eo qd ultra veterum relationem in charta nostra Gothica descriptionem Prætorum lenzi suppleto, horum montium situm, & naturam ostendimus esse singularem, sicut in eorum vertice niuem fore quasi perpetuam, & in base ignem sulphureum continuè sine sui consumptione exarscens. Qui propius accedunt, vtpulueris, & fauillæ scaturitis faciliè suffocantur, & maxime cum in multis locis torridæ voragine cum cinere apparent montium combustorum, & vallium; quæ iterum tacitis incrementis sulphureis succrescentibus, quasi circulari temporum spatio disponuntur ad combustionem. Sunt etiam intra Norvegiæ limites vastissimi, altissimiq; montes quatuor dietarum ascensos, totidemq; e vertice descensuos admittentes. Septentrionalis autem mea regio, quam excelsos montes habeat, per occasionem inferius ostendetur. Multi etenim, & excelsi sunt, tam arbores, quàm animalia diuersarum specierum perpetuò enutrientes.

Vesuius, Aetna, Campanus.

Hospitalia Hispanorum magna.

Mugitus montis.

Islandiæ montes Nix in vertice, & ignis fœdè.

Montes Norvegiæ altissimi.

Montes Suetiæ aquilonaris.

Mons Hekla. En MAGNUS, Olaus. Historia de gentibus septentrionalibus..., 1555.

VOLCANES DE TINTA

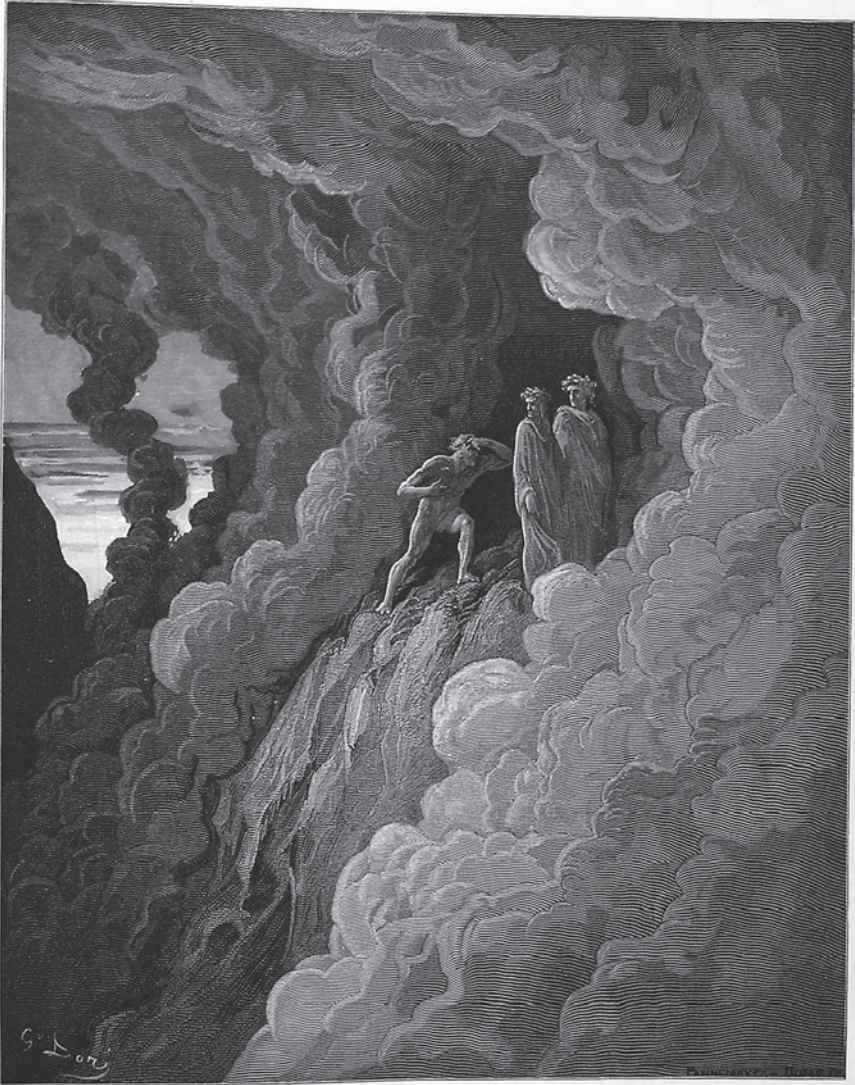
Lo que, en la vaguedad de las sensaciones, se confunde, por falta de contornos bien determinados, lo que queda envuelto por ese vapor brumoso que en el paisaje, oculta a la vista las altas cimas, el pensamiento lo desarrolla y resuelve en sus diversos elementos, desentrañando las causas de los fenómenos, asignando á cada uno de dichos elementos, que concurren á formar la impresion total, un carácter individual. De aquí resulta que en la esfera de la ciencia como en la poesía y la pintura de paisaje, la descripción de los parajes y los cuadros que hablan á la imaginación, tienen tanta mayor verdad y vida, cuanto mas determinados están sus rasgos característicos.

ALEXANDER VON HUMBOLDT. *Cosmos...*, 1874

39. HELLWALD, Friedrich Anton Heller. *La tierra y el hombre: descripción pintoresca de nuestro globo y de las diferentes razas que lo pueblan...* Traducción de Manuel Aranda y Sanjuan. Ed. profusamente ilustrada. Barcelona: Montaner y Simon..., 1886.
FAN. S.XIX 349.
40. HENRION, Richard Auguste, Barón de. *Historia general de las misiones: desde el siglo XIII hasta nuestros dias.* Traducida al castellano, ampliada, anotada y adicionada en lo perteneciente a España por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero; bajo la censura del Dr. D. Salvador Mestres. Tomo primero. Barcelona: Librería de Juan Oliveres..., 1863.
FAN. S.XIX 578 (T. I).
41. *HISTOIRE générale des voyages ou Nouvelle collection de toutes les relations de voyages par mer et par terre qui ont été publiées jusqu'à present dans les différentes langues de toutes les nations connues: contenant ce qu'il y a de plus remarquable, de plus utile et de mieux averé dans les pays ou les voyageurs ont penetré, touchant leur situation, leur étendue...; avec les moeurs et les usages des habitans ... pour former un système complet d'histoire et de géographie moderne qui representera l'état actuel de toutes les nations ; enrichi de cartes géographiques ...* A Paris: Chez Didot, libraire, quai des augustins, à la Bible d'or , 1746-1770 (De l'imprimerie de Claude Simon, Pere).
FAN. AD. 1303 (T. XVII).
FAN. AD. 1305 (T. XIX).
42. *The ILLUSTRATED London News.* 1883, September, 8. Vol. xxxiii, nº 2316. London: Illustrated Londo News & Sketch Ltd., 1842- . ISSN 0019-2422
FAN. S.XIX. AP.

43. MAGNUS, Olaus. *Historia de gentibus septentrionalibus earumque diversis statibus, conditionibus, moribus, ritibus, superstitionibus, disciplinis, exercitiis, regimine, victu, bellis, structuris, instrumentis, ac mineris metallicis & rebus mirabilibus necnon uniuersis pene animalibus in septentrione degentibus eorumq[ue] natura: opus ut varium, plurimarumque rerum cognitione refertum, atque cum exemplis externis, tum expressis rerum internarum picturis illustratum.* Apud Ioannem Mariam de Viottis..., 1555.
FAN. ACOR. S.XVI 243.
44. MALTE-BRUN, Conrad. *La geografía universal ó descripción de todas las partes del mundo segun un nuevo plan, precedida de una historia general de la geografía de todos los pueblos.* Continuada hasta nuestros días... por V. A. Malte-Brun (hijo). Tomo tercero. Madrid [etc.]: Librería Española, 1854 (Imp. de L. Tasso).
FAN. S.XIX 171 (T.3).
45. *NUEVO viajero universal: enciclopedia de los viajes modernos, recopilacion de las obras mas notables sobre descubrimientos, exploraciones y aventuras* publicada por los mas célebres viajeros del S.XIX Humboldt [et. al.] ordenada y arreglada por Nemesio Fernandez Cuesta... T. IV: Oceania Madrid: Imprenta y Libreria de Gaspar y Roig, 1862.
FAN. S.XIX 670 (T.4).
46. OROZCO COVARRUBIAS, Juan. *Emblemas morales.* En Segouia: Impresso por Iuan de la Cuesta, 1591 (1589).
FAN. ACOR. S.XVI 206.
47. ORTELIUS, Abraham. *Theatrum orbis terrarum opus nunc denuo ab ipso auctore recognitum multisque locis castigatum [et] quamplurimis nouis tabulis atque commentarijs auctum.* Antuerpiae: Ex officina Plantiniana, 1595.
FAN. ACOR. S.XVI 14.
48. RECLUS, Élisée. *Nueva geografía universal: la tierra y los hombres.* Versión española bajo la dirección de Martín Ferreiro. Tercera serie: Asia. T. I. El Asia Oriental: el Imperio Chino, la Corea, el Japón por Eduardo Toda. Madrid: El Progreso Editorial, 1890.
FAN. S.XIX 770 (T.1).
49. *RECUEIL de planches sur les sciences, les arts libéraux et les arts mécaniques avec leur explication.* Sixieme volumen [de los grabados de la *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des metiers*]. A Paris: Chez Briasson: Chez David: Chez Le Breton..., 1768.
FAN. ACOR. AC. 40 (T.27).

50. SAAVEDRA FAJARDO, Diego de. *Idea de un príncipe político christiano*. Tomo II. En Valencia: En la Imprenta de Salvador Faulí, 1786.
FAN. AD. 846 (T. II).
51. WEBB, Philipp Barker. *Histoire naturelle des îles Canaries: Atlas*. Par MM.P. Barker-Webb et Sabin Berthelot; ouvrage publié sous les auspices de M. Gulliot. Paris: Béhune, 1838.
FCA. ACOR. APAIS. 26



Grabado de GUSTAVE DORÉ. EN DANTE ALIGHIERI. *Le Purgatoire*, 1885.



Veduta del Vesuvio dalla Secda. Parrocchia di Bosco...

En GIOVANNI MARIA DELLA TORRE. *Histoire et phenomenes du Vesuve*, 1771.

VOLCANES ESCRITOS

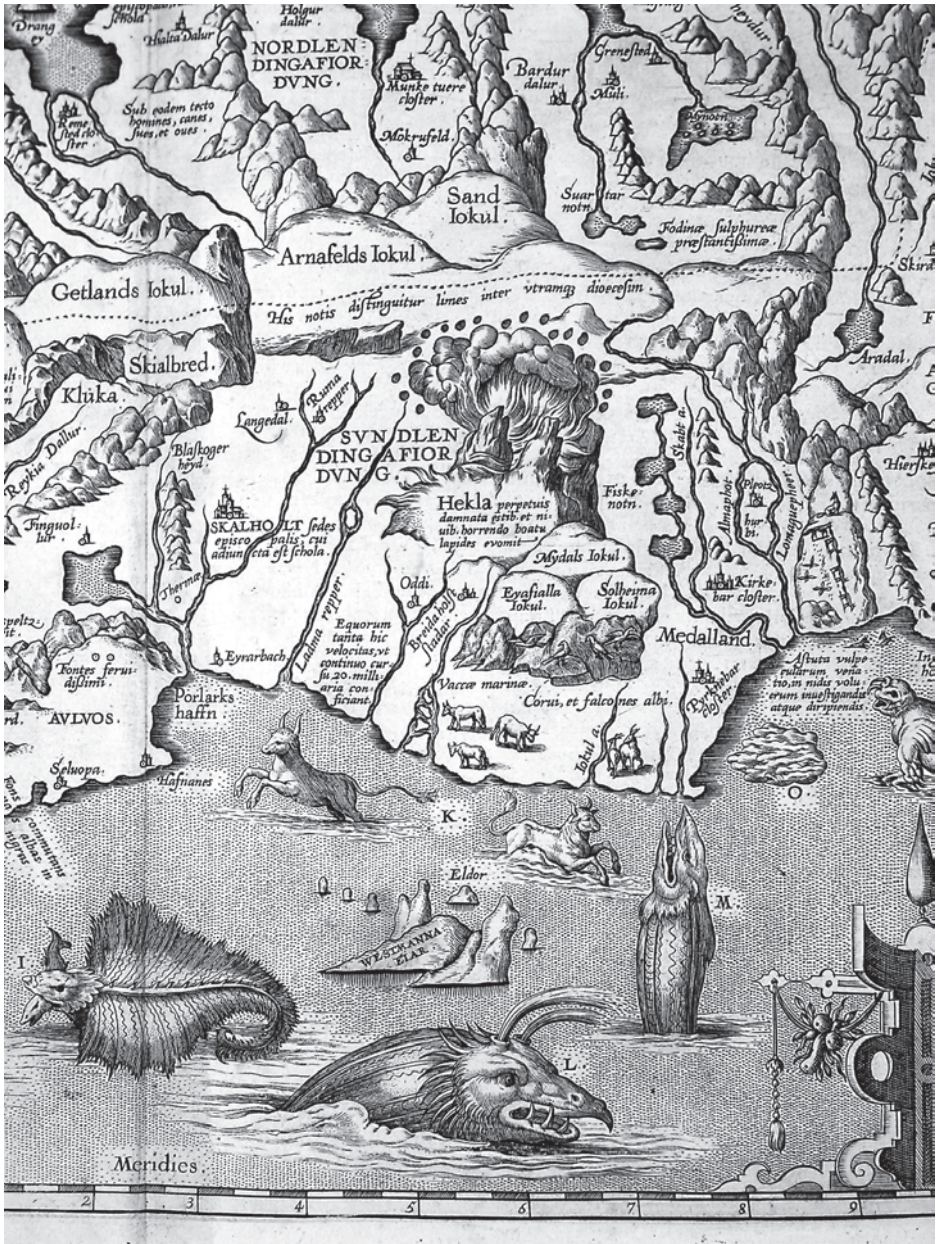
*¡Llorad las damas, sí Dios os vala!
Guillén Peraza quedó en La Palma
La flor marchita de la su cara.
No eres palma, eres retama,
Eres ciprés de triste rama;
Eres desdicha, desdicha mala*

*Tus campos rompan tristes volcanes,
No vean placeres sino pesares,
Cubran tus flores los arenales.
¡Guillén Peraza! ¡Guillén Peraza!
¿Dó está tu escudo, dó está tu lanza?
Todo lo acaba la mala andanza.*

Endechas a la muerte de Guillén Peraza, 1447.

52. BALTASAR DE VITORIA. *Primera parte del Teatro de los dioses de la gentilidad*. Barcelona: en la Imprenta de Iuan Pablo Marti, 1702.
FAN. AS. 3909.
53. DANTE ALIGHIERI. *Le Purgatoire...* Avec le dessins de Gustave Doré; traducción française de Pier-Angelo Fiorentino accompagnée du texte italien. Paris: Librairie Hachette et Cie., 1885 (Typographie Lahure).
FAN. S.XIX. 419.
54. GOETHE, Johann Wolfgang von. *Viaje a Italia*. Traducido directamente del alemán por Fanny G. Garrido de Rodríguez Mourelo. Tomo I. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y C^a, 1891.
FAN. S.XIX 336 (T. I).
55. NÚÑEZ DE LA PEÑA, Juan. *Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria, y su descripción...* En Madrid: En la Imprenta Real, a costa de Florian Anisson..., 1676.
FCA. ACOR. A-IV-70.
56. OVIDIO NASÓN, Publio. *Metamorphoseos: libro XII, XIII, XIV, y XV...* comenta e ilustra... Diego Suarez de Figueroa... Tomo Decimo. En Madrid: En la Imprenta de los Herederos de Francisco de el Hierro, 1737.
FAN. AS. 5731.
57. QUEVEDO, Francisco de. *El Parnasso español: monte en dos cumbres dividido con las nueve musas castellanas donde se contienen poesias de Don Francisco de Quevedo y Villegas...; salen aora añadido con adorno de unas dissertaciones à cada una de las musas...* En Madrid: En la Imprenta de Manuel Román, a costa de los herederos de Gabriel de Leon, 1713.
FAN. AS. 7306.

58. TASSO, Torquato. *La Gierusalemme Liberata: poema eroico...* In Napoli: Appresso Dom. Antonio Parrino, 1706.
FAN. AS. 4099.
59. TORRES VILLARROEL, Diego de. *Anathomia de todo lo visible e invisible: compendio universal de ambos mundos, viage fantastico, jornadas por una y otra esfera y descubrimiento de sus entes, substancias, generaciones y producciones, noticia de la naturaleza y movimientos de los cuerpos terrestres y celestiales, y ciencia de los influxos de los eclipses del sol y luna hasta el fin de el mundo.* Tomo I. En Salamanca: en la Imprenta de Pedro Ortiz Gomez, 1752.
FAN. AD. 1351.
60. VIANA, Antonio de. *Antiguedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria Conquista de Tenerife y apareamiento de la Ymagen de Ca[n]delaria en verso suelto y octava rima...* En Seuilla: por Bartolome Gomes, 1604.
FCA. ACOR. A-I-58.



Islandia. Hekla (detalle). En ABRAHAM ORTELIUS. *Theatrum Orbis...*, 1595.



Eruption du Vesuve en 1754. En RECUEIL de planches sur les sciences, les arts libéraux et les arts mécaniques avec leur explication. Sixieme volumen, 1768.



Cráter del Orizaba

Cráter del Orizaba.

En FRIEDRICH ANTON HELLER HELLWALD. *La tierra y el hombre...*, 1886.



Volcan de Kamtchatkoi.

En *HISTOIRE générale des voyages...* Tome dix-neuvieme, 1770.

ÍNDICE DE AUTORES

Académie Royale des Sciences (París): 14
Aguiar, Diego de: 24
Agustín, Santo: 15
Alberto Magno, Santo: 16
Aranda y Sanjuan, Manuel: 39
Baltasar de Vitoria: 52
Beltrán y Rózpide, Ricardo: 1
Bernardino de Sahagún: 22
Berthelot, Sabin: 51
Bory de Saint-Vincent, Jean-Baptiste-Geneviève-
Marcellin: 23
Botero, Giovanni: 24
Buffon, Georges Louis Leclerc: 2
Cáceres, Domingo José: 25
Carbonero y Sol, León: 40
Clavijo Fajardo, José: 2
Censorino: 4
Cruz y Bahamonde, Nicolás de la: 34
Dante, Alighieri: 53
Dapper, Olfert: 27
Dávila y Cárdenas, Pedro Manuel: 26
Davin, Diego: 3
Della Torre, Giovanni Maria: 5
Díaz del Castillo, Bernal: 28
Dio Cassius: 4
Doré, Gustave: 53
Duhamel, Jean-Baptiste: 17
Estienne, Charles: 18
Feijoo, Benito Jerónimo: 29
Fernández Cuesta, Nemesio: 45
Fernández Navarro, Lucas: 6
Ferreiro, Martín: 48
Fiorentino, Pier-Angelo: 53
Franchy, Nicolás Segundo: 30
Fuentes, José de: 8
Garcilaso de la Vega, El Inca: 31
Garrido de Rodríguez Mourelo, Fanny G.: 54
Gaspar de San Agustín: 32
Gelen, Sigmund: 10
Giner, Bernardo: 8
Goethe, Johann Wolfgang von: 54
Goudin, Antoine: 7
Gulliot, M.: 51
Hellwald, Friedrich Anton Heller: 39
Henrion, Richard Auguste, Barón de: 40
Herrera y Tordesillas, Antonio de: 33
Humboldt, Alexander von: 8, 45
Jammy, Pierre: 16
Laporte, Joseph de: 38
Magán Caballero: 40
Magnus, Olaus: 43
Malte-Brun, Conrad: 44
Malte-Brun, V.A.: 44
Manuzio, Paolo: 10
Martínez, Martín: 19
Mela, Pomponio: 9
Merula, Giorgio: 4
Mestres, Salvador: 40

- Molina, Juan Ignacio: 34
Murillo y Velarde, Pedro: 35
Núñez de la Peña, Juan: 55
Ogilby, John: 27
Orozco Covarrubias, Juan: 46
Ortelius, Abraham: 47
Ovidio Nasón, Publio: 56
Piquer, Andrés: 20
Plinio, Cayo Segundo: 10
Quevedo, Francisco de: 57
Reclus, Élisée: 48
Remón, Alonso: 28
Roys y Rocas, Antonio de: 15
Saavedra Fajardo, Diego de: 50
Saussure, Horace Bénédicte de: 21
Sepúlveda Muñoz, Isidro: 22
Solís, Antonio de: 36
Suárez de Figueroa, Diego: 56
Tasso, Torquato: 58
Toda, Eduardo: 48
Tofiño de San Miguel, Vicente: 11
Torres Villarroel, Diego de: 59
Torrubia, José: 37
Tribaldos de Toledo, Luis: 9
Tusell Gómez, Javier: 22
Valdés, Antonio: 11
Valmont de Bomare, Jacques-Christophe: 12
Viana, Antonio de: 60
Viera y Clavijo, José de: 13
Webb, Philipp Barker: 51

ÍNDICE DE TÍTULOS

- Africa: being an accurate description:* 27
- Anales de Historia Natural:* 30
- Anathomia de todo lo visible e invisible...:* 59
- Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria Conquista de Tenerife y apareamiento de la Ymagen de Candelaria en verso suelto y octava rima ...:* 60
- Aparato para la historia natural española:* 37
- Breve enarrativa de la lamentable y lastimosa desgracia de Garachico:* 25
- Carta sobre la erupcion del volcan de la montaña Venge, cerca del Pico de Teyde en la isla de Tenerife en junio de 1798:* 30
- Cartas edificantes, y curiosas...:* 3
- Cartas eruditas y curiosas:* 29
- Ciudad de Dios, La:* 15
- Compendio de la historia civil del reyno de Chile:* 34
- Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria, y su descripción ...:* 55
- Conquistas de las Islas Philipinas:* 32
- Constituciones y nuevas addiciones synodales del Obispado de las Canarias:* 26
- Cosmos: ensayo de una descripción física del mundo:* 8
- De Piek-Bergh op het Eiland Tenerieto:* 27
- Derrotero de las costas de España en el Océano Atlántico y de las Islas Azores o Terceras:* 11
- Diccionario de historia natural de las Islas Canarias:* 13
- Dictionarium historicum, geographicum, poeticum:* 18
- Dictionnaire raisonné, universel d'histoire naturelle:* 12
- Emblemas morales:* 46
- Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des metiers:* 49
- Erupción volcánica del Chinyero (Tenerife) en noviembre de 1909:* 6
- Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide:* 23
- Física moderna racional, y experimental:* 20
- Geografía universal ó descripción de todas las partes del mundo:* 44
- Geographia, La:* 9
- Geographia historica de las Islas Philipinas, del Africa y de sus islas adyacentes:* 35
- Gierusalemme Liberata, La:* 58
- Histoire et phenomenes du Vesuwe:* 5
- Histoire générale des voyages ou Nouvelle collection de toutes les relations de voyages par mer et par terre:* 41
- Histoire naturelle des îles Canaries:* 51
- Historia de gentibus septentrionalibus:* 43
- Historia de la conquista de Mexico:* 36
- Historia general de las misiones:* 40
- Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del Mar Oceano:* 33
- Historia natural, general y particular:* 2
- Historia verdadera de la conquista de la Nueva – España:* 28
- Idea de un principe politico christiano:* 50
- Illustrated London News, The:* 42
- Index operum quae in hoc volumine continentur: Censorini De die natali liber aureus ...:* 4

- Introducción a la Historia general de las cosas de Nueva España:* 22
- Metamorphoseos: libro XII, XIII, XIV, y XV:* 56
- Naturalis Historiae libri trigintaseptem:* 10
- Naukeurige Beschrijvinghen der Afrikaensche:* 27
- Nueva geografía universal:* 48
- Nuevo viajero universal:* 45
- Parnasso español, El:* 57
- Parva Naturalia recogniti:* 16
- Philosophia juxta inconcussa tutissimaque Divi Thomae dogmata:* 7
- Philosophia sceptica: extracto de la physica antigua, y moderna:* 19
- Philosophia vetus et nova:* 17
- Polinesia, La:* 1
- Primera parte de los Commentarios reales que tratan del origen de los yncas, reyes que fueron del Peru:* 31
- Primera parte del Teatro de los dioses de la gentilidad:* 52
- Purgatoire, Le:* 53
- Recueil de planches sur les sciences, les arts libéraux et les arts mécaniques:* 49
- Recueil des pieces qui ont remporté les prix de l'Académie Royale des Sciences:* 14
- Relaciones universales de el mundo:* 24
- Theatrum orbis terrarum:* 47
- Tierra y el hombre, La:* 39
- Viagero universal o Noticia del mundo antiguo y nuevo, El:* 38
- Viaje a Italia:* 54
- Voyages dans les Alpes:* 21

La presente edición de *Volcanes de papel. Exposición bibliográfica*,
de la colección Publicaciones Institucionales del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de La Laguna, se terminó de imprimir
en los talleres de Litografía Á. Romero, S.L.,
Pol. Ind. «Valle de Güímar», Manz. 3,
Parc. 20, el día 23 de abril de 2011.

